

SOCIEDAD Y POLITICA 9

ENTREVISTA
A RUDOLF BAHRO

BELAUNDE ¿ UN MAL
MENOR ? césar germaná

TEXTILES vs. PATRONES Y
BUROCRATAS peri paredes

COMUNIDAD Y CLASE EN
LOS ANDES rodrigo montoya

ARTE Y SOCIEDAD mirko lauer

CHINA : EL GRAN SALTO
ATRÁS

SOCIEDAD Y POLÍTICA

AÑO 3 - REVISTA TRIMESTRAL - No. 9 - JULIO 1980 - LIMA-PERU

DIRECTOR: Aníbal Quijano
COMITE DE REDACCION: Roberto Arroyo
César Germaná
Mirko Lauer
Rodrigo Montoya
Peri Paredes
Felipe Portocarrero
Manuel Valladares
Abraham Zevallos
DISEÑO GRAFICO: Jesús Ruiz Durand

INDICE

	Pág.
EDITORIAL	2
PERU:	
Las Elecciones de Mayo y sus Implicancias Políticas César Germaná	7
El Proletariado Textil: Contra Patronos y Burocracias Peri Paredes	17
Comunidades Campesinas: Historia y Clase Rodrigo Montoya	29
Elementos de la Nueva Teoría del Arte en América Latina Mirko Lauer	40
ENTREVISTA:	
Yo Continuaré Mi Camino (Autoretrato) Rudolf Bahro	45
RESEÑA:	
El Maoísmo y la Caída de la Comuna de Shanghai	53

Apartado 11154 Santa Beatriz - Lima-Perú
Publicación y Distribución: Empresa Editora Sociedad y Política
Suscripción Anual: En el Extranjero \$ 20
Para Suscripción y Correspondencia dirigirse a Sociedad y Política. Ap. Postal 11154
Santa Beatriz, Lima-Perú.

Editorial Colmena - Nicolás de Piérola 257 - 4 Lima

SOCIEDAD Y POLITICA es una publicación vinculada al Movimiento Revolucionario Socialista (MRS), como instancia de elaboración y de debate de los problemas de la revolución socialista en el Perú, y está abierta a todos los que puedan contribuir con honradez y con solvencia a este debate.

ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

- | | |
|-----------------|---|
| Rudolf Bahro | Véase la reseña de Alberto Rocha sobre su libro <i>La Alternativa</i> , en <i>Sociedad y Política</i> N. 8. |
| César Germaná | Ver Referencia <i>Sociedad y Política</i> Nro. 8. |
| Mirko Lauer | Ver <i>Sociedad y Política</i> N. 8 |
| Rodrigo Montoya | Ver <i>Sociedad y Política</i> N. 8. |
| Peri Paredes | Sociólogo, Master de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Profesor de La Universidad de San Marcos, actualmente investiga sobre las tendencias actuales del movimiento obrero-popular en el Perú. |

ediciones **SOCIEDAD Y POLITICA**

- ARI: ¿Por qué y Cómo se Desintegró?
¿Quiénes son los responsables?
- CUADERNO DE SOCIEDAD Y POLITICA N. 2
La Polémica Haya de la Torre-Mariátegui: Reforma o Revolución en el Perú.
César Germaná
2da. Edición
- ¿Qué es y qué no es el Socialismo? 1
Socialización del Poder Político y Organización de las masas.

EN VENTA EN LIBRERIAS Y KIOSKOS

¡ CONTRA EL TERRORISMO !

El reciente secuestro de ciudadanos argentinos en territorio peruano, y la subsiguiente entrega de ellos a otras manos criminales, por un acto conjunto de militares peruanos y argentinos que repite lo ocurrido poco tiempo antes con Carlos Maguid, también argentino y residente en nuestro país, no puede ser tolerado.

Están en juego valores demasiado importantes: la soberanía y la dignidad del Perú, y derechos vitales de todos los hombres, conquistados en siglos de luchas civilizatorias. Ningún atentado contra ellos, puede ser pasado por alto, ni escamoteado bajo disfraz legal alguno, ni cubierto por la impunidad alevé de presuntos pactos entre ejércitos y sangrientas dictaduras militares para tan execrables fines.

Para que nadie confíe que el genocidio de los mejores de nuestros pueblos y el recurso a las más abominables formas de tortura, puede servir para perpetuar la explotación y la dominación internacional del capital. Para que nadie intente repetir en nuestro suelo, acciones que nos cubren a todos de deshonra, todos los trabajadores y todos los hombres honrados de este país y de todo el mundo, tenemos que concurrir a la condena más absoluta y a la protesta más enérgica y activa contra estos hechos.

Esta protesta no es solamente un acto de solidaridad con quienes en otros países combaten por nuestras mismas causas. Es ante todo un acto de autodefensa, en el momento mismo en que surgen indicaciones claras de que se pretende llevarnos a la trampa sangrienta del terrorismo reaccionario, como conejillos de la disputa internacional de poder.

Sumamos, por eso, nuestra voz a la de todos los que protestan y deben protestar. Llamamos con todas nuestras fuerzas a respaldar con movilizaciones masivas, nuestro repudio a esos hechos y nuestro reclamo de castigo a sus responsables.

Lima, 16 de Junio de 1980.

**SOCIEDAD
Y POLITICA**



**SOCIEDAD
Y POLITICA**

EDITORIAL

BELAUNDE: LA FRAGIL ARQUITECTURA DEL CONSENSO

La insólitamente alta votación que magnifica el triunfo electoral de Belaúnde sólo puede explicarse admitiendo que proviene desde todos los sectores sociales y, lo que es aún más significativo, desde todos y cada uno de los sectores políticos del país.

Esto ocurre después de doce años de reajustes en las bases y en las formas de la dominación burguesa, bajo una prolongada dirección militar del Estado iniciada, precisamente, por el desalojo violento del mismo personaje del cargo en el cual lo reinstala tan amplio consenso electoral.

Más allá del registro de las motivaciones reales o supuestas o de la imaginaria espontánea o manipulada de los electores; por encima del ensamblaje del anecdotario como sustituto de explicaciones por hacer, la situación se abre a dos líneas de interrogación cuyas respuestas son cruciales para todo intento de avizorar y organizar el desarrollo futuro de las luchas de clases en el Perú.

Primera: ¿Es que una votación belaundista tan amplia y de tan diversa procedencia social y política, implica la constitución de un consenso ideológico de base igualmente vasta y diversa, hasta aquí nunca logrado, como sustento legitimador de la dominación burguesa en nuestra sociedad? ¿Es que, a despecho de la parcial desmistificación de la imagen proyectada por sus iniciales conductores castrenses e intelectuales, los reajustes de estos doce años han conseguido establecer todo un nuevo piso consistente y duradero para la consolidación del orden burgués y particularmente bajo su modalidad liberal, no obstante la crisis de su aparato económico? ¿Es Belaúnde, así, el paradójico heredero y beneficiario de la obra cumplida por los mismos que le arrebataron el gobierno, y podrá erigirse en el eficiente administrador de esta herencia? ¿Tendremos pues una Pax Belaundiana?

Segunda: ¿Es que aquella votación, por la propia diversidad social y sobre todo política de sus bases, fuente de su amplitud, es más bien la momentánea y en tal carácter, por alguna razón forzada convergencia de conflictos no resueltos y de imposible solución en las condiciones actuales de esta sociedad? ¿Es precario después de todo el nuevo piso que los "revolucionarios" velasquistas y sus sucesores "redimensionadores" bregaron por establecer para la continuidad del orden burgués y es impotente para producir un nuevo consenso legitimador, ya intentado primero infructuosamente para un régimen corporativo y luego ahora para la democracia burguesa? ¿Es Belaúnde, entonces, no el héroe político burgués canalizador de un consenso firme y durable, sino el colector de explosivos políticos y, con toda su señorial solemnidad, el portero de una crisis más profunda y decisiva?

Si la primera serie de preguntas admite respuestas positivas, la victoria belaundista sobre las otras opciones burguesas, lejos de ser accidental y explicable por las circunstancias electorales, emana de condiciones estructurales que se han abierto paso a través de tales circunstancias. Y la severa depresión de la votación de los frentes izquierdistas, comporta el ingreso de los conflictos sociales en una etapa de institucionalización regida por las leyes y las necesidades burguesas, comparable a lo ocurrido después del Frente Popular chileno de 1938, en México después del Cardenismo, o en Venezuela tras la derrota del Perezjimenismo, aunque las particularidades nacionales y los protagonistas sean muy diferentes.

En semejante perspectiva, el prospecto de desarrollo de las tendencias de profundización y de agudización de las luchas de clases, de polarización política, que se habían hecho presentes desde la caída de Velasco con los grandes paros nacionales y los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente, habría encontrado barreras que, sin anular sus fundamentos últimos, reducirían sin embargo la fuerza de sus impulsos y el ritmo de su desenvolvimiento, haciendo posible su encuadramiento en las redes del parlamentarismo y de la justicia burguesa.

En esas condiciones, ¿cómo evitar el empantanamiento y quizás el pleno encharcamiento de una parte nada desdeñable de líderes y de organizaciones enteras dentro del movimiento obrero-popular, en el juego parlamentario y en el oportunismo de la conciliación de clases, a cambio sin duda de alcanzar algunas parciales mejoras en la situación de pocos sectores de explotados, costo que la burguesía no puede dejar de pagar para esos fines?

Importantes sectores del proletariado, del campesinado y sobre todo de las capas medias asalariadas, podrían ser arrasados de ese modo a consolidar las bases políticas del orden burgués, desarrollando una conducta política oportunista y pragmática, que pesaría después gravemente sobre las posibilidades del movimiento de los sectores más combativos y muy especialmente para cuando el agotamiento de esta etapa permita situaciones aptas para el desarrollo de las luchas revolucionarias decisivas. No es tan remoto aún el ejemplo chileno, bajo la Unidad Popular.

Las fracciones de explotados y de sus jefes que no se resignen a soportar o a cumplir ese antiguo y conocido papel de mediadores parlamentarios y sindicales entre la burguesía y los trabajadores, sin perjuicio de tener que aprender a usar las propias instituciones políticas y judiciales burguesas para ir encontrando nuevas formas de organización y de lucha revolucionaria, se verían necesariamente constreñidas a actuar por toda una etapa, quizás no tan corta, bajo los condicionamientos de la legalidad, y peor aún, de la legitimidad ideológica de la democracia burguesa en importantes sectores de su propia clase.

La burguesía en el Perú (interna e internacional) y todo el orden imperialista, en especial su "carterismo", podrían celebrar al Arquitecto que ha tenido la virtud, o la fortuna, de alcanzar para su clase un resultado histórico de tales proporciones.

Empero si, alternativamente, es la segunda serie de cuestiones la que recoge respuestas afirmativas, el éxito electoral belaundista implicaría, precisamente por su amplitud, un resultado históricamente provisorio, que debe ser explicado ante todo por el modo en que se han presentado y han sido manejados los ingredientes electorales.

En tal caso, no tardarán en hacerse presentes las contrapuestas presiones provenientes de los diversos intereses sociales, de un modo agudamente conflictivo y por eso no susceptibles de ser conciliados o anudados firmemente bajo una consistente dirección burguesa y menos aún gubernamental.

El consenso formado bajo el imperio de determinaciones superficiales (léase electorales), tenderá por lo tanto a disolverse en sus propias contradicciones estructurales, y la gravitación de las tendencias hacia la polarización política entre los frentes del capital y del trabajo, imprimirá su sello sobre la propia conducta de las fracciones de clases al interior de los respectivos frentes, particularmente en el frente burgués, desarrollando tendencias hacia una crisis política y a la agudización de la crisis de la base económica de la sociedad.

En esas condiciones, la disputa hegemónica dentro del frente de los capitalistas, aparentemente saldada con el triunfo belaundista, se restablecería en una forma mucho más aguda y conflictiva que durante el proceso electoral y los vencidos de hoy estarían en situación de arrastrar hacia sus banderas a una parte considerable de la misma masa propiamente belaundista, sobre todo en las capas medias y en las de mediana y pequeña burguesía, en lugar de una concurrencia u oposición negociada en la arena parlamentaria o burocrática para sostener el régimen belaundista.

Las capas medias y el semiproletariado, políticamente dispersos y fluctuantes, de donde presumiblemente proviene una parte sustantiva de la votación belaundista de mayo, ingresarán en una etapa de vacilaciones y de diferenciaciones políticas más acusadas que hasta aquí, entre su lealtad a la imaginiería profusamente secretada por la burguesía durante las elecciones, y sus ne-

EDITORIAL

cesidades estructurales incesantemente presentes en el curso de una tendencia de agudización de la crisis nacional.

Por esas mismas determinaciones, el margen de despliegue y de realización de la vocación de oportunismo conciliador que puedan tener muchos dirigentes y organizaciones políticas y sindicales que actúan en el movimiento obrero-popular, por el carácter de su programa y de sus hábitos y reflejos, sedimentados en una práctica prolongada de compromisos con fracciones burguesas o con centros de poder internacional menos interesados en la revolución en el Perú que en el crecimiento de su propio poder y de sus intereses internacionales, tenderá también a ser reducido y precario, permitiendo así el desarrollo de las corrientes y direcciones políticas que dentro del actual movimiento de los explotados, lucha por la conquista del poder directo de los trabajadores y la destrucción del Estado burgués.

NO HAY RESPUESTAS SIMPLES

No pueden haber respuestas simples para cuestiones que implican los movimientos profundos y las perspectivas tendenciales del cuerpo entero de una formación social sacudida por una grave crisis y configurada por contradicciones extremadamente activas en cada una de las instancias de nuestra vida social y política.

Sería necio o quimérico pretender que solamente una de esas series de interrogaciones admite respuestas afirmativas y que las otras desembocan todas y en todas sus posibilidades en un puro juego de imposibilidades. El propio carácter contradictorio de nuestra sociedad veta obviamente semejante postura.

Aún si se pudiera reconocer como tendencialmente más viables las perspectivas entrañadas en una de ambas series de cuestiones, muy probablemente el curso de la realidad no tardaría en mostrar que en medida importante son igualmente positivamente activas, si bien con menor fuerza y posibilidad de desarrollo, las opciones contenidas en la otra alternativa. Y, además, en tanto que no enfrentamos procesos ciegamente necesarios, sino procesos que hacen parte de la praxis deliberada de agentes históricos, en definitiva serán las propias acciones u omisiones, aciertos o errores, de tales agentes, las que produzcan uno u otro camino. En tal sentido, de lo que se trata es de intentar descubrir los condicionamientos de la conducta, no de predecir el curso de ésta. De contribuir a definir la base objetiva de situaciones posibles, que nos permita la intervención racional de ellas para nuestros propósitos, tomar decisiones que sean capaces de asumir la realidad y no de inventarla o de inventarle a la realidad deseos que no soporta.

Señalar, por ejemplo, que la sorprendentemente amplia votación belandista es una colección de conflictos potencialmente muy agudos, en lugar de ser la expresión de un consistente consenso ganado en cada uno de los sectores sociales del país, no podría en caso alguno significar que aunque precaria y reducidamente ese consenso es totalmente inexistente en algunas capas sociales importantes y que ponen al descubierto, de todos modos, la indudable vacilación de muchas otras sobre la legitimidad de un orden burgués liberal. Después de todo, la afirmación de algo de este tipo es por lo cual han combatido, padecido y muerto, generaciones enteras de peruanos.

Afirmar que al trahuz de esta crisis peruana se distinguen con mucha mayor claridad que nunca antes las marcas de contradicciones que no admiten solución bajo el capitalismo dependiente, precisamente porque la crisis general del capitalismo va profundizándose, no lleva a decir que sea enteramente imposible la amortiguación parcial y coyuntural de algunas de sus puntas más explosivas.

Admitir que en las condiciones peruanas de hoy, sea más bien difícil la consolidación de un marco político-social que facilite el oportunismo conciliador y el parlamentarismo como el tono predominante de la acción de la izquierda, de ningún modo equivaldría a cancelar, contra toda nuestra previa experiencia, la vocación y el destino de parlamentarismo y oportunismo de una parte de los líderes y de las organizaciones de izquierda.

Defender las posibilidades de desarrollo de las corrientes y direcciones que dentro del movimiento obrero-popular se empeñan en ganarlo para el camino de la revolución socialista, porque contra todas las apariencias espesas de los resultados electorales, el enfrentamiento entre las fuerzas del capital y las del trabajo tiene bases no solamente reales sino muy activas bajo la crisis, no desmiente el hecho de que aún una parte muy amplia de los explotados peruanos no ha llegado a la conciencia de estos hechos y que las corrientes y direcciones democrático-populares, moderadas y radicales, tienen aún un margen considerable de acción, como las propias elecciones lo indican.

En breve, no solamente debe admitirse el carácter contradictorio de la realidad. Hay que aprender a pensarla contradictoriamente y asumir a través de ello el conjunto de las contradicciones en la acción política, procurando descubrir en cada momento la dirección principal del movimiento de ellas.

NUESTRA RESPUESTA

La alta votación de Belaúnde, principal resultado de estas elecciones, es la más clara muestra de que éstas son prisioneras de la contradicción, y preludian la posibilidad de que el régimen entrante pueda ser su víctima. En su conjunto, la votación fué hecha indudablemente contra la continuidad de la dictadura militar. Y en ese sentido, no es solamente una votación en contra, sino también a favor de un régimen democrático. Hay por lo tanto allí, un elemento real de consenso cuyo principal portador resultó ser Belaúnde.

Sin embargo, no es sin duda accidental el hecho inocultable y ya reconocido inclusive en la prensa pro-belaundista, de que el voto mayoritario haya sido concentrado en la única candidatura que procuró no presentar ninguna alternativa global ni coherente de cambio; que enfatizó las cuestiones de la administración de lo existente (la herencia de doce años de regímenes militares, pues); que fué la más capaz de producir una imagen de estabilidad de intereses creados, dando en el blanco de los deseos y expectativas de vastos sectores, civiles y militares; y que pudo desarrollar a fondo la manipulación de una imaginaria de posibilidades abiertas para lo que el ingenio de Sánchez ha nombrado como "esa clase media de la inteligencia y de la virtud", donde milita esa inmensa fauna de arribistas en un país usurpado por ellos desde hace mucho tiempo, en contra de la supuestamente cerrada clientela de otras tiendas, como la del Apra sobre todo.

De otro lado, en las diversas capas de explotados, y ante todo en el movimiento obrero organizado, la experiencia de décadas de amarillaje y de matonería a su servicio, bajo el manto impúdico del "sindicalismo libre" marca ORIT, que la prédica socialdemócrata izquierdizante de Armando Villanueva no logró hacer olvidar, favoreció a la opción belaundista, ayudada por la vocación oportunista de la gran mayoría de las tiendas de la actual izquierda peruana con su política del "mal menor" (!), en lugar de traducirse en una masiva votación por los propios candidatos de los trabajadores, mal que bien representados en los frentes de izquierda.

Esto es, junto a las ilusiones de muchos sectores de las capas medias en el liberalismo, se cobijan las cínicas expectativas burguesas en el pragmatismo belaundista contra todo corset derivado de plataformas más coherentes, sobre todo en una situación de crisis, más bien que en las virtudes de una democracia de bases firmes, muy riesgosa por sus inevitables costos frente a las demandas de los trabajadores; y finalmente, la resistencia del movimiento obrero organizado al amarillaje y a la matonería, que sobre la base de la aún no afirmada confianza en sus propias fuerzas, es atraída por el oportunismo de sus dirigentes políticos a tascar el freno del "mal menor", más que a confiarse en las posibilidades de la democracia burguesa para alcanzar sus reivindicaciones inmediatas y de largo plazo.

EDITORIAL

Sin que el consenso esté del todo ausente, son más los conflictos que se cobijan en el manto coyuntural del belaudismo. Y aunque el nuevo régimen puede apoyarse en lo primero, para tratar de administrar esos conflictos y talvez pretender ampliar así la base del consenso, sólo un generalizado oportunismo parlamentarista de sus dirigentes podría hacer más lento el regreso de las masas a la movilización por sus necesidades inmediatas, demasiado premiosas para ser postergadas, y evitar al régimen entrante el recurso a la represión contra el consenso, en un plazo relativamente corto.

Si bien los recursos fiscales que el gobierno belaudista puede usar para intentar amotiguar por un momento el choque de esos intereses conflictivos, por ejemplo creando empleo coyuntural por medio del impulso al negocio de la construcción y la reiteración del uso de ese placebo político que se llama "cooperación popular", son también claras las indicaciones de que pueden crecer más rápidamente las acciones especulativas que las productivas como fuente de ganancias del capital, impulsando la inflación y sus estragos en la población explotada, mientras paralelamente se acortan las posibilidades de mantener, y de ampliar, los ingresos fiscales procedentes de la exportación de minerales.

Contra la deliberadamente mentirosa campaña en pro de la concentración productiva en la exportación, como mecanismo de ampliación del empleo y de los salarios para la masa mayor de la población explotada, y de incentivos a la importación como mecanismo de contención de la inflación, que vienen desplegando los hijos de Chicago, los trabajadores peruanos tienen ya la experiencia y la conciencia necesarias para saber que, lejos de eso, el desarrollo de esas tendencias lleva inexorablemente al aumento del desempleo y la pauperización de la mayoría.

Y nada hay que permita presumir, en las características políticas y sociales del régimen belaudista, que estemos en la víspera del ingreso de un programa económico de recambio del que está ya en curso, bajo la dirección abierta del capital monopólico y ante todo norteamericano, que opera en el país.

Por todo eso, sin descuido de los elementos que en la votación belaudista forman efectivamente una base de consenso legitimador de un renovado orden burgués, de rostro liberal y parlamentario, desde el punto de vista de los intereses de los explotados peruanos son mucho más fuertes y presentes los elementos que conducen al desarrollo del conflicto.

Las direcciones de izquierda, y muy en especial las que estarán presentes en el tablado parlamentario, están pues convocadas a asumir estos hechos. Sin dejar de usar a fondo las instituciones parlamentarias y jurídicas burguesas, para la defensa diaria de los intereses democráticos de los trabajadores, su lugar primordial está claramente situado en el apoyo a la organización, a la movilización directa de las masas, al desarrollo de su conciencia de clase y a la maduración de su programa revolucionario socialista.

No puede, por eso, quedar aquí sin mención la observación de las vacilaciones abiertas y más aún de coqueteos reales de algunas organizaciones y direcciones que tendrán presencia en el parlamento, con el "mal menor" que contribuyeron a erigir sobre las espaldas de las masas.

Es tiempo de acabar con toda vacilación, con todo coqueteo, en la preparación de las condiciones que permitan a las masas salir del reflujó y romper el muro de contención política que la dictadura logró levantar contra el movimiento obrero-popular, en servicio del nuevo régimen capitalista que ingresa.

En este camino, la izquierda como tal y las masas explotadas, podrán descubrir pronto que no hay "mal menor" capitalista, y serán más firmes y amplias en adelante las bases del desarrollo del movimiento revolucionario socialista de los trabajadores.

Lima 7 de Junio de 1980.

LAS ELECCIONES DE MAYO Y SUS IMPLICANCIAS POLITICAS

Las elecciones del 18 de mayo tienen un doble significado político: se ha definido el eje de articulación sobre el que trata de estabilizarse el poder político de la burguesía y se ha acentuado la hegemonía de las direcciones reformistas y democrático-radicales en el movimiento obrero y popular.

De un lado, el triunfo electoral de Belaúnde en la disputa de las diferentes fracciones burguesas en torno a la hegemonía del poder político señala la vía por la que transitará la recomposición del sistema de dominación. A la victoria de la opción belaudista concurrieron principalmente dos hechos: el reflujo del movimiento obrero y popular y la creciente estabilización del predominio de la fracción monopólica en el frente del capital.

Sin embargo, por las características específicas de la opción política ganadora —la ausencia de un proyecto económico y político definido— y por los intereses sociales de su electorado, las perspectivas de la institucionalización del poder político de la burguesía en el Perú son inciertas. La solución de la crisis del Estado burgués dependerá fundamentalmente de la dirección que siga la próxima etapa de las luchas de clases: tanto de la conducta concreta de los capitalistas como del comportamiento de los trabajadores.

De otro lado, al interior de una izquierda electoralmente derrotada, los frentes políticos que expresan más claramente las corrientes democrático-radicales, han obtenido una mayor votación que la candidatura de Hugo Blanco, quien traducía —quizás de manera ambigua y deformada— un proyecto socialista revolucionario. Por lo menos tres elementos deben ser tenidos en cuenta en la explicación del retroceso electoral de la izquierda: el nuevo estado de ánimo de las masas trabajadoras, consecuencia de una relación de fuerzas sociales desfavorables al movimiento obrero y popular; la ausencia de una alternativa política basada en la movilización independiente de las masas; y, finalmente, el predominio de una conducta claramente electoralista y sectaria en la mayoría de los partidos de izquierda.

De esta manera, las elecciones del 18 de mayo tienen un signo claramente diferente al de las elecciones del 10 de junio de 1978. En las elecciones a la Asamblea Constituyente los partidos y frentes de izquierda expresaban, quizás de manera limitada y hasta contradictoria, la poderosa onda de las luchas y movilizaciones de los obreros, de los pobladores de las barriadas, de los campesinos, de los maestros, que en esos momentos atravesaba al conjunto de la sociedad peruana. El 18 de mayo, por el contrario, el movimiento obrero y popular está prácticamente contenido y, en estas condiciones, los partidos de izquierda son incapaces de presentar una alternativa política unitaria para los trabajadores. Estos se encontrarán frente a las elecciones sin percibir una opción que, aunque sea parcialmente, los exprese.

césar germaná

Las páginas que siguen tienen por objeto reflexionar sobre las bases y perspectivas de la recomposición del sistema burgués de dominación, a partir del triunfo electoral de Belaúnde, y sobre las posibilidades y los límites que en estas nuevas con-

diciones tendrán las luchas de los trabajadores. Nos interesa básicamente llegar a señalar algunas de las cuestiones que se revelan fundamentales para precisar estas consecuencias políticas del voto del 18 de mayo.

LA OPCION BELAUNDISTA Y LA RECOMPOSICIÓN POLITICA DEL SISTEMA DE DOMINACION BURGUES

Con la instauración del régimen militar, en 1968, se asiste a la culminación de un largo proceso de cuestionamiento del sistema de dominación basado en la alianza entre la burguesía oligárquica, los terratenientes gamonales y la burguesía imperialista. El sistema de dominación oligárquico que se había conformado hacia fines del siglo XIX, se mantuvo en lo fundamental hasta la década de los años cincuenta. A partir de este momento se inicia un conflictivo periodo de reestructuración del sistema de dominación con el objeto de incorporar políticamente a la nueva burguesía de base urbano-industrial y a las nuevas capas medias. Este proceso desembocará en un régimen de compromiso muy inestable entre las fracciones burguesas en pugna y sus aliados en las capas medias: el gobierno de Belaúnde (1963 - 1968) expresará esos conflictos, sin ofrecer una solución política coherente para resolverlos. Será el régimen militar de Velasco Alvarado el que rompa ese equilibrio. La erradicación de las bases materiales de la burguesía oligárquica y de los terratenientes gamonales, consecuencia del reformismo militar, significará la eliminación de estas clases del sistema de poder político y el consiguiente predominio de los sectores modernos de la burguesía. Culmina así un periodo y se inicia otro: el lento e inestable proceso de recomposición del poder político de la burguesía, el que aún no concluye y del cual hace parte el actual intento de institucionalización del Estado, sobre la base de una democracia liberal parlamentaria.

El régimen velasquista constituye el primer proyecto político para institucionalizar el nuevo sistema de poder sobre la base de un modelo corporativo de encuadramiento de las luchas sociales y en el cual las capas medias burocráticas se erigirían en los mediadores tecnocráticos entre las fracciones burguesas y entre ellas y los trabajadores. Sin embargo, este proyecto no logra cristalizarse al converger con la profunda crisis del capitalismo imperialista de los años 1974 - 1975 y al concentrar la oposición mayoritaria de los trabajadores.

Ante el fracaso del reformismo velasquista, la burguesía presionaría al nuevo régimen militar de Morales Bermúdez buscando controlar más directa y orgánicamente el aparato estatal (particularmente las instituciones encargadas de dirigir la política económica) y procurando definir las nuevas formas que le permitan institucionalizar su poder de clase. Por lo menos dos factores actúan en la intensificación de esta ofensiva burguesa: la impopularidad del régimen militar, aislado socialmente al aplicar la política económica neoliberal del capital monopolístico que busca descargar los efectos de la crisis sobre los trabajadores, y la creciente movilización obrera y popular en demanda de la vigencia de sus derechos fundamentales.

En estas condiciones, en 1977, el gobierno militar convoca a elecciones para una Asamblea Constituyente, optando por

una solución gradual de transferencia del aparato estatal a los representantes políticos de la burguesía. Esta solución electoral deja de lado a aquellas corrientes que dentro de las propias fuerzas armadas plantean la continuidad de la dictadura militar o, también, a las que dentro o fuera del gobierno —como en el caso de Acción Popular— proponen la convocatoria inmediata a elecciones generales.

El Apra, triunfante en las elecciones del 10 de junio, aliado a las fuerzas armadas, se convierte en el eje de estabilización política del frente capitalista, en la medida que constituye uno de los principales factores de la contención del movimiento obrero y popular y que sienta las bases de la relegitimación del Estado al elaborar y promulgar —conjuntamente con el Partido Popular Cristiano— la nueva Constitución Política del Perú.

En cuanto a lo primero, el Apra se presenta como la alternativa burguesa capaz de poner freno a la movilización obrera y popular en ascenso en los años 1976 - 1978. A ello concurre su prédica confusionista y demagógica, basada en el énfasis puesto en la satisfacción de algunos intereses inmediatos de los trabajadores (educación, salud, trabajo, etc.), y, también, el hecho de constituir el partido más grande y orgánico del país, en condiciones de funcionar como fuerza de choque en defensa de los intereses del capital (como lo ha demostrado, por ejemplo, en el caso de la industria textil).

En cuanto a lo segundo, la Constitución aprobada por el bloque Apra-PPC contiene como proyecto central un Estado basado en las instituciones democrático-parlamentarias como mecanismo de institucionalización de la lucha de clases, y en la "economía social de mercado" como modelo de organización económica. A este Estado neoliberal le han injertado la garantía de algunos derechos de los trabajadores (seguridad social, salud, educación, vivienda, etc.). Sin embargo, tanto los derechos sociales como los derechos individuales y políticos están condicionados en última instancia al interés supremo de la seguridad del orden burgués. La Constitución, por lo tanto, está a mitad de camino entre el liberalismo autoritario y el reformismo socialdemócrata, dependiendo del próximo gobierno el énfasis en cualquiera de las dos opciones del texto constitucional.

De esta manera, con la promulgación de la nueva Constitución y con la posterior convocatoria a elecciones generales se sientan las bases políticas para la recomposición del poder de la burguesía en el Perú. El problema que faltaba resolver tenía que ver con la definición del eje político sobre el cual giraría el sistema de dominación. La respuesta la darán las elecciones del 18 de mayo. El "pueblo" de quien, según la Constitución, emana todo el poder debería elegir a sus representantes a quienes delegaría ese poder para que lo ejerzan en su nombre.

La Contradictoria Base Electoral del Belaundismo

En el millón ochocientos mil votos que aproximadamente obtuvo Belaúnde, convergen todas las clases y capas sociales. Sin embargo, se pueda señalar algunas tendencias en la votación, lo que, en un primer análisis, permitirá comprender sus orientaciones principales.

Con bastante probabilidad se podría encontrar en las capas medias y en el semiproletariado la proporción mayor de votos que logró Belaúnde, en relación a los otros grupos sociales, y que se explica por sus particulares características sociales. Básicamente se trata de capas sociales ideológicamente inestables y políticamente vacilantes, consecuencia de su peculiar inserción en la estructura productiva y de su extrema heterogeneidad estructural, lo que las hace especialmente sensibles a la manipulación a través de la propaganda electoral.

La vaguedad y generalidad del programa de Belaúnde les va a permitir a estas capas sociales darle su adhesión sin mayores conflictos. En efecto, a diferencia del proyecto socialdemócrata propuesto por el Apra o del liberalismo autoritario sostenido por el PPC, que son opciones programáticas consistentes para la organización del conjunto de la sociedad por la burguesía, Belaúnde y su partido Acción Popular se presentan como la alternativa ideológicamente indefinida y políticamente incongruente. Su indefinición proviene de no haber precisado una respuesta global a los principales problemas económicos y sociales del país, ofreciendo a lo más algunas propuestas parciales y demagógicas (como por ejemplo, la creación de un millón de empleos, la amnistía laboral, el aumento de sueldos y salarios, etc.). Su incongruencia proviene del intento de situarse por encima de las clases, disolviendo las contradicciones sociales en un vago populismo. De esta manera, la ambigüedad e inconsistencia del programa belaundista permitirá de manera preponderante en amplios sectores de las capas medias y del semiproletariado, plasmar en él sus ilusiones y sus esperanzas.

Para las capas medias, Belaúnde va a significar la perspectiva de un gobierno que ofrezca paz y orden, en el cual pueden mejorar su situación económica actual, gravemente deteriorada en los últimos años, que de alguna manera sería la que imaginan haber vivido en los años sesenta. En este sentido, mantienen la esperanza de alcanzar la situación estable o ascendente que habrían tenido en el pasado, donde los ingresos eran mayores y el empleo abundante. De alguna manera, esta percepción traduce un hecho real: durante el primer gobierno de Belaúnde se produjo un importante crecimiento de las capas medias, sobre todo por la expansión del empleo estatal y de la educación. En la actualidad, en cambio, las posibilidades de ascenso social o aún de mantenerse en la posición que ocupan son prácticamente inciertas, sintiéndose amenazadas por la proletarianización o semiproletarianización. Belaúnde ha conseguido interesar a estas capas sociales ofreciéndoles la perspectiva de mejorar sus condiciones de vida y de ascenso social.

Belaúnde también logró canalizar las perspectivas liberales de algunos grupos de las capas medias (principalmente entre los profesionales, los intelectuales, los estudiantes, los maestros). Ellos percibirían al futuro régimen belaundista como al gobierno que respetará las libertades democráticas y el juego parlamentario. Sería un "gobierno para todos" y no exclusivista ni totalitario. Estas ilusiones liberales cristalizaron en dos imágenes estrechamente vinculadas y de gran fuerza e influencia electoral: el antiaprimismo y el "mal menor".

El antiaprimismo de las capas medias está vinculado a la imagen del Apra como partido totalitario, exclusivista, antiliberal, sectario, de fanáticos e, inclusive, con una metodología fascista. Esta imagen proviene en gran medida del antiaprimismo oligárquico, del que aún no se desprenden las capas medias, así como de la competencia violenta en la disputa de la dirección de algunas organizaciones estudiantiles y, en menor medida, obreras. Por ello, para estas capas sociales, votar por Belaúnde va a significar votar por un gobierno burgués, pero liberal, y contra la posibilidad de una dictadura semicorporativa encarnada en el Apra.

En esa misma dirección, por lo tanto, se encuentra la idea del "mal menor". Las posibilidades de desarrollo de las organizaciones sindicales y políticas dentro de un régimen burgués estarían garantizadas por un gobierno liberal, sin una importante organización partidaria y sin capacidad de influir ideológicamente entre los trabajadores. Belaúnde y Acción Popular, por lo tanto, constituirían una opción más favorable que la representada por el Apra. Además, Acción Popular no ofrece una competencia sindical importante en comparación con el papel que tendría el Apra en el poder.

Otro elemento importante para explicar el belaundismo de las capas medias es lo que genéricamente podemos llamar el oportunismo. Se le puede entender como la posibilidad de acomodarse, de "ubicarse" para ascender socialmente a través de un empleo, en la administración pública, por ejemplo. El belaundismo permitiría este ascenso individualista a través de los resquicios de la estructura social. En el fondo, se trata de encontrar la forma de mejorar su situación sin que cambie la actual organización de la sociedad, pues ello afectaría la estabilidad que tanto ansían. En este sentido, el voto por Belaúnde es también, un voto contra los intentos reformistas de modificar las estructuras sociales. El descontento de las capas medias contra el gobierno militar no se centra exclusivamente en la oposición a su carácter dictatorial, antiliberal, sino también a su carácter reformista. En esta doble imagen también estaría englobado el voto en contra del proyecto socialdemócrata de Villanueva.

En el semiproletariado también encontramos algunas de las características que hemos señalado para las capas medias. Belaúnde se les presentaría como el "gran señor" que puede ejercer un gobierno generoso y propiciar las facilidades de vida que en la conciencia de estas masas estaría asociada a su primer gobierno. Todo el resentimiento social de estas capas sociales, que se consideran "desfavorecidos de la suerte" en este mundo dividido entre "pobres" y "ricos", se cristalizaría en el voto por Belaúnde, de quien esperan que les brinde los medios para ascender o superar el infortunio de un "nacimiento pobre" mediante un gobierno que los ayude; de un gobierno que se preocupe por ellos.

Básicamente, en el sentido que lo hemos presentado, el voto de los electores de las capas medias y del semiproletariado se presentaría como la expresión de una relación inmediata, casi económica y personal, con Belaúnde. Esta relación evidentemente constituye más una expectativa que una posibilidad real de disfrute. Las perspectivas de ello son limitadas y, seguramente, será un elemento importante para determinar los límites del consenso que pueda mantener el nuevo régimen entre sus propios electores. Se trata, en definitiva, de una masa electoral muy inestable y que rápidamente puede asumir posiciones radicales cuando poco a poco vean frustrarse las expectativas de mejoramiento económico y social que imaginaban encontrar en el belaundismo.

Seguramente un papel importante en la votación por Belaúnde ha sido jugado por un numeroso sector de la población electoral: las mujeres. El voto femenino, particularmente en las capas medias, ha sido manipulado por la propaganda electo-

ral en términos del énfasis en la paz social, de la defensa de la tradición y de la familia y de los valores de la patria. Si a ello se le agrega la subrepticia campaña sobre la nacionalidad chilena de la esposa de Villanueva, se tendrían los elementos necesarios para entender una probable masiva votación femenina por Belaúnde.

La Burguesía, las Fuerzas Armadas y la Opción Belaundista

Desde mediados del mes de abril el aparato estatal, desde el Jurado Nacional de Elecciones hasta los medios de comunicación controlados por la OCI, se vuelcan hacia Belaúnde y AP, adoptando un marcado tono antiaprista. ¿Qué es lo que había llevado a este abrupto cambio, después de un largo período de estrecha colaboración entre el Apra y el gobierno militar?

En este cambio es bastante probable que tuviera que ver el carácter del Apra y su relación con el movimiento de masas. Podemos considerar que las características del Apra, que habían sido las determinantes para servir de base de sustentación al poder de la burguesía en la fase de ascenso de las luchas del movimiento obrero y popular, en los años 1977-1978, lo hacían no sólo innecesario sino hasta peligroso, en el nuevo período que se abre con las elecciones del 18 de mayo. En efecto, los años 1977-1978 constituyen un período de grandes movilizaciones obreras y populares, y en donde la burguesía y el gobierno militar, aislado por su política económica y laboral antipopular, necesitarán del Apra para contenerlo. Tanto la influencia ideológica de la prédica reformista del Apra, que puede confundir a amplios sectores de trabajadores, como su fuerza organizativa, que se constituye en la fuerza de choque en la defensa de los intereses del capital, son los elementos fundamentales en la represión del movimiento obrero y popular. Pero, una vez contenido éste y en retroceso frente a la ofensiva económica y política del capital, el Apra se convertirá en un estorbo más que en una ayuda para la defensa de los intereses de la burguesía, por lo menos en el período inmediato.

Es teniendo en cuenta esta nueva situación que para los sectores dominantes del capital en el país existirían tres razones principales que los llevarían a inclinarlos hacia Belaúnde y Acción Popular y restar su apoyo al Apra.

La primera tiene relación con el carácter del proyecto socialdemócrata del Apra. Esta opción política significará básicamente la satisfacción de algunas demandas inmediatas de los trabajadores y una mediación tecnocrática de las relaciones entre las diferentes fracciones del capital. En cuanto a la canalización de las reivindicaciones de los trabajadores (salud, educación, seguridad social, etc.), si bien la solución selectiva de éstas no pone en peligro la recuperación de la tasa de ganancia del capital, precariamente reiniciada desde 1979, podría limitar su crecimiento. En cuanto a la capacidad de convertirse en el eje de articulación del sistema de dominación, el proyecto aprista implicará el mantenimiento y consolidación del aparato estatal iniciado con el velasquismo y de su rol ordenador de la economía, la garantía del papel de la tecnocracia en la gestión del capital estatal y la subordinación de los intereses políticos de las diferentes fracciones del capital al interés común de la clase capitalista. A largo plazo, el Apra constituye la expresión más coherente de los intereses burgueses; pero, en el período inmediato, la fracción monopólica del capital no sólo se orienta a mantener su predominio económico sino busca también asumir el comando político de su clase, subordinando a ese proyecto a las diferentes formas de representación política de

“

El carácter provisional de la votación por Belaúnde pone en evidencia tanto la naturaleza contradictoria de su base social como la ausencia de un proyecto político definido. En la ambigüedad de la opción belaundista confluyen las esperanzas y proyectos de distintas y opuestas capas democrático-radicales; las expectativas de un mejoramiento económico y social de las capas medias profesionales y asalariadas; las esperanzas del semiproletariado acerca de un “Estado generoso”; los proyectos de los militares que esperan cogobernar el país; y, finalmente, aunque seguramente constituye el punto de partida real, los programas de la fracción monopólica de la burguesía y de las capas medias tecnocráticas de imponer su predominio al conjunto de la clase burguesa y de la sociedad peruana .

”

la burguesía. Proyecto para el cual, por su coherencia programática, el Apra constituye un obstáculo. Desde esta perspectiva la opción belaundista es más atractiva para los propósitos del capital monopólico: ausencia de un proyecto político y económico coherente, inexistencia de un partido orgánico y el masivo pero desorganizado apoyo electoral. Todo ello se traduce en el pragmatismo para mediar los conflictos interburgueses, que puede ofrecer el nuevo régimen belaundista.

De otro lado, la probable desconfianza del capital monopólico norteamericano que opera en el Perú hacia las tendencias tercermundistas de Villanueva, que trataría de obtener una mayor independencia en la disputa entre la URSS y los EE.UU. Y, además, tendería a expresar los intereses del capital monopólico germano occidental. De esta manera, la propuesta socialdemócrata del Apra no sólo afectaría el predominio del capital monopólico norteamericano, sino que limitaría las posibilidades de una mayor subordinación del Perú a la política norteamericana en las relaciones de poder internacional. También en esta perspectiva Belaúnde es la mejor carta, bien sea por su clara subordinación al Departamento de Estado norteamericano como por su posición abiertamente antitercermundista.

La tercera razón tendría que ver con el carácter excesivamente izquierdista de la campaña electoral de Villanueva, lo que no correspondía a las exigencias de apaciguamiento de las luchas sociales que desea la burguesía para la institucionalización de su poder de clase. La perspectiva demagógica del Apra de ganar a las masas trabajadoras a su proyecto socialdemócrata evidentemente cuestionaba la hegemonía ideológica de la burguesía. Belaúnde, con su falta de definiciones, con su vacía invocación a los pobres, se convertía en el mejor antídoto a la polarización de la lucha electoral.

También para las fuerzas armadas, en la nueva situación, aparecería la desconfianza en el Apra y triunfaría la imagen del partido fuerte, incapaz de subordinarse a los intereses y la influencia de los militares. Contenido el movimiento popular, los militares se encontraban con las manos libres para negociar un lugar preponderante en el nuevo régimen. También en este sentido, la indefinición belaundista y el apoyo de masas no organizadas constituía un elemento determinante en el apoyo de las fuerzas armadas a la candidatura de Belaúnde.

La práctica oposición de la burguesía y de las fuerzas armadas a la candidatura aprista y el consiguiente apoyo a Acción Popular determinarían el vuelco del enorme aparato propagandístico gubernamental hacia Belaúnde. Si bien este hecho no determinó su triunfo, sí contribuyó decisivamente a su triunfo.

El Reflujo del Movimiento Obrero y Popular

En líneas generales, las relaciones de fuerzas existentes en la coyuntura se traducirán en el estado de ánimo de las masas, sobre todo en las capas sociales no organizadas e ideológicamente inestables. Por ello, precisar las líneas centrales de la coyuntura política en la que se dan las elecciones permitirá explicar la migración electoral de una significativa masa de electores que el 10 de junio habían sufragado por la izquierda y que el 18 de mayo lo hacen por Belaúnde.

Dos son los elementos principales que definen la coyuntura en la cual se dan las elecciones: el reflujo de las movilizaciones de las masas trabajadoras y la creciente ofensiva económica y política de la burguesía y del gobierno militar.

En cuanto al retraimiento del movimiento obrero y popular en el terreno huelguístico (sobre todo a partir del fracasado paro nacional de enero de 1979 y de la práctica derrota de la huelga del SUTEP) y en los intentos de centralización sindical y de masas, se puede encontrar los siguientes elementos para explicarlo: En primer lugar, la ineffectividad de los paros nacionales, pues a pesar de constituir grandes movimientos de masas no tuvieron un desemboque que significara una mayor organización sindical y política, ni la solución de las demandas inmediatas por las que luchaban. En segundo lugar, la ineffectividad del rol jugado por la izquierda en la Asamblea Constituyente. Se crearon excesivas expectativas sobre las posibilidades de que a través de la Asamblea Constituyente se resolverían algunas de las reivindicaciones de los trabajadores (reposición de los obreros despedidos, aumento de sueldos y salarios, etc.). El fracaso de estas ilusiones parlamentaristas y el aislamiento de los representantes de la izquierda de las organizaciones de las masas determinarían el desencanto sobre las posibilidades parlamentarias de la izquierda. Finalmente, es necesario tener en cuenta en la explicación del reflujo del movimiento obrero y popular, la creciente estabilización de la situación económica. Ello se va a traducir —sobre todo desde febrero de 1979— en una débil pero sostenida recuperación de la tasa de ganancia del capital. Si bien la crisis económica no se profundiza más, el deterioro de las condiciones de vida de los trabajadores se sigue agravando, aunque no tendrá la rapidez ni la profundidad de los años inmediatamente anteriores.

Sobre la base del reflujo del movimiento obrero y popular, la burguesía y el gobierno militar han logrado estabilizar la situación económica y política, lo que les ha permitido llevar adelante el proceso de institucionalización del Estado burgués. Económicamente han impuesto el modelo "neoliberal" que ha permitido la recuperación de la tasa de ganancia del capital sobre la base de la creciente miseria de los trabajadores y de las capas medias. La política económica impuesta desde 1975 ha significado la consolidación de la fracción monopólica del capital, y bajo su conducción se ha ido estabilizando el frente capitalista. En estas condiciones, la burguesía ha buscado la institucionalización de su sistema de dominación. La convocatoria a elecciones generales y la transferencia de la administración del aparato del Estado a los partidos burgueses se ha orientado en la dirección de la consolidación del poder político de la burguesía.

Todo lo anterior indica claramente el predominio de la burguesía y del gobierno militar en las relaciones de fuerza de la coyuntura electoral, tendencia que no será revertida por la presencia atomizada de la izquierda en las elecciones y por su campaña básicamente electoralista. Ello llevará a que las capas sociales ideológicamente más vacilantes no perciban ningún proyecto político coherente migrando hacia la derecha, básicamente al belaundismo.

Las hipótesis presentadas han buscado mostrar el carácter provisional de la votación por Belaúnde. Tanto por el carácter contradictorio de su base social y por su indefinición en cuanto a sus relaciones con las masas; como por la ausencia de un proyecto coherente de relaciones con las distintas fracciones del capital y con las fuerzas armadas. Ello ha permitido que en Belaúnde confluyan las esperanzas y proyectos de distintos y opuestos intereses de capas y clases sociales: las ilusiones liberales de las capas medias democrático-radicales; las expectativas de un mejoramiento económico y social de las capas medias profesionales y asalariadas; las esperanzas del semiproletariado de un Estado generoso; los proyectos de los militares que esperan cogobernar a partir del 28 de julio y mantener los privilegios acumulados en los doce años de régimen dictatorial; y finalmente, aunque seguramente constituye el punto de partida real, los programas de la fracción monopólica de la burguesía y de las capas medias tecnocráticas de imponer su predominio al conjunto de la clase burguesa y de la sociedad peruana.

EL MOVIMIENTO OBRERO Y POPULAR Y LAS ELECCIONES DEL 18 DE MAYO

Los resultados electorales del 18 de mayo han mostrado, en relación con el movimiento obrero y popular, básicamente tres cosas: el predominio electoral de la burguesía; la consolidación de la hegemonía de las direcciones políticas reformistas y democrático-radicales; y la visualización para núcleos de trabajadores todavía cuantitativamente reducidos, pero tendencialmente importante, de una perspectiva, ni reformista ni burocrática, de desarrollo del poder autónomo y directo de las masas.

La Disminución de la Votación por los Partidos de Izquierda

Electoralmente, los partidos de la burguesía han mostrado una gran capacidad para recuperar su influencia electoral sobre las capas y clases sociales que constituyen la mayoría del electorado. En efecto, en las elecciones del 10 de junio de 1978, los partidos de izquierda obtuvieron el 30 por ciento de los votos válidos; en las elecciones del 18 de mayo sólo alcanzarían alrededor del 18 por ciento (considerando únicamente la votación para las listas parlamentarias que ha sido significativamente mayor que la obtenida por las listas presidenciales en donde se reduce a alrededor del 14 por ciento). ¿Constituye esta práctica derrota electoral el oscurecimiento de las tendencias del desarrollo de una clase obrera y de un movimiento popular política e ideológicamente autónomo? En las páginas que siguen buscamos discutir algunas hipótesis sobre la disminución de la votación de los partidos de izquierda y sobre sus consecuencias en el desarrollo del movimiento obrero y popular.

En *Sociedad y Política* se ha señalado en diversos momentos que desde la década del cincuenta se han venido desarrollando las bases materiales sobre las que se ha expandido un nuevo movimiento obrero y popular. El proceso de ampliación y reorganización del capitalismo dependiente bajo el comando del capital monopolístico, ha sido el piso sobre el que ha crecido una clase obrera cualitativa y cuantitativamente más importante que la existente hasta los años cincuenta. Ello ha permitido la aceleración del proceso de centralización sindical de los trabajadores y el desplazamiento del propatrolal "sindicalismo libre" propugnado por el Apra.

Sin embargo, serán los últimos 10 años decisivos en los avances en el desarrollo de la conciencia política y de la organización del movimiento obrero y popular. Las luchas contra los intentos corporativos del régimen velasquista en defensa de la autonomía y la democracia sindical y las desilusiones frente al proyecto reformista nacionalista constituyen elementos que contribuyen al desarrollo de la movilización independiente de los trabajadores. En líneas generales, dos características principales definen al nuevo movimiento obrero y popular, y que tendencialmente pueden ampliarse y desarrollarse: el carácter

centralmente anticapitalista que van asumiendo las reivindicaciones de los trabajadores al enfrentarse directamente con el capital, la burguesía y su Estado, y la creciente hegemonía de la clase obrera dentro del conjunto de los trabajadores explotados. Estas tendencias se mostrarán con bastante nitidez en los paros nacionales y regionales, en los grandes movimientos huelguísticos de los 1977-1978 y en la conducta electoral de las masas trabajadoras en las elecciones para la Asamblea Electoral.

En el millón y pico de votos que obtienen los partidos de izquierda (PCP, UDP, PSR y FOCEP) en las elecciones del 10 de junio se va a expresar el estado de ánimo revolucionario de las masas. Las luchas en las fábricas, en las barriadas, en los colegios, en el campo, cristalizó en la conciencia de los electores —aún en las capas sociales más vacilantes— llevándolos a votar por una alternativa política independiente de la burguesía. En este sentido, expresa uno de los primeros momentos en la autonomización política de los trabajadores.

Sin embargo, para que ese estado de ánimo se definiera en una conciencia revolucionaria era necesario darle un desemboque positivo: desarrollar y fortalecer las organizaciones de masas y ampliar las luchas reivindicativas de los trabajadores, llevarlas hasta el cuestionamiento de la política neoliberal del capital monopolístico. En fin, que se acentuara una correlación de fuerzas sociales en favor de las masas explotadas y que les mostrara materialmente las posibilidades de realización de una política alternativa a la del capital, basada en el poder de las masas.

En lugar de ello se tuvo —consciente o inconscientemente— una intervención prácticamente "parlamentarista" de la izquierda en la Asamblea Constituyente. Se buscaba hacer prevalecer los intereses de los trabajadores mediante "mociones rojas", dejando de lado las acciones directas de las masas. Estas ilusiones parlamentaristas llevaron a la confusión y al desánimo sobre las posibilidades de la izquierda en la lucha parlamentaria.

Pero no fue sólo el carácter de la participación de la izquierda en la Asamblea Constituyente, lo que ha limitado la autonomización política e ideológica de la clase obrera y del movimiento popular. En ello, un papel importante ha desempeñado el carácter electoralista de su intervención en las elecciones generales del 18 de mayo. El electoralismo significaba la aceptación de las reglas dictadas por la burguesía para intervenir en las elecciones para la institucionalización de su poder de clase. En su sentido más profundo, llevaba a la práctica aceptación de las mistificaciones de la democracia burguesa y el consiguiente entrapamiento de los trabajadores en las reglas de juego de la burguesía: el reconocimiento de la atomización de los individuos (su separación en múltiples voluntades que sólo convergen en la votación) dejando de lado la perspectiva de la creación de un poder colectivo de los trabajadores que sólo puede ser el resultado de sus movilizaciones autónomas. El sufragio en sí mismo no permite que las reivindicaciones de las masas se conviertan en la base de su organización o unificación. Por ello, si la izquierda quería apoyar el movimiento real de los trabajadores, tenía que situarse en otra perspectiva: intervenir electoralmente, pero para fortalecer las organizaciones autónomas de las masas.

“

No habiéndose desarrollado en favor de los trabajadores las relaciones de fuerzas entre las clases; en ausencia de una política de oposición planteada en un terreno diferente al definido por las reglas dictadas por la burguesía; abandonadas prácticamente las reivindicaciones autónomas de las masas, fraccionados los partidos de izquierda en cinco candidaturas; la lógica electoral necesariamente tenía que conducir a la derrota de los partidos de izquierda. En las condiciones señaladas, el reflujo sindical y organizativo de las masas trabajadoras se tradujo en un retroceso electoral .

”

En este sentido tiene que ser examinada la constitución y el fracaso de la Alianza Revolucionaria de Izquierda (ARI). ARI surge básicamente como un frente electoral que, utilizando la figura carismática de Hugo Blanco y el reconocimiento legal de la UDP, permitiría la participación en las elecciones de los partidos que no estaban inscritos en el Jurado Nacional de Elecciones (PRT, POMR, UNIR, FRAS, PCPM). Sin duda, más allá de las intenciones electoralistas de sus iniciales organizadores, en la conciencia de amplios sectores del movimiento obrero y popular, ARI se convertiría en la alternativa política que en las elecciones posibilitaría expresar sus exigencias y necesidades y, por tanto, disputarle el predominio político a la burguesía. También, la burguesía y sus representantes políticos percibieron el fantasma de una izquierda unida y sintieron amenazado el orden constituido, utilizando todos los recursos de los que disponían para frustrarlo. A la habilidad de la burguesía y del gobierno —que a través del JNE manipuló el reconocimiento legal de los partidos políticos— se sumó el sectarismo y el electoralismo de los propios partidos de izquierda. El resultado fue el estallido de ARI, la única alternativa que hubiese permitido a la izquierda competir electoralmente con los partidos burgueses.

Finalmente, es necesario tener en cuenta el propio carácter de las elecciones del 18 de mayo y que las diferencia de las del 10 de junio. En éstas, no estaba en juego propiamente el control del aparato del Estado; más bien se trataba de una confrontación de fuerzas a nivel del conjunto de la sociedad. Por el contrario, en las elecciones del 18 de mayo se juega el recambio del personal dirigente del aparato estatal. En este caso, la imagen que se desarrolla entre los electores tiene que ver con la posibilidad de lograr algunas reivindicaciones. En una palabra, se percibe la necesidad de una administración eficiente del Estado actual no planteándose necesariamente su sustitución. Estas percepciones llevan por lo menos a dos consecuencias: De un lado, el amplio margen que da a las posibilidades de manipulación de la conducta electoral, al situar las elecciones en el terreno del orden social vigente, en donde la disputa del electorado se da en el marco de la solución a sus demandas e ilusiones, las que se podrían realizar sin cambiar el Estado. De otro lado, y como consecuencia de esta disputa del gobierno dentro del orden, la gran importancia electoral del planteamiento del “mal menor” —enfático en la campaña electoral por el belaudismo—: Belaúnde podría expresar mejor que el Apra o el PPC, las reivindicaciones populares dentro del actual orden social.

De esta manera, no habiéndose desarrollado en favor de los trabajadores las relaciones de fuerzas entre las clases; en ausencia de una política de oposición planteada en un terreno diferente al definido por las reglas dictadas por la burguesía; abandonada prácticamente las reivindicaciones autónomas de las masas; fraccionados los partidos de izquierda en cinco candidaturas; la lógica electoral necesariamente tenía que conducir a la derrota de los partidos de la izquierda. En las condiciones señaladas, el reflujo sindical y organizativo de las masas trabajadoras se tradujo en retroceso electoral.

En este sentido, también es provisional la votación del 18 de mayo. Se ha entrampado el proceso de autonomización política de los trabajadores; pero a éstos no se les ha derrotado definitivamente. Todo dependerá de los enfrentamientos de clase del período siguiente: o bien ese proceso se limita definitivamente, o bien se avanza hacia nuevas formas de organización y de conciencia.

El predominio de las opciones democráticas-radicales

Dentro de una izquierda electoralmente derrotada, las corrientes democrático-radicales han sido las que han obtenido una mayor votación. UNIR y UDP tienen el doble de la votación de Hugo Blanco, que en alguna medida representaba la opción socialista, cuya votación ha descendido a menos de la mitad de la que alcanzó en 1978.

En la explicación de este relativo predominio, seguramente el caso del UNIR es el más significativo. No sólo porque han obtenido la más alta votación de los partidos de una izquierda electoralmente empujados (alrededor de 194 mil votos para sus listas parlamentarias), sino porque dos de los partidos integrantes del frente (PCP-PR y MIR de Fernández Gasco) habían boicoteado las elecciones a la Asamblea Constituyente y porque esos mismos partidos y su aliado PCR-CO se constituyeron en los principales opositores de ARI, y los que lo llevaron a su desintegración. En esas condiciones, ¿cómo es posible que lleguen a convertirse en "la primera fuerza política de la izquierda"?

Una primera razón tiene que ver con el hecho de que UNIR ha contado —dentro de la izquierda— con dos de los aparatos partidarios más sólidos y con amplios recursos económicos como para realizar una campaña electoral a nivel nacional con cierta permanencia e intensidad. Además, ha contado con la infraestructura sindical de organizaciones de masas con influencia nacional como el SUTEP, y varias de sus organizaciones regionales, y la FEP, con la mayoría de sus federaciones base. La importancia de esta maquinaria organizativa se pondría en evidencia en la manifestación realizada en la Plaza San Martín de Lima, que fue sin duda la más grande en relación a la de los partidos de izquierda.

La importancia del aparato partidario puede ser mostrada en el caso de Unidad de Izquierda (UI), en muchos aspectos similar al de UNIR. Cuenta con una sólida estructura partidaria (sobre todo en el caso del PC), recursos económicos más o menos abundantes y una infraestructura sindical representativa (CGTP, CNA, federaciones regionales o de rama). Todo ello le permitió realizar, en la misma Plaza San Martín, un mitin de proporciones semejantes al del UNIR. Sin embargo, UI sólo logra obtener poco más de 150 mil votos para sus listas parlamentarias. ¿Qué es lo que explica, más allá del aparato partidario y sindical, la diferencia de votación?

Podemos señalar algunas de las características del voto por UI que por oposición nos pueden explicar el voto por UNIR. Los electores de UI se encontrarían entre los obreros y capas medias organizadas (con una fuerte influencia sindical del PCP) y entre los campesinos beneficiarios de la reforma agraria (con influencia del PSR; la importante votación alcanzada en el departamento de Ica da cuenta seguramente de este hecho). UI no logró ganar el voto de sectores más independientes tanto en la clase obrera como en las capas medias, como había ocurrido en 1978, cuando el PCP y el PSR alcanzaron alrededor de 438 mil votos. En la disminución de la votación, el factor específico habría sido el carácter básicamente velasquista del programa electoral y la presencia de militares velasquistas, y del propio candidato a la presidencia, en la campaña electoral.

El voto por UNIR se encuentra principalmente entre los estudiantes universitarios (y también secundarios) y, de manera

menor, en núcleos obreros, campesinos, maestros, influidos política o sindicalmente por el PCP-PR y el PCR-CO. La campaña electoral de UNIR está centrada principalmente en la oposición a la dictadura, proponiendo un gobierno patriótico y no alineado. Además de esta política antidictatorial, desarrolló el antiaprimismo sobre la base del señalamiento del exclusivismo y del totalitarismo del APRA. Ambos temas se orientan a canalizar las ilusiones liberales de algunos núcleos de electores de las capas medias, particularmente a los más jóvenes, de muy reciente incorporación social, desde abajo, en las universidades o en ocupaciones que signifiquen un ascenso social.

Hugo Blanco, más allá de su trotskismo, representaba en las elecciones del 10 de junio de 1978, con limitaciones y deformaciones, el estado de ánimo socialista de las masas. Traducía las reivindicaciones más urgentes de los trabajadores y las perspectivas de su propio gobierno. Sin embargo, ello no se tradujo en una conciencia socialista definida y, menos aún, organizada. Por ello, en la coyuntura en la que se dan las elecciones del 18 de mayo, con un claro retraimiento de las movilizaciones de los trabajadores y sin una alternativa electoral de izquierda definida, el espacio político de una opción electoral socialista se reduce, sobre todo en el semiproletariado, ganado por las ilusiones populistas del belaudismo. Además, es necesario tener en cuenta la definición trotskista de Blanco en estas elecciones —a diferencia de las del 10 de junio—, enfatizada hasta extremos sectarios por los aliados de Blanco: el PST y el POMR. La consecuencia será la reducción del "blanquismo" a sus límites reales, y la del trotskismo al espacio político que tenía antes de las elecciones del 10 de junio.

La caída de la votación de Blanco no debe significar que la alternativa socialista revolucionaria no es más la alternativa que expresa el movimiento real de los explotados peruanos. Pues, si bien en el terreno electoral no cristalizó una alternativa política que expresara coherentemente el desarrollo desigual y lento de una conciencia socialista de los trabajadores, en la realidad social, objetivamente, se encuentran las bases de un nuevo movimiento obrero de orientación claramente anticapitalista y que puede desembocar en una alternativa revolucionaria socialista organizada. Todo dependerá de que, sobre la base del fracaso electoral de la izquierda, pueda desarrollarse en la conciencia de las masas trabajadoras o de sus núcleos más avanzados, la necesidad de la movilización autónoma y anticapitalista, como el único camino para la constitución de su propio poder.



Por los resultados electorales pareciera que la sociedad peruana ha retrocedido al punto en que se encontraba en 1963. En efecto, todo sucede como si un candidato con un programa amorfo e indefinido, con un vago populismo y un ambiguo liberalismo, haya oscurecido la conciencia de las masas explotadas, esfumándose en un día los grandes paros y movilizaciones populares e inclusive la votación del 10 de junio. Parecería que los intereses antagónicos de las clases perdieran su consistencia y se armonizaran en una masa electoral ganada por un gaseoso y conservador democratismo antidictatorial.

Y, sin embargo, los resultados electorales se dan dentro del desarrollo de la lucha de clases en un marco radicalmente diferente al de la década de los años sesenta, por varias razones.

La primera de ellas es que el capital monopólico ha consolidado su predominio dentro del frente del capital. La política de estabilización neoliberal impuesta por el gobierno militar desde 1976 le ha permitido reforzar su posición. Pero al acrecentarse la centralización y monopolización de la economía, se deteriorarán cada vez más las condiciones materiales no sólo de los trabajadores sino de las capas medias y pequeñas de la propia burguesía. Por esta razón, se puede prever una acentuación de los conflictos intercapitalistas.

En estas condiciones, el capital monopólico ha buscado institucionalizar su dominación política, acumulando fuerzas para resistir los enfrentamientos de los trabajadores. La estabilidad política, por lo tanto, se presenta como una de las condiciones indispensables para mantener su predominio en el frente capitalista y garantizar el proceso de recuperación de la tasa de ganancia. A corto plazo, el régimen de Belaúnde puede garantizar una cierta estabilidad política, tanto por la relativa amplitud de su base electoral y por el apoyo del PPC, como por los recursos económicos que el Estado puede manejar para satisfacer algunas demandas inmediatas de los trabajadores y de las capas medias. Por el contrario, a mediano plazo las perspectivas de estabilidad del régimen belaudista son inciertas. En ello tendrá que ver la agudización de las pugnas interburguesas (lo que está ligado a la permanencia de la recuperación económica), las posibilidades de satisfacer crecientes necesidades y demandas de los trabajadores y de las capas medias y, sobre todo, por el carácter que asuma la oposición del movimiento obrero y popular.

Una segunda razón está dada por el papel político que desempeñan las capas medias. A pesar del evidente retroceso que ha significado el predominio de la imagen conservadora y las ilusiones liberales que cristalizan en un importante apoyo a Belaúnde, por debajo, en la estructura más profunda de la sociedad, se siguen desarrollando procesos que estas confusiones no pueden detener: la creciente polarización social y política que se ha ido desarrollando en su interior. El reformismo velasquista que llevó a sus extremos radicales la lucha nacional y antioligárquica desde la perspectiva de las capas medias, agotó las posibilidades de que estos grupos tuvieran un desarrollo político autónomo. Confluye con este proceso la creciente polarización entre las clases sociales básicas del país, convirtiéndose la clase obrera y la burguesía en polos de atracción de las capas medias. Sin embargo, a pesar de estar dadas las bases materiales, no se ha cristalizado un proyecto político coheren-

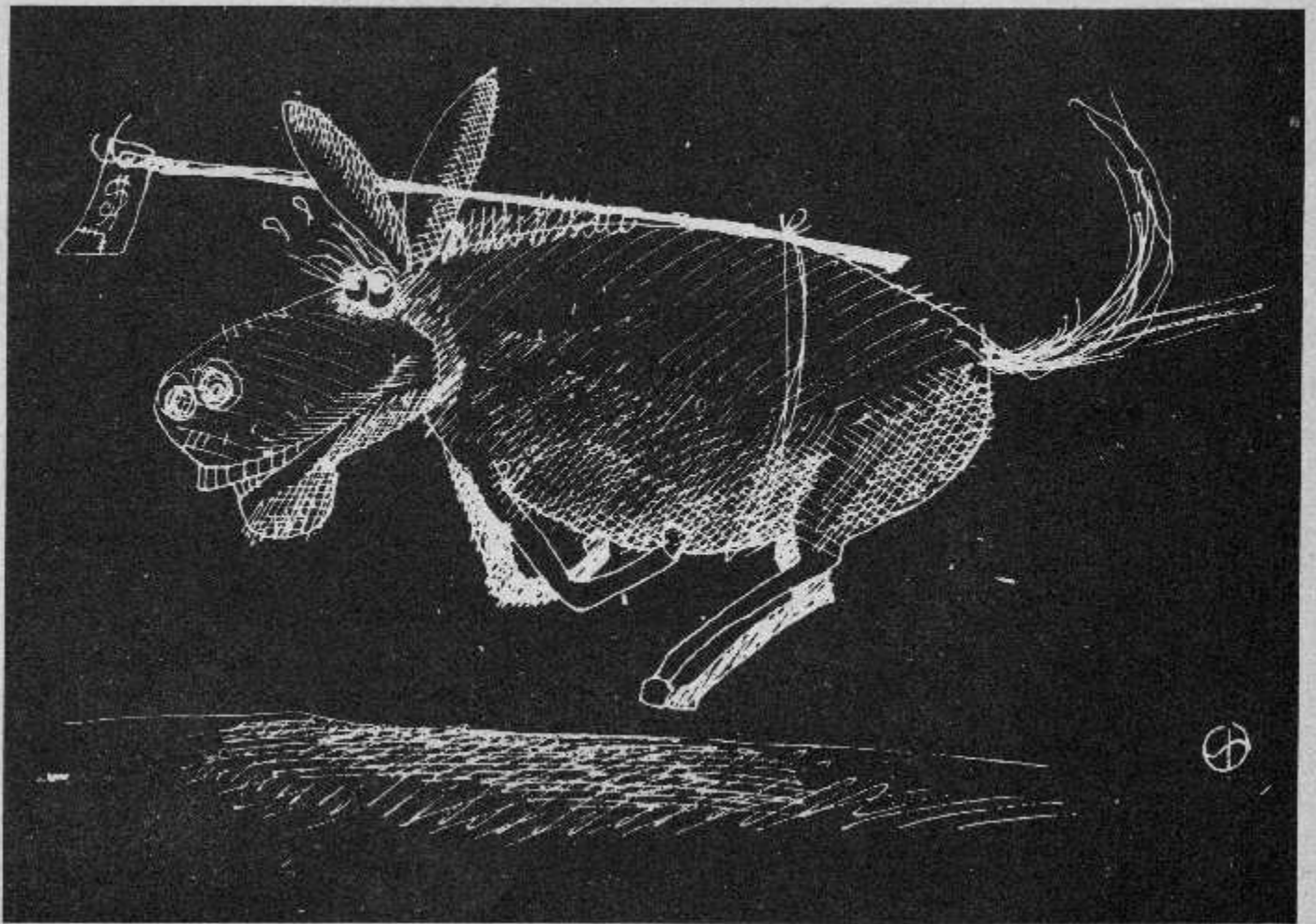
te para expresar esas alianzas de clase.

Sólo el Apra ha propuesto una alternativa política capaz de ganar de manera más o menos estable a las capas medias a un reformismo burgués. La posibilidad de asegurarles la satisfacción de algunas importantes demandas a través del Estado (educación, salud, empleo) puede llevarlas a convertirse en el sostén del poder burgués. Y desde esta misma perspectiva, pueden convertirse en los intermediarios de las demandas de los trabajadores, sobre todo si no se cristaliza un polo socialista revolucionario en su conducción. La izquierdización del Apra, impuesta por Villanueva, expresa el intento de articulación de estos intereses y puede convertirse en un amplio centro en el espectro político, ganándole espacio al autoritarismo liberal de la derecha, como a la izquierda revolucionaria.

Sin embargo, ha sido Belaúnde el que el 18 de mayo, por encima de sus diferenciaciones ha logrado articular las capas medias con el frente capitalista, aunque sin lograr soldar de manera real esos intereses. Seguramente un conjunto de sus reivindicaciones más inmediatas podrán ser satisfechas; pero a medida que avance la política excluyente del gran capital, las diferenciaciones básicas de las capas medias volverán a hacerse presentes. Sólo sectores minoritarios, los que se benefician con el desarrollo del capital monopólico (la tecnocracia, ciertas capas de profesionales, etc.) se mantendrán del lado de la burguesía. La enorme mayoría (sobre todo profesionales jóvenes, empleados) al acrecentarse sus desilusiones y frustraciones será ganada, o por el reformismo socialdemócrata del Apra o por la izquierda revolucionaria.

En tercer lugar, y seguramente la razón más importante, el desarrollo de un nuevo movimiento obrero y popular que en los últimos 10 años ha experimentado importantes avances en sus conciencias política y en su organización. Por debajo del retroceso electoral del 18 de mayo, se siguen manteniendo y, seguramente se ampliarán en los próximos años, las bases materiales y sociales del proceso de autonomización política de los trabajadores. Además, las profundas experiencias adquiridas durante la última década no han podido ser borrados el 18 de mayo: las movilizaciones reivindicativas; la incorporación de la lucha de cuadros obreros sin compromisos con el reformismo; y, finalmente, la expresión orgánica de esos procesos en los embriones de organización autónoma de los trabajadores.

En definitiva, las consecuencias políticas de la votación del 18 de mayo muestran su carácter extremadamente provisional. La institucionalización del Estado burgués a partir de la opción belaudista dependerá de las posibilidades de canalización del descontento popular y de la forma como se articulen los intereses de las diferentes fracciones burguesas y de las capas medias en un bloque político. Pero, en estas condiciones, también el aprismo puede ampliar su influencia política a partir de un énfasis mayor en su prédica izquierdista, lo que puede reducir las posibilidades de desarrollo de las corrientes reformistas de izquierda. Frente a ello, a la izquierda revolucionaria se le presentan dos caminos: o bien se asienta el predominio de las corrientes democrático-radicales, en cuyo caso serán más favorables las condiciones para la estabilización del poder político de la burguesía; o bien se desarrolla una dirección socialista revolucionaria, que a largo plazo puede romper el equilibrio económico y social del sistema capitalista en el Perú.



EL PROLETARIADO TEXTIL: CONTRA PATRONES Y BUROCRACIAS

La rama textil de la industria en el Perú comporta en la actualidad cerca del 25% de las exportaciones llamadas "no tradicionales", que dice por sí de su significación en términos del capital y la burguesía. En términos de los trabajadores, agrupa a un contingente organizado de 45 mil obreros, concentrados en un 80% en Lima-Metropolitana, constituyendo el único gremio importante de trabajadores que aún controla el Apra en el movimiento obrero organizado, siendo también la única base significativa de la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP), Central sindical aprista.

Los esfuerzos de la izquierda, en sus diversas tendencias, por revertir esta hegemonía de la burocracia aprista han sido hasta aquí estériles. Factores que están anclados en las condiciones desiguales del capital que aquí opera y las características sociales también desiguales de los trabajadores incorporados, están seguramente en la base explicativa de este dominio del Apra por 61 años consecutivos. Pero, la propia actuación de las fuerzas mayoritarias de la izquierda, democrático-populares, bajo un tercer línea de división del gremio, es también responsable de esta permanencia del Apra en la dirección de la Federación Textil.

El balance de la contrastación de las diversas políticas de la izquierda en las luchas de los textiles, y las consecuencias prácticas de esas políticas para el destino inmediato y la larga lucha por la independencia organizativa y política del proletariado textil, es precisamente lo que intentamos desarrollar, en particular, alrededor de la reciente gran Huelga Nacional Textil.

EL CAPITAL Y LOS TRABAJADORES TEXTILES EN LA CRISIS

El desarrollo de la industria textil ilustra claramente las características estructurales de la base productiva de nuestra formación social.

En primer lugar, su origen en el último cuarto del Siglo XIX y su desarrollo hasta la II Guerra Mundial estuvieron en contradicción con la orientación fundamental de la economía agro-minera-exportadora, a su vez importadora de bienes manufacturados, especialmente textiles. Las primeras empresas de burgueses nativos o fracasaron o tuvieron una expansión limitada a mercados regionales, que estaban cubiertos principalmente por empresas con capital extranjero (Grace y Duncan Fox).

La política de sustitución de importaciones impulsada desde comienzos de la década del 30, básicamente por la carencia de fuentes de abastecimiento del exterior apoyada tímidamente por los gobiernos coetáneos y continuadores a la II Guerra Mundial a través de una débil política arancelaria de carácter proteccionista, permitió ir favoreciendo la constitución de una base interna de acumulación de capital precaria y

peri paredes

dependiente. Precaria por las características rígidas de la demanda y la reducida amplitud del mercado interno, dependiente en cuanto al financiamiento, a las patentes, la tecnología, etc. Las crisis y los diferentes montos del capital fueron determinando las primeras concentraciones y monopolizaciones de la industria.

Recientemente se irá desarrollando una industria textil orientada fundamentalmente a la demanda de amplias capas de consumidores internos pero sensible, por ello, a las modificaciones de la capacidad adquisitiva de esta población. En consecuencia, toda política que propiciara la expansión del consumo interno actuaba positivamente en la expansión de esta rama industrial, tal el caso de los primeros años de la década del 70. En este período, el sector textil tuvo una expansión sumamente acelerada, incrementándose, por ejemplo, en 1970 en un 25% y en el 71 en un 14% debido al mayor poder adquisitivo de los sectores asalariados urbanos y a la política proteccionista impuesta.

La crisis económica, afectó sustantivamente al sector textil. La contracción del mercado interno es uno de los efectos dada la creciente pauperización de los sectores sociales mencionados. Es así como para el período 77 - 78 se reduce su mercado local a apenas el 50% de los niveles normales. Sin embargo, en esta coyuntura la burguesía textil por su capacidad de presión política y su proximidad al gobierno, consigue establecer las condiciones necesarias para su reactivación. La primera y más importante está dada por la fuerte depreciación de la fuerza de trabajo reflejada en la caída de los salarios reales de los trabajadores textiles, lograda por la suspensión, en 1976, de la regulación automática de salarios de acuerdo con el alza del costo de vida, vigente desde 1945 (sobre esto volveremos más adelante). La segunda, gracias a la subvención que recibe del Estado en la compra de algodón a través de ENCI. Y la tercera, los altos niveles de reintegro tributario, CERTEX (léase subsidio) que recibe, el mismo que alcanzaría el 30% del valor FOB para las industrias localizadas en Lima y el 40% para las provincias. Adicionalmente el D.L. 22342 (1978, noviembre 22) que concede importantes liberaciones al sector por 10 años.

Estos tres elementos determinan una importante baja de sus costos, posibilitando su ingreso ventajoso al mercado internacional. La exportación textil crece de 2.9 millones de dólares en 1972 a 53 millones en 1977 y a 178.8 millones en 1979. Es importante señalar que este crecimiento no refleja el nivel de la inversión sino el aumento en el uso de la capacidad instalada en este sector, sin llegar a su utilización total (en 1977 la capacidad ociosa era de 12% en hilados y 18% en tejidos). Desde 1976 hasta inicios de 1979 la capacidad instalada de la industria textil sólo creció en un 8% (464,000 a 500,000 husos).

Del conjunto de las exportaciones textiles, el 90% es en crudos (de algodón), correspondiendo el 65% al Mercado Europeo, gracias a una cuota protección establecida por la Comunidad Económica Europea hasta 1982 por las bondades de la fibra larga peruana. Son estas condiciones las que posibilitarán el desarrollo de Textil Piura (Grupo Romero) y Textil El Progreso, que colocan el 95% y 100% respectivamente de su producción en el exterior. A pesar de ello, las empresas siguen quejándose de exceso de personal y obsolescencia de equipo, demandas que se encuadran en la necesidad de uso intensivo del capital constante en detrimento del capital destinado a la compra de fuerza de trabajo.

Es importante señalar que la expansión parece tener sus límites. Este año concluyen las barreras proteccionistas del Pacto Andino, lo que impediría competir con ventaja con Colombia, el productor más importante de esta rama en el mercado andino. (*)

Por otra parte, como en toda crisis, ésta ha posibilitado la depuración del sector. Los años iniciales significaron la descapitalización, cierre de empresas y la consecuente transferencia de capital de unas a otras empresas textiles, fortaleciéndose las empresas más grandes, fenómeno que corresponde a la tendencia de monopolización del capital vigente en nuestra base productiva.

Una breve revisión de la información disponible de algunas empresas nos permite caracterizar la situación de las mismas en 1979 (para empresas inscritas en la Bolsa de Valores de Lima).

INDICADORES SELECCIONADOS DE EMPRESAS TEXTILES 1978 (millones de soles corrientes)

Empresas	Ventas Netas	Capital Social	Utilidades Ejercicio '78	Utilidad Neta Capital Social	Aumento de Activo Fijo
CUVISA	2,046	552	15.6	0.03	101.8
LA UNION	5,370	1,441	526.2	0.37	299.9
HILOS CADENA	1,024	109	135.4	1.24	19.5
TEXTIL PIURA	1,418	1,080	468.5	0.43	278.3
UNIVERSAL T.	1,723	602	176.3	0.29	183.0
Total Sector Industrial Registrado en B.V.L. (promedio)				0.26	45.05

Fuente: Vademecum Bursatil 1979

Salvo el caso de CUVISA, la rentabilidad del sector textil es superior a la del resto del sector industrial, resaltando el caso de Hilos Cadena Llave al obtener 124% (Sólo Armco-Peruana logra una rentabilidad mayor: 146%).

Este indicador de rentabilidad nos permitirá además estudiar el comportamiento del sector textil desde 1974.

RENTABILIDAD DE EMPRESAS TEXTILES UTILIDAD NETA / CAPITAL SOCIAL (%)

	1974	1975	1976	1977	1978
CUVISA	23	-8	—	14	3
LA UNION	18	10	14	1	37
HILOS CADENA	28	28	33	81	124
TEXTIL PIURA	4	-1	8	34	43
UNIVERSAL T.	23	21	19	8	29
Total Sector Industrial registrado en la B.V.L.	19	18	21	14	-26

Fuente: Vademecum Bursatil 1979.

El crecimiento y la rentabilidad del sector textil son claros con respecto a los otros sectores industriales. Se asume que 1979 y 1980 mostrarían, aún con mayor claridad, este repunte en las ganancias del capital, frente a lo cual y de manera inversa se desarrolló la tendencia de los ingresos de los trabajadores. Es decir, que mientras la rentabilidad de los empresarios

(*) La burguesía textil colombiana tiene costos más bajos por la escala mayor de producción, la libre importación de insumos y la sobre-explotación de los obreros colombianos quienes tienen salarios más bajos que los nuestros. Comparando las ventas de dos empresas principales, Tejidos La Unión (27.5 millones de dólares) con la de Coltejer (Colombia) que alcanza a 255.6 millones de dólares podremos darnos una idea del riesgo que se señala.



textiles ha mantenido un ritmo creciente, los ingresos reales de los trabajadores han ido reduciéndose. Beneficiario de ayer y de hoy es el gran capital internacional (citemos la Phillip Van Heusen Corp., J y P Coats Limited, Soparcol Inc., DHV Industries Inc., Tootal Limited, entre las más importantes) que subordina a sus socios nacionales mediante los diversos mecanismos de una industrialización capitalista dependiente.

Para los trabajadores, este mismo proceso histórico tiene efectos opuestos. El gremio textil logró, tras una serie de largas y heroicas luchas, un conjunto de importantes conquistas sindicales, de carácter organizativo y económico en 1944-45, tales como la prima textil y el reajuste automático del costo de vida. Esta última consiste en que "por cada 9 puntos de fluctuación del costo de vida en la escala del Boletín del Banco Central de Reserva del Perú (ahora vía Instituto Nacional de Estadística) se hará un reajuste del 50% en los salarios" (Acta de la Comisión Tripartita del 21 de Enero de 1945). A más de 30 años de su vigencia, el gobierno militar en complicidad con la actual dirigencia de la Federación de Trabajadores en Tejidos del Perú (FTTP), suspendió en 1976 esta conquista básica del proletariado textil.

Las medidas acordadas en junio de 1976 marcaron para los trabajadores peruanos la agudización de la ofensiva económica y política de la burguesía y su gobierno, estableciendo una serie de alzas de precios ("paquetes"), devaluando la moneda y ampliando a 18 meses la vigencia de los Pliegos de Reclamos sindicales, al mismo tiempo que se estableció un irrisorio aumento de salarios. Para imponer esta ofensiva se declaró el Estado de Emergencia, se suspendieron las garantías y se impuso el toque de queda, prohibiéndose las huelgas y paros, así como las asambleas sindicales. Con este marco es que se decreta la congelación del reajuste automático de los salarios por el alza del costo de vida, a través del D.L. 21531. Este decreto estipula la vigencia del tope de 1976 y congela el costo de vida durante los primeros seis meses de 1977. Incluía en la congelación solamente a los trabajadores con una base salarial de más de 17.93 soles, que constituyen sólo el 10% del gremio.

Frente a esta violación de la más importante conquista de los textiles, la dirigencia aprista de la Federación en lugar de exigir la derogatoria del D.L. eleva un Memorial al Ministerio de Trabajo a nombre de la FTTP interpretando la congelación como válida para todos los textiles y no solamente para aquellos que hubieran logrado un aumento de más de 2,100 soles al mes antes de julio. Incluso, engañosamente, en un aviso pagado, afirma que "se ha abierto el diálogo y se ha comprendido nuestro problema, entendiéndose nuestro reclamo". (La Prensa, 17 oct. 1976). De esta manera, la dirigencia encabeza

da por Rómulo Pineda preparó el terreno para que los cerca de 30,000 textiles que no estaban incorporados en la congelación con el D.L. 21531 fueran incluidos en la misma a través de la RM 435-76-TR, establecida después de 4 meses del D.L. original.

A partir del año de su congelamiento, se fue estableciendo vía dispositivos legales una permanente reducción del porcentaje de costo de vida textil, procediéndose así a un verdadera rebaja salarial para el conjunto de los trabajadores textiles, cuya magnitud está consignada en el siguiente cuadro:

PERDIDA DEL SALARIO TEXTIL

Por la congelación del Reajuste automático (Pacto 1945)

Base salarial	Salario 1976	Salario Dic. 1979	Salario Pacto 1945	Pérdida
(+)				
7	S/. 275.10	642.75	1,062.32	319.57
8	305.60	686.64	1,214.08	527.44
9	333.45	726.73	1,365.84	639.11
11	391.05	809.60	1,669.36	859.78
12	420.60	852.11	1,812.12	960.01

Fuente: Elaborado en base a los cálculos realizados por los trabajadores de "La Unión Sindical" (conformada por los 10 sindicatos de la fábrica La Unión S.A.)

(*) No consignamos todas las bases salariales, sólo aquellas en las que están concentrados la mayor parte de trabajadores textiles.

LA FEDERACION TEXTIL Y SU DINAMICA

A diferencia de otras Federaciones, que se asientan en lo fundamental en la coordinación y centralización de las luchas aisladas de sus organismos sindicales de base, la Federación de Trabajadores en Tejidos del Perú —fundada en 1919— está basada en los Pactos que rigen las relaciones capital-trabajo en esta rama industrial. Esto porque históricamente la FTTP ha venido absorbiendo la representación de importantes Convenios ó derechos colectivos del conjunto del gremio textil, entre ellos, el derecho al Reajuste Automático del Salario Textil; el derecho a la Prima Textil, que no es sino

el antiguo "premio" por asistencia que pasa a incorporarse al salario (Set. 1944); el derecho a presentar un **Pliego Unico Textil** de condiciones de trabajo, centralizando toda la fuerza del gremio, etc.

Estas conquistas históricas y federativas han permitido a los trabajadores textiles colocarse entre los primeros niveles salariales de la industria hasta fines de la década del 60. Además, son los directivos de la FTTP "de 1919" los únicos autorizados para intervenir en la ejecución ó regulación de estos pactos. Por ejemplo, es esta FTTP quien representará al gremio en las varias "Comisiones Tripartitas" (Empresarios textiles, Estado y trabajadores) para "reajustar" la aplicación del Pacto de 1945 sobre el costo de vida ó quien además discutirá con el Comité Textil de la Sociedad de Industrias, el Pliego Unico que afectará a toda la rama textil. Sobre esto último es importante subrayar que, instrumentos como éste, sólo lo poseen "por sus particularidades técnicas" algunos gremios como la Federación Bancaria, Gráficos, Construcción Civil y Electrolima. Un intento por obtener un derecho similar en la Federación Metalúrgica, terminó en 1964 con la represión fulminante de trabajadores en decenas de fábricas tomadas, cientos de despedidos y encarcelados, y la casi destrucción de la Federación durante los cuatro años posteriores.

Es sustantivamente por esta razón, que, cuando los dirigentes apristas de la FTTP, a espaldas de los trabajadores buscan reducir o anular estos pactos federales —como ocurrió con el Convenio Tripartito de 1968 de rebaja salarial, o los Pliegos Unicos en 1971 y 1975 firmados por un plazo de 3 y 2 años respectivamente— la respuesta de las bases sindicales es coordinar la oposición a la conciliación aprista pero sin formar una Federación paralela, sino más bien acumulando fuerzas para la expulsión de la dirección pro-patronal. Esta actitud fue más clara aún cuando en 1979 las tendencias democrático-populares intentan nuevamente dar cuerpo a otra Federación. Es esta relación compleja entre Pactos federativos, oposición y división sindical, la que permitirá explicar la dinámica del gremio en el último período, incluida la reciente huelga textil y su desenlace posterior. Veámoslo con algún detenimiento.

Desde comienzos de la década del 50, la industria textil atravesó un proceso combinado de expansión y crisis, acentuándose esta última en la década del 60. Mientras la industria manufacturera en general está en pleno proceso de expansión por el impulso de la industria metal-mecánica y química fundamentalmente, el sector textil manifiesta una situación de estancamiento de su producción, deteriorándose la situación de las empresas más tradicionales. Se desarrolla en particular la producción de fibras sintéticas, pero al mismo tiempo, muchas empresas cierran o reducen su producción a raíz de la competencia con las empresas más modernas y la reducción del mercado interno. La burguesía textil, en esa ocasión, plantea una serie de medidas que les permitirá sortear el temporal: concentrar la producción en las unidades monopólicas, introducir maquinaria nueva, racionalizar la organización del trabajo, congelar o rebajar los salarios y ampliar otras formas de reducción de los mismos (destajo, recategorización, etc.).

La burocracia del "sindicalismo libre" conviene en intervenir en una "Comisión Tripartita" que se crea en 1960 para "fijar las tarifas en función a la especialidad, eficiencia y grado de responsabilidad del trabajador..." Recién en 1968 se firma el Convenio Colectivo que autoriza a las empresas la rebaja de salarios, aumenten las cargas de trabajo, despidan trabajadores y disminuyan los días y horas de trabajo semanales cuando las necesidades de producción —a juicio de las empresas— lo requieran.

No obstante el rechazo y repudio de los trabajadores textiles a este Convenio y a esos dirigentes, que el naciente clasismo de orientación PC no logra canalizar, el Apra conser-

va su permanencia en la FTTP amparado en la experiencia y capacitación técnica textil (cálculo salarial básicamente) de sus dirigentes.

La oposición al Apra, entonces encarnada en los cuadros del PC, planteará la consigna de "Nadie cotiza ni vamos a las Asambleas de la Federación", en contra de la trayectoria de las masas textiles y facilitando la labor de la burocracia aprista, que 3 años más tarde en un período de revitalización sindical presentará en 1971 el Pliego Unico Textil, realizando las Asambleas sólo con aquellas bases sindicales cotizantes. Los dirigentes ligados al PC y la naciente CTRP y Sinamos, parapetados en las Comunidades Industriales reaparecerán en el escenario a través del Comité de Reorganización de la FTTP, intentando dividir la Federación, haciendo uso —para vencer la resistencia de las bases— de una consigna sentida por los textiles: "reorganizar la Federación sin dividirla". La consigna prendió, aglutinando a 70 sindicatos entre ellos los más importantes como Nuevo Mundo, Universal Textil, La Unión, Cromotex, Santa María, San Pedro, etc. En 1974, bajo el auspicio de la CGTP, llevan a cabo un Congreso que en lugar de planificar allí el modo de reorganizar la Federación desde dentro, terminaron eligiendo una directiva paralela a la de la FTTP. El gremio quedó así dividido de hecho en dos Federaciones, con dos directivas.

Ambas directivas presentan sus respectivos Pliegos ante el Ministerio de Trabajo, siendo una, la paralela, declarada inadmisibles, y la otra, de la dirigencia aprista, improcedente, instalándose nuevamente una Comisión Tripartita, en la que ambas dirigencias se disputan la representación de los textiles.

Fracasa así el Pliego Unico, se derrota a los trabajadores, y se inicia también el fin de este intento divisionista.

Ante esta situación de crisis política y orgánica de la Federación, que fué madurando desde 1968, nuevas corrientes clasistas al interior de la FTTP fueron emergiendo y agrupando a los elementos más destacados, logrando en noviembre de 1974 derrotar a los sectores gobiernistas al interior del gremio (PC y SINAMOS) y conformar el Comité de Lucha Textil, como tendencia clasista en el seno del gremio, conformada por dirigentes y trabajadores de base que asuman como objetivos los siguientes:

- 1.— Defensa de la unidad de la F.T.T.P. sobre la base de un programa clasista y una línea consecuente.
- 2.— La defensa del derecho al Pliego Unico ante la política patronal de establecer pliegos por empresa...
- 3.— La realización de una campaña contra la racionalización capitalista...
- 4.— La lucha por convocar, organizar y garantizar la realización de un Congreso Extraordinario de Unificación del gremio..." (Comité de Lucha Textil: "La congelación del costo de vida y la supuesta crisis de la industria". Sin fecha).

A partir de su constitución se inicia un abierto sabotaje al Comité de Lucha Textil y sus objetivos, por parte principalmente de los partidarios de la Federación paralela. Asimismo enfrentará a quienes desde su seno buscaban desviar los cuatro objetivos y desnaturalizar el C.L.T., empujándolo hacia la práctica y la línea política igualmente divisionista del CCUSC, patrocinada por las fuerzas políticas democrático-populares de la izquierda, en circunstancias en que se impulsaba el retorno de las bases sindicales a la Federación. Esta pugna significará la práctica paralización del C.L.T. y de la eficacia de su enfrentamiento al Apra y a la burguesía textil, permitiendo que el Pliego Unico de 1975 fuera firmado por la dirigencia a espaldas de las bases, con el pretexto de la suspensión de garantías. Pactaron allí su duración por dos años, adelantándose incluso al famoso D.S. 006 que intentó la "bianualidad" de todos los

“

La situación del movimiento de los trabajadores textiles es, pues, contradictoria. Al mismo tiempo se han ido desarrollando las bases de experiencia y de conciencia contra el dominio de la burocracia aprista y, sin embargo, una parte de sus direcciones pugnan por canalizar ese avance en dirección de la implantación de otro control burocrático, paralelo al del APRA .

”

pliegos de reclamos, que fue anulado por la protesta sindical nacional. La manipulación de la burocracia aprista y la debilidad de la oposición logró también la traición a las demandas de los sindicatos bases, que pugnaban por el aumento de las bases salariales textiles cuyo monto mínimo (base de 7 soles) permanece inalterable hace 34 años (Convenio de 1947).

Desde la fecha de congelamiento del Costo de Vida Textil, diversos han sido los intentos por recuperar esta conquista de 1945, y numerosas han sido también las maniobras y traiciones de la burocracia aprista para contener las aspiraciones de los textiles. La recuperación del Costo de Vida ha sido la consigna del clasismo desde esa fecha, sin superar sin embargo su división en torno a las dos posiciones centrales con respecto a la táctica de enfrentamiento a la burocracia aprista. A fines del año 76 se producirá la depuración al interior del Comité de Lucha Textil con el abandono de los dirigentes y activistas de las fuerzas democrático-populares, quienes darán origen al "Comité Provisional Unificador del Gremio Textil", de fugaz existencia.

Con posterioridad al Paro Nacional del 19 de Julio de 1977 —que contó con el masivo acatamiento de los textiles— y su secuela de descabezamiento sindical que prácticamente eliminó a los cuadros sindicales más importantes del clasismo en textiles, los sectores pro-federación paralela proclamarán públicamente la muerte del Comité de Lucha, y auspician reuniones de un "Comité Pro-Huelga Textil", como un nuevo intento divisionista, al igual que el posterior "Encuentro FECITEX (Federación de Comunidades Industriales Textiles)", constituyendo un frente de lucha con los sindicatos de base. Todos, fracasos de una misma línea rupturista.

La dirección aprista de la Federación, después de oponerse durante dos años a la lucha del gremio, se verá obligada a cambiar de táctica por la presión de los trabajadores. En Febrero de 1978 acepta dar pase a la Huelga Textil, calculando su levantamiento en base a la esperada represión al paro Nacional del 27-28 de Febrero. Con estos pocos días de huelga la burguesía textil y la burocracia aprista esperaban descargar los stocks de ciertas empresas acumulados durante la crisis, desfogar y frustrar la presión de las bases, a la vez que "promocionar" a Julio Cruzado y Salas Melendez como candidatos apristas a la Constituyente. Sin embargo, la polarización política nacional impidió esos fines. Los trabajadores del país terminaron amenazando con un aluvión huelguístico, y los propios textiles se movilizaban ganando las calles, iniciando la extensión y el eco de su lucha en otras Federaciones y Centrales.

La dirigencia de la Federación se coloca así frente a dos fuerzas opuestas: El Comité Textil de la Sociedad de Industrias y las consignas electoralistas de su partido, por un lado, y la presión de las bases, por otro. A los capitalistas les dirá a título de confesión: "Se distorsiona toda la verdad de la posición de la Federación Textil, tal es así que los señores empresarios se olvidan que desde el año 1945 no ha habido huelga textil nacional por aumento de salarios" (Boletín Nro. 6 de la FTTP, 1º Marzo 1978). Frente a los trabajadores, intentará quebrar la huelga por dentro para finalmente traicionarla por una nueva fórmula salarial que en lo sustantivo mantuvo congelado el Costo de Vida.

En Junio de 1979, la misma burocracia impide el reinicio de la Huelga a cambio de un irrisorio aumento de 150/o. Ante la creciente presión de los trabajadores el Apra optará por la agresión física para amedrentar a los Delegados que se encontraban en plena Asamblea. Posteriormente, los dirigentes más activos en esta oposición a la burocracia aprista serán expulsados del gremio. El repudio se generaliza frente a esta ofensiva contra los trabajadores. Las diversas corrientes del clasismo en textiles, débiles organizativamente por su división, la represión



sindical y el encajonamiento de la izquierda en el electoralismo, se verán empujados a canalizar la indignación del gremio, articulando y centralizando los esfuerzos de lucha al interior del gremio, constituyendo la "Comisión Coordinadora Textil" en la que estarán presentes los representantes de las tendencias democrático-populares y los del Comité de Lucha, quienes previamente por separado habían mantenido su trabajo de oposición a la burocracia aprista.

Como en oportunidades previas, la unidad será fugaz. Contra todas las evidencias históricas en la trayectoria de las masas en textiles, los representantes democrático-populares buscarán hacer de la Comisión Coordinadora el germen —otra vez— de una Federación paralela, sosteniendo que los sindicatos "reconozcan a la Comisión Coordinadora como organismo provisional de dirección gremial" (Boletín informativo de la CCT N.1). Los delegados miembros del Comité de Lucha, apoyados en el carácter indivisible de la Federación por ser ésta un conjunto de conquistas y por que para la masa textil la Federación constituye un órgano de clase y no sólo un instrumento de coordinación de las luchas dispersas de sus sindicatos base, persistirán en su oposición a la división del gremio, pugnando por hacer de la Coordinadora sólo eso, una instancia de coordinación de los esfuerzos de lucha contra la burocracia aprista al interior del gremio. También en esta oportunidad (Nov. 1979) la línea por una Federación paralela será un estruendoso fracaso. Lo que en sus inicios fue un intento importante de centralización de las bases sindicales se ha convertido hoy y desde Nov. de 1979 en un nuevo instrumento de manipulación partidaria de las tendencias democrático-populares en textiles, bajo el mismo nombre: Comisión Coordinadora Textil.

Este breve recuento de la dinámica de la Federación nos autoriza a afirmar que si es cierto que la dirección aprista ha sabido utilizar las conquistas de los textiles, como la nivelación automática por costo de vida y el Pliego Unico por rama, para evitar por muchos años la movilización de las bases textiles, desarmando la organización del gremio, convirtiéndose ellos en los administradores de un gremio desmovilizado; sin embargo es cierto también que —en el período reciente— si el Apra todavía mantiene el control de la FTTP es por los errores políticos de la izquierda; es esta línea paralelista errónea la que impide su derrota.

Esta constatación se hará más evidente aún en la última huelga textil de Feb-Marzo de 1980, que inserta en las tendencias de la dinámica de la Federación, pone sin embargo al descubierto más palmariamente la práctica y concepciones de las dos principales fuerzas de oposición al Apra. Es el develamiento de esto que intentaremos en lo que sigue.

1980 — HUELGA TEXTIL: LOS TRABAJADORES Y LAS BUROCRACIAS

Sobre las bases estructurales y los principales protagonistas del enfrentamiento entre capital y trabajo, es decir entre la burguesía, su Estado y el proletariado, y las fuerzas políticas que se enfrentaron interpretando los intereses básicos de las clases en conflicto, reseñado anteriormente, es que se ubican las condiciones concretas en las que se desarrolló esta etapa de la lucha de clases en el sector textil.

La presencia de tres situaciones caracterizan la coyuntura histórica concreta en este período final y de relativa salida a la crisis aguda y general del capital. En primer lugar, un relativo reactivamiento espontáneo y disperso del movimiento huelguístico que compromete a varios sectores del movimiento obrero organizado, en medio de un período de reflujo del movimiento de masas en general. En segundo lugar, el encapsamiento de las organizaciones de izquierda en el montaje de la ARI, que acentuó aún más su aislamiento del movimiento de masas que ya la Asamblea Constituyente había propiciado. Y finalmente, la propia consolidación de la convocatoria a elecciones generales por el gobierno y la reactivación electorera de los partidos de derecha, especialmente el Apra.

La ausencia total de la izquierda en las tareas de impulsar y sostener las acciones de masas de esos días es aprovechada por el Apra principalmente, buscando aparecer oportunamente en el apoyo y hasta la conducción de esas luchas sindicales, mientras los grupos más importantes de la izquierda y la ARI estaban ocupados solamente en sus proyectos electoralistas.

Es precisamente la apertura del juego electoral burgués lo que se halla en la base de explicación de la sorpresiva convocatoria a la Huelga Nacional Indefinida de los trabajadores textiles por parte de la dirigencia aprista de la Federación. Junto a este cálculo electorero, la dirección de la FTTP buscaba simultáneamente restaurar y legitimar su control político y sindical desgastado sustantivamente a partir de 1976. Además, por las condiciones en que se daba la huelga parecía un campo propicio para dirimir posiciones entre las dos fracciones existentes al interior del Apra, que tienen su respectiva expresión en el seno

de la Federación Textil. Pretendía también arrinconar al clasismo debilitado después de su entrapamiento en el nuevo intento de montar una Federación paralela.

Después de un prolongado silencio desde la expulsión de los Delegados clasistas, en julio de 1979, la FTTP convoca a una Asamblea Textil en la que "se fijará la fecha de iniciación del plazo de huelga", que ninguna base textil había decidido. Sin embargo, la lucha por mejoras salariales constituía una apremiante necesidad en los textiles, dado el notable deterioro de su situación, resultado de la congelación del régimen salarial textil. Es sobre esta necesidad sentida y la precariedad de la izquierda, que se monta el Apra, en particular la tendencia "Andresista" representada en el movimiento sindical por Cruzado Zavala, actual Secretario General de la CTP.

La pugna al interior del Apra en lo sindical asume caracteres de cisma, por lo menos en el gremio textil, en los meses previos a la huelga, en circunstancias en que los conflictos entre Villanueva y Townsend se tornan agudos. Más adelante, ya en pleno desarrollo de la Huelga y en condiciones en que los trabajadores textiles rebazan el control desmovilizador de la dirigencia, estas disputas darán paso a una actitud de defensa común frente a la amenaza de los trabajadores que cuestionaban el control del Apra.

Como ya lo señaláramos, el clasismo en textiles en las circunstancias de la Huelga, y mucho antes, no sólo no se hallaba representado en las Asambleas del gremio, por la expulsión de que habían sido objeto, sino que sus dos tendencias centrales venían saliendo de confrontar una, la democrático popular, un nuevo fracaso en el intento por fundar una Federación paralela. Y la otra, el Comité de Lucha Textil salía en el mismo momento de defender la unidad de los trabajadores organizados en la FTTP, oponiéndose al paralelismo, pero en una actividad reducida a una polémica contra la línea rupturista, descuidando el trabajo en el terreno donde es fundamental: la organización y movilización de las propias bases textiles.

El hecho de que la Comisión Coordinadora cuente con un aparato patrocinado o avalado por ocho grupos democrático-populares y reformistas como PCR-TR, VR-EP, MIR Unificado, PC-M, PR, PCR-CO, PC-U, VR-PM y otros apéndices menores, será de gravitante importancia para su actividad en el curso de la huelga, por contar con más voceros en las Asambleas Federales en comparación a los delegados que fueron sustentando la línea del Comité de Lucha Textil.

Contra todas las previsiones, para clasistas y apristas, la casi totalidad de trabajadores textiles a nivel nacional se sumaron desde el primer día a la sorpresiva decisión de la Huelga Indefinida. Expresión ésta no sólo de los justos objetivos de la lucha, sino también de la legitimidad aún subsistente —aunque ya resquebrajada en parte— de la Federación en los trabajadores textiles.

La reciente huelga textil, ha significado un cambio radical a la etapa anterior en cuanto a la fuerza y amplitud que desarrolló el movimiento textil en su enfrentamiento al capital y a la burocracia aprista. Las bases textiles experimentaron en esa etapa el abandono o neutralización de sus reivindicaciones más importantes por parte del Apra. La unidad, los altos niveles de participación de las bases, la activa movilización de los trabajadores, la lucha antiburocrática, son los factores más positivos que ahora forman parte de la conciencia de un sector de los trabajadores a raíz de esta lucha.

Ha evidenciado también, sin embargo, y probablemente más que en cualquier otro sector de trabajadores, los límites de la izquierda en su comprensión y práctica de lo que significa la lucha contra la burocracia aprista y el burocratismo en general.

Esta lucha aparece dominada en los actuales momentos —y este es un hecho cristalino en los textiles— por un predominio de políticas también burocráticas. Los democrático-populares disputan la dirección político-sindical, impulsando una dirección político-sindical oportunista, inmediatista, incapaz de contribuir al desarrollo de una dirección proletaria alternativa a las direcciones burocráticas agentes del capital. Su mayor fuerza organizativa, constituida por un frente de varias tendencias reformistas radicales y su mayor peso político nacional en la coyuntura actual de la lucha de clases en el país, oscurecen y obstaculizan las tendencias del proletariado revolucionario presentes en el desarrollo de la lucha textil, que apuntando a la emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos, está contrapuesta a ambas prácticas burocráticas.

- Este proceso huelguístico de los textiles manifiesta dos momentos en su desarrollo, poniendo en evidencia dos tácticas diferentes de la burocracia aprista pro-burguesa y dos concepciones, en lo fundamental opuestas, por parte de la izquierda: una burocrática, manipuladora y controlista, y otra interesada en desarrollar una dirección proletaria autónoma, como expresión efectiva del avance de las luchas de los textiles. El curso de la huelga y el futuro inmediato del gremio textil, al igual que las perspectivas de superación de la burocracia aprista, estarán en gran parte sujetas a la concretización de las concepciones, prácticas y estilos de estas fuerzas y tendencias reales y virtuales.

Movilización Autónoma de las Bases Vs. Burocracia Sindical Aprista

El primer momento, de auge del movimiento de los trabajadores textiles está caracterizado por la búsqueda de una alternativa de dirección a la burocracia aprista en la conducción de la lucha; eso es expresado en las movilizaciones continuas con presencia masiva de los textiles en el lugar de las Asambleas, la imposición de la Olla Común en el propio local de la Federación, la expulsión de la fuerza de choque aprista llamada por la dirigencia para reprimir a los delegados de base. Los textiles hacían así una nueva experiencia de solidaridad y unidad en la propia lucha tanto contra el capital como contra la burocracia sindical aprista. A ésta le fué difícil oponerse frontalmente al desarrollo de estas movilizaciones, precisamente por la energía de las mismas; buscó sin embargo frenar y obstaculizar este proceso mediante su acostumbrada práctica de manipulación y represión a las masas.

En forma muy desigual, y sin una alternativa de dirección política coherente y sostenida, las bases sindicales textiles fueron desarrollando en esta huelga el convencimiento de que la lucha exitosa contra los patrones exige como una de sus condiciones ir despojándose del yugo de una burocracia que desde los años cincuenta ha mediatizado y obstaculizado el desarrollo de sus luchas, hecho que en esta última experiencia se hizo conciencia, si no en la totalidad del gremio, sí en un contingente importante de trabajadores, y ya no sólo de dirigentes.

En un buen sector de trabajadores aún pesan las condiciones de su socialización sindical y política bajo la plena hegemonía aprista. Esta ha dado por resultado la aceptación de una concepción y una práctica profundamente burocráticas del logro de las reivindicaciones. Estas son vistas como producto de las habilidades de los dirigentes, de la articulación sólo entre ellos, de negociaciones hechas por encima de las bases, concentrándose en una hábil defensa legalista, y terminando por inclinarse —dada la acumulación de estas supuestas fuerzas— hacia la conciliación de los intereses representados. Esta es una razón importante de la fuerza que aún mantiene el Apra en el proletariado textil.

A una Burocracia Aprista, ¿una Nueva Burocracia? El Punto de Vista del Comité de Lucha

El Comité de Lucha Textil traducía y sintetizaba el esfuerzo de los trabajadores textiles por encontrar una dirección alternativa autónoma a la del Apra para el desarrollo eficaz de su lucha, sosteniendo desde el inicio de la huelga, la propuesta de elegir en Asamblea Federal un Comité Central de Huelga. Esa consigna encontró eco entre los delegados y los trabajadores de base; sin embargo, no logró cristalizarse sino 21 días después de iniciada la huelga, mediatizada en sus alcances porque ya se habían iniciado condiciones de debilitamiento y desgaste de ésta, lo que se explica en parte por el sabotaje y la cerrada oposición por parte de la burocracia aprista, que buscando cancelar esta necesidad de las bases textiles inventó una "Comisión de Defensa Adjunta", que incorporaba a delegados clasistas, pues le sería útil en su juego y táctica en el momento de eflujo de la lucha textil, como lo veremos posteriormente.

Es responsable también de la no concreción de este organismo de dirección, la propia Comisión Coordinadora Textil y los partidos y tendencias que la patrocinan, por su abstención en el impulso a constituir un organismo de dirección de las propias masas, elegido democráticamente, en Asamblea de la Federación. Consideraban innecesario este instrumento de dirección alternativa de la huelga (por lo menos hasta dos días antes de su formación) por que entendían que esa dirección era la propia Comisión Coordinadora. "... Esta huelga y las grandes movilizaciones —dirán— se deben principalmente a que la comisión Coordinadora Textil se ha puesto a la cabeza de esta lucha y lo mantendrá hasta las últimas consecuencias..." (volumen del 20 de Feb.). Es evidente que no conciben que en la lucha de los trabajadores tanto por sus intereses inmediatos como históricos, no se trata de ponerse a la cabeza de las masas ni sustituirlas, sino impulsar, coordinar, centralizar la dirección emergida de su propio movimiento hacia sus objetivos reales, concretos e históricos.

La Comisión Coordinadora ajusta su formulación a su práctica cotidiana de colocarse por encima de las masas y manipularlas burocráticamente, bloqueando el movimiento en su unidad y desarrollo organizativo de los propios trabajadores. No están interesados en el avance autónomo de las masas hacia la constitución de su propio poder, sino que conciben éste como el poder de sus pequeños grupos y el control de los organismos gremiales, a la manera de la burocracia aprista o de cualquier otra, justificándolo por autodeterminarse los representantes genuinos de la clase.

Los trabajadores textiles, con su movilización y decisión de lucha en busca de una dirección alternativa, no sólo avanzaron rechazando la propuesta del Apra de entregar el manejo de la huelga a la CTP, sino que asistieron masivamente al mitin convocado por la CGTP (Central sindical bajo control del reformismo obrero burocrático del PC-U) en respaldo a las bases en conflicto, convirtiéndose en la práctica en el contingente principal de ese mitin. La Comisión Coordinadora, sin embargo, en vez de fortalecer la centralización de los Textiles en su gremio y sus avances en organización y conciencia, expresados en el cambio de las relaciones de las bases con la dirección de la Federación, intentaron su bloqueamiento convocando a actos y movilizaciones paralelas, en lugares que para sus propósitos funcionaban como locales de identificación con sus posiciones partidarias y cristalización del control del movimiento.

Aquí está expresada una concepción y una práctica burocrática respecto a la organización y dirección política de los trabajadores. Los cuadros de las organizaciones de esa izquierda actúan ante todo como representantes de los intereses de

una organización política en el seno de los trabajadores y sus organizaciones; actúan orientadas a preservar o aumentar la cuota de poder que el partido tiene en el gremio. El gremio, en este caso la Federación, no es visto como órgano directo de las luchas de las masas y para las masas, sino como el instrumento del partido (correa de transmisión), para el partido o bloque de partidos; así los intereses de las masas son subordinados a los intereses "trascendentales" de las organizaciones partidarias.

Sobre esta base entienden la lucha contra la burocracia como un problema formal, de sustituto de un grupo partidario que controla un gremio por otro, de pase de manos de una burocracia pro-burguesa y patronal a otra "clasista". Buscando así ilusoriamente eliminar a la burocracia, sin entenderla como una consecuencia de un específico modo de concebir, organizar y ejercitar el poder constituido de cualquier sociedad de clases; no entendiendo que el ejercicio de la democracia es el proceso de impulso y maduración de las direcciones efectivas de las masas y a la vez, el desarrollo de una política proletaria independiente. Y es evidente que no podrán entenderlo por que esto corresponde a una concepción de crítica y combate a la burocracia en el proceso de la revolución socialista como la lucha constante e irreconciliable por la socialización del poder político, logrado en, y a través, de la emergencia, desarrollo y consolidación de los órganos de poder directo de las masas a partir de los propios órganos de lucha y defensa de la clase trabajadora. El partido de la clase impulsa y dirige este proceso.

LAS BUROCRACIAS Y EL REFLUJO DE LA HUELGA

e

s precisamente el triunfo del Apra en su táctica de oposición a la movilización unitaria y centralizada de los trabajadores y fundamentalmente a la constitución de un nuevo eje de dirección de su lucha, el que facilitó el reflujo del movimiento textil y la puesta en marcha de la táctica del desgaste de la huelga junto al envalentonamiento patronal y el gobierno.

Luego de 15 días de una Huelga convocada sorpresivamente, unas semanas después de que un 80% de los textiles regresaban de vacaciones, comenzaban a ser difíciles las condiciones económicas de un contingente importante de trabajadores, y de ese modo el sosten de la lucha. Eso, junto a las acciones represivas de la burocracia aprista en contra de los trabajadores y la presión de los capitalistas del Comité Textil de la Sociedad de Industrias por la ilegalización de la huelga, da como resultado que a los 16 días de iniciada, la Autoridad de Trabajo emita la Resolución Ministerial que restituye el aumento de salarios de acuerdo al alza del costo de vida sólo a partir de enero de 1980. Esta medida desnaturaliza y viola el Pacto de 1945, por cuya vigencia luchan los textiles, ya que significa menos de 50 soles diarios de aumento para un salario promedio de base 10 en textiles, en momentos en que los trabajadores de otras ramas logran por Pliego de Reclamos aumentos por encima de 200 soles diarios (es el caso de telefónicos, Rayón y Celanese, Aduanas, etc.).

Posteriormente, la huelga es declarada ilegal, y siguen cartas notariales de despido individual que en pocos días afectan a

“...esto corresponde a una concepción de crítica y combate a la burocracia en el proceso de la revolución socialista como la lucha constante e irreconciliable por la socialización del poder político, logrado en, y a través, de la emergencia, desarrollo y consolidación de los órganos de poder directo de las masas a partir de los propios órganos de lucha y defensa de la clase trabajadora. El Partido de la clase impulsa y dirige este proceso

”

medio millar de trabajadores de diferentes fábricas. El Apra, tanto a través de la CTP como de la dirigencia de la Federación, intentará el acatamiento de esta Resolución. Las bases rechazaron en todos sus términos la mencionada resolución, empujando a los propios delegados allegados a la Comisión Coordinadora Textil a sumarse pasivamente a la exigencia previa y resistida por ellos, de elegir un Comité Central de Huelga, instancia que se constituiría en dirección autónoma de la huelga y que asumiría el impulso de tareas efectivas de coordinación, que impidieran el quebrantamiento de la huelga, con nuevas y más radicales medidas de lucha, propuestas ya por delegados aislados y por el Comité de Lucha Textil.

Por su tardía constitución, el Comité Central de Huelga no pudo, sin embargo, detener el reflujo y finalmente, fue útil al Apra para compartir responsabilidades con el clasismo en la defeción de la huelga, por la desarticulación de la movilización y acción de los trabajadores textiles, por el atemorizamiento creciente con las cartas notariales de despido y los anuncios de levantamiento de la huelga en algunas bases bajo control aprista. Estas condiciones de debilitamiento del movimiento dieron paso a la negociación de la Huelga, imponiéndose el criterio de la dirigencia de la Federación, promovida desde las bases sindicales bajo su influencia, de "rebajar las exigencias sin que signifique renunciar al Pacto de 1945". En suma, el diálogo reemplazó por entero las movilizaciones días antes del levantamiento de la huelga. Diálogos que no produjeron sino nuevas amenazas del gobierno cuando simultáneamente iban en aumento las cartas de despido. Los objetivos eran evidentes: utilizar a los despedidos para negociar la huelga.

El Comité de Lucha Textil, considerando la eficacia del Apra en el sabotaje a la movilización y a la nueva dirección de la huelga, había propuesto la elección de la Comisión Organizadora del VII Congreso Textil, manteniendo su exigencia del Comité Central de Huelga, con la finalidad de permitir un más profundo cuestionamiento a la burocracia aprista, propagandizando con los trabajadores movilizados, en plena huelga, la significación y trascendencia de un Congreso Unitario, democrático y de masas. Una vez más la burocracia aprista se opondrá a este planteamiento con los mismos métodos: sabotaje y suspensión arbitraria de las Asambleas llegando inclusive a intentar la censura de los delegados del Comité de Lucha. Una vez más, contó con la complicidad inicial de la Comisión Coordinadora, la cual haría suya esa propuesta solamente en la Asamblea previa al levantamiento de la huelga, postulando que el Comité Central de Huelga se convierta en Comisión Organizadora del VII Congreso, sin debate previo.

La Huelga fue levantada por consenso el 19 de Marzo, a 42 días de históricas jornadas; se negoció la promesa de reposición por levantamiento de la huelga y un adelanto a cuenta del costo de vida que se restablece a partir de 1980.

Si es cierto que quizás aún con una dirección clasista en la FTTP, tampoco hubiera sido posible la recuperación del costo de vida íntegro en los términos del Pacto de 1945, por el aislamiento de la huelga textil, el repliegue del movimiento obrero, el electoralismo de la izquierda y la oposición férrea de la burguesía y el gobierno, sí hubiera sido posible que esta gran experiencia de movilización y combatividad en lucha contra la burocracia aprista hiciera vivencia y conciencia de la necesidad de una alternativa de dirección autónoma y clasista, reforzando lo alcanzado en esta huelga como experiencia importante aunque fugaz, en la que los trabajadores se apropiaron de su Federación, la sienten como su órgano de lucha, y ya no sólo de uso y manejo por un puñado de "hábiles" dirigentes. Esta posibilidad fue truncada, obstaculizada y negada por los dirigentes y delegados del clasismo democrático-popular encarnado en la Comisión Coordinadora.

NUEVA VERSION DE UNA VIEJA LINEA

e

El repudio a la dirigencia de la FTTP, por la clara traición a los objetivos de la lucha, precipitó que la mayoría de los delegados, con la oposición lógica del Apra, asumieran el acuerdo de convertir al Comité Central de Huelga en Comisión Organizadora del VII Congreso Textil, evento en que serían elegidos los nuevos dirigentes de la Federación. Esta conquista de los trabajadores textiles en su lucha contra la burocracia aprista, es la expresión más clara del interior de la FTTP (emanada de su Asamblea) del avance que el clasismo ha alcanzado en particular durante su última huelga.

Sin embargo lo ganado está preñado de las contradicciones y limitaciones del propio avance del clasismo. La debilidad y práctica inoperancia del Comité Central de Huelga, sumado al repliegue de los trabajadores que ha seguido a la huelga, y de manera fundamental, la precaria presencia del clasismo en formas organizativas efectivas a nivel de las bases, hacen incierta la posibilidad de hacer valer este acuerdo para garantizar un Congreso democrático y de masas que comporte el jaqueamiento real a la tradicional burocracia aprista. Asumiendo esta debilidad la dirigencia de la FTTP no sólo ha desconocido a la Comisión Organizadora del VII Congreso, sino que recientemente ha vuelto a expulsar, esta vez, a 27 delegados de 17 bases sindicales, convocando por su cuenta al VII Congreso para el mes de Agosto. Así entonces, los trabajadores textiles vuelven a estar frente al riesgo de su división, fomentado por la propia burocracia aprista en un nuevo intento de su vieja táctica de aislar al clasismo del gremio, mayoritariamente empeñado hoy y con más decisión y "legitimidad" que nunca en promover una segunda Federación.

Una vez más también vuelven a estar presentes en los debates de la Comisión Organizadora del Congreso las dos posiciones de izquierda discrepantes en la táctica de enfrentamiento a la burocracia aprista. Las fuerzas democrático-populares a través de la Comisión Coordinadora, a las que se ha sumado el PC-

U., desplegando intensa campaña por sacar a como dé lugar el Congreso y la II Federación, fundándose en que este constituye el único camino de enfrentar la corrupción y lo antiestatutario de la permanencia de la dirigencia aprista. El Comité de Lucha Textil, débil organizativamente, persiste en su línea de rechazo a los intentos divisionistas. "El principio de la unidad sindical se concreta hoy en el gremio; necesariamente, en la unidad de la Federación de Trabajadores en Tejidos del Perú, en tanto subsista la necesidad de defender las conquistas de esta organización", sostienen los textiles del Comité de Lucha (folleto ¿Qué es el Comité de Lucha Textil?).

El afán burocrático de montar la Federación paralela como única salida de superación del control aprista ha ido negando el necesario trabajo de esclarecimiento y movilización de las bases textiles para hacer respetar el acuerdo de la Asamblea Federal de marchar hacia el VII Congreso unitario y democrático. Así por ejm., frente a la presión de los trabajadores despedidos a raíz de la última huelga para que se asuma la lucha por su reposición, algunos miembros han sostenido que "los despedidos constituyen una remora para la Comisión Organizadora" o que "la reposición de los cc. trabajadores injustamente despedidos se dara cuando en una Asamblea de Delegados (de la FTTP) se acuerde el reinicio de la huelga general indefinida" (Comunicado Extraordinario de la Comisión Organizadora del VII Congreso, Lima, 31-03-80), cuando en los mismos momentos la dirigencia aprista aparecerá dando pasos efectivos en la reposición, ciertamente selectiva, de los trabajadores despedidos.

La precariedad del avance del clasismo y los resultados de los apuros burocráticos por montar el Congreso y la Federación paralela se han evidenciado en la limitada presencia de delegados de base en las Plenarias preparatorias del Congreso, obligando a su postergación en ya dos oportunidades. Todo parece indicar que los trabajadores textiles no están dispuestos a una nueva aventura divisionista. Este segundo intento en menos de un año de la Comisión Coordinadora por fundar una Federación paralela se sumará a los varios otros intentos en la misma dirección impulsada desde 1969 por el PC-U y Sinamos. Estamos pues frente a una versión remozada, que hoy aglutina a todas las fuerzas del reformismo, de una vieja y errónea línea rupturista en textiles.

El Apra, hoy desde la oposición al nuevo gobierno buscará

asentarse en el gremio textil, depurando en su interior a los personajes más desprestigiados, asumiendo posturas democráticas y radicales en lo reivindicativo, sin poner en riesgo su compromiso básico con el capital. "La CTP debe actualizarse. No va a ser un movimiento rompehuelgas, paralizador o amarilló. No. No se espere eso", ha declarado Javier Valle Riestra, anticipando la nueva actitud del Apra en el movimiento sindical. Con esta postura y las diversas reivindicaciones de los trabajadores textiles, largamente postergadas, que parcialmente podrían ser levantadas por el Apra (tal como el Pliego Único sobre condiciones de trabajo o las bonificaciones), podrían permitir la reducción del espacio del clasismo, que está en la obligación de revisar su táctica en este nuevo período, frente a una dirigencia aprista remozada y "luchadora".

UN BALANCE PROVISORIO

La descomposición de la hegemonía aprista sobre los trabajadores textiles, el último importante bastión de la burocracia aprista en el movimiento sindical obrero, ya es profunda y puede desarrollarse.

No obstante, no son todavía plenamente afirmadas las posibilidades de que eso se traduzca en un plazo corto en la conquista de una dirección clasista alternativa en la Federación. En buena medida, porque una parte de las direcciones de tendencia clasista, actualmente agrupadas en la Comisión Coordinadora Textil, no han sido capaces de abandonar el sectarismo y el burocratismo para desarrollar desde las bases una nueva alternativa de dirección, democrática y antiburocrática y no solamente antiaprista. Por el contrario, persisten en una línea divisionista de la Federación, a pesar de la reiterada experiencia de rechazo de las bases contra todo paralelismo en la organización sindical, buscando de nuevo establecer un otro aparato burocrático para uso propio.

La situación del movimiento de los trabajadores textiles es, pues, contradictoria. Al mismo tiempo se han ido desarrollando las bases de experiencia y de conciencia contra el dominio

de la burocracia aprista y, sin embargo, una parte de sus direcciones pugnan por canalizar ese avance en dirección de la implantación de un otro control burocrático, paralelo al del Apra.

Los trabajadores textiles no se enfrentan al Apra solamente por su ya larga experiencia de la colaboración aprista con la patronal, y ahora precisamente cuando la burguesía textil engulle ingentes ganancias a costa de la miseria creciente de los trabajadores del sector. Ellos luchan contra el Apra, también porque asumen esa experiencia, como resultado del hecho de que toda manipulación burocrática, de cualquier signo político, implica siempre el riesgo de la manipulación y la conciliación oportunista de los intereses de clase, y de ese modo trabajan siempre el desarrollo del poder autónomo de los trabajadores.

De otro lado, los trabajadores textiles defienden la unidad de la Federación, aún a costa de la permanencia de la burocracia aprista, como hasta ahora, no porque sean leales al Apra ideológicamente —excepción hecha quizás de un reducido grupo de obreros provenientes de las anteriores luchas encabezadas por el Apra—, sino porque defienden con la unidad, una legislación que contiene las conquistas básicas del gremio y que solamente esta Federación y ninguna otra paralela puede representar y administrar, mientras no exista otra legislación y otras conquistas.

El esfuerzo divisionista se ha estrellado, por eso, de modo permanente contra la decisión de la gran masa textil. De eso se desprende que solamente desarrollando desde las propias bases de esta Federación, una corriente clasista unificada contra todo sectarismo, y capaz de levantar todo el sentido del movimiento antiburocrático de la lucha de los textiles contra el Apra, puede realmente alcanzar la conquista de la dirección del gremio y de su Federación, aún en contra de la matonería y de la manipulación aprista.

HaCe falta, para eso, que las agrupaciones ligadas al Comité Coordinador Textil, debatan en el seno de las bases estas cuestiones, abandonen su práctica sectaria, divisionista y manipuladora. Pero, igualmente, hace falta que el Comité de Lucha Textil, hasta ahora la única alternativa que pugna por la unidad y la lucha antiburocrática dentro de la Federación, sea también capaz de limpiarse del vanguardismo que limita sus perspectivas y las deforma con frecuencia, y sea capaz de movilizar y organizar a la mayoría de las bases en respaldo de sus opiniones.





COMUNIDADES CAMPESINAS HISTORIA Y CLASE

En 1980, existen en el Perú por lo menos tres mil comunidades campesinas. Hasta el 15 de Agosto de 1979, habían sido reconocidas oficialmente 2,952. Probablemente, la mitad de los 795 grupos campesinos formados por el proceso de reforma agraria en los últimos once años y, tal vez, un centenar de los actuales anexos de comunidades ya reconocidas, se conviertan en los próximos años en nuevas comunidades. De ese modo, es posible calcular que el número total de comunidades llegue a 3,5000. Esta cifra global encierra una heterogeneidad muy marcada. Toda la historia de nuestro país, desde los Incas hasta el capitalismo dependiente-dominante de nuestra formación social actual se expresa en esa heterogeneidad. Existen aun las formas de organización por bi-partición y cuadri-partición—Ayllus-parcialidades-sayas de arriba y de abajo, divididas en barrios y cuarteles—, (Wachtel 1973) con tendencias endogámicas dentro de los ayllus y con formas patrilineales de filiación. La clásica comunidad como institución corporada fruto de la estructuración colonial impuesta por los invasores españoles está ahora en franco proceso de subordinación al capital. A través de la creciente monetarización de la economía campesina, como expresión inequívoca del mercado interno capitalista del Perú, una gran parte de los comuneros de nuestro tiempo va engrosando las filas del semi-proletariado. (Montoya, 1980:23-27). No es posible que todos ellos se conviertan en proletarios permanentes y, por esa razón, su tradición anterior no está liquidada ni puede perderse fácilmente.

El desarrollo del capitalismo dependiente toca a comunidades de muy diverso tipo: de riego y no-riego; agrícolas y ganaderas; costeñas y serranas; hispano, quechua y aymara hablantes; de clara producción mercantil simple y de clara producción parcelaria; antiguas y recientes. La faena comunal que sintetiza una vieja tradición de trabajo colectivo se extiende desde la escena productiva hasta la vida urbana para la construcción de la infraestructura necesaria y va redefiniendo el *espíritu comunal* de nuestro tiempo. Sus formas de democracia directa constituyen realmente una alternativa campesina frente al verticalismo tecnocrático de los diversos funcionarios del Estado y el capital en las empresas fruto de la Reforma Agraria. Por eso los campesinos defienden su comunidad o tratan de crear nuevas comunidades.

La heterogeneidad de las comunidades, la ausencia de información estadística que de cuenta con rigor y seriedad de sus componentes y el carácter monográfico localista de gran parte de la extensa bibliografía escrita hasta hoy hacen difícil una aproximación histórica y global que no por difícil deja de ser indispensable (1). Sólo una visión histórica y global permitirá

* Una primera versión de este texto fue discutida con el equipo de investigación agraria, dirigido por José María Caballero. Dejo constancia de mi gratitud por los comentarios recibidos.

(1) Conviene agregar que las comunidades de la costa, sobre todo norte no han recibido la atención que requieren; así como las de cabecera de selva. Lo andino sigue marcando la bibliografía existente y esa es una real limitación.

rodrigo montoya

comprender las tendencias profundas que corren por debajo de la apariencia que conduce, a unos, a ver en ella sólo la presencia del pasado y, a otros, sólo la negación de ese pasado. La realidad es más compleja que el simplismo de ambas posturas reduccionistas.

El *campesinado* de gran parte de la izquierda peruana, de orientación sobre todo democrático-popular, está cayendo en los hechos, más allá de las buenas intenciones, en una representación idílica y populista de las comunidades. Por razones de adhesión a razonamientos políticos campesinistas, una gran parte de los responsables de esas organizaciones está olvidando el análisis de clase y privilegiando el análisis de la nación y el problema nacional (2). Subordinar el análisis de clase al análisis de la nación es cometer un error de gravísimas consecuencias. Es por esta razón que quiero intentar un acercamiento a la historia de las comunidades y al surgimiento de una estructura embrionaria de clases como un proceso frustrado en la esfera de la producción pero posible en las esferas política y cultural-ideológica. En otro texto, espero volver sobre el problema nacional.

ALGUNAS CIFRAS NECESARIAS

A partir de los *planos*, con extensiones relativamente exactas medidas por topógrafos, presentados por las comunidades para su reconocimiento oficial, el personal de las Brigadas técnicas de campo de la Dirección General de Organizaciones Rurales de Sinamos y la Dirección de Comunidades de la Dirección General de Reforma Agraria, ha calculado la extensión global que las casi tres mil comunidades poseen. Del total de 18 millones de Hectáreas, las tierras de riego representarían sólo el 10%, (186 mil Has), las tierras de secano el 90% (un millón 600 mil): las de pastos y bosques el 65% (12 millones) y

las eriazas, el 25% (4 millones 600 mil) (3).

Con la información contenida en el cuadro 8 del Segundo Censo Nacional Agropecuario (1972), Fernando Eguren (1978:36) ha calculado que las comunidades que declaran poseer tierras comunales tenían en ese año 6'120,781 Hectáreas.

Entre 1967 y el 15 de Noviembre de 1979, 433 comunidades (aproximadamente el 14% del total) han sido formalmente beneficiarias de Reforma Agraria, recibiendo 749,420 Hectáreas de tierras. Esta cifra podría aumentar significativamente si las 833 mil hectáreas adjudicadas a la mitad de Grupos campesinos y las 2'780 mil hectáreas adjudicadas a 60 SAIS pasaran a engrosar la extensión de tierras de las comunidades. Luego de once años de aplicación de la reforma agraria última la conversión de grupos campesinos en Comunidades y la desaparición de las SAIS en beneficio de las comunidades, son dos tendencias muy claras. (Ver Balance de Reforma Agraria al 30 de Noviembre de 1979. Oficina de Registro de Reforma Agraria, mimeo). Si este incremento de tierras comunales se produjera, en 1985 las Comunidades Campesinas tendrán aproximadamente un quinto de la superficie cultivable del país.

En 1972, la población comunal total habría sido de 2'745,693 habitantes, cifra que representa el 50% de la población rural y el 20% de la población total del país. Seis departamentos (Cuzco, Puno, Ayacucho, Apurímac, Junín y Huancavelica), concentran dos tercios del número de comunidades y 55% de la población comunal. En el mismo año, la PEA Comunal Ocupada habría sido de 673, 151 habitantes (quince años y más). Estas cifras resultan de sumar los parciales por departamentos ya publicados por la Dirección de Comunidades. (Ver: COMUNIDADES CAMPESINAS DEL PERU: INFORMACION CENSAL, POBLACION Y VIVIENDA. 1972. 19 Volúmenes a mimeógrafo).

I. EL PROCESO HISTORICO DE LAS COMUNIDADES. LA LARGA DURACION

Una aproximación de conjunto del proceso histórico de las comunidades campesinas en el país, permite establecer tres largos períodos claramente diferenciados: el primero de *despojo-protección* de 1532 a 1824, el segundo, de *despojo-libertad* de 1824 a 1920 y, tercero, el período de nueva protección que va de 1920 hasta hoy. Esta periodificación parte de considerar como eje decisivo la política seguida frente a las comunidades tanto por la monarquía española como por los gobiernos de la República.

t 1569- 1824: ORIGEN, DESPOJO-PROTECCION

Tanto las comunidades campesinas como las haciendas, son el fruto histórico de un doble proceso: la desestructuración del universo prehispánico y, la estructuración de una dominación colonial impuesta por los invasores españoles en el curso del siglo XVI. Como un derecho de conquista, la monar-

quía española guardó para sí el *derecho eminente* a la tierra en América, de la misma forma que el Estado Inca, guardó para sí el derecho eminente a la tierra de las múltiples etnias sometidas a su dominación. Producida la invasión española, la tarea de los conquistadores y de la monarquía fue quebrar las bases del Estado Inca y, al mismo tiempo, montar las bases de su dominación colonial. Este proceso estuvo marcado por una permanente contradicción de intereses de los conquistadores españoles y de la monarquía española. Estuvo también marcado por las contradicciones existentes entre las cúpulas de poder y dominación del Estado Inca y los caciques locales con los ayllus de base a lo largo y ancho del territorio sometido a la dominación Inca.

Como es ya conocido, una clara finalidad de los conquistadores fue la de apropiarse de todos los tesoros posibles y de iniciar una fase productiva extractiva minera y mercantil. Pero era imposible emprender la realización de esta finalidad minera extractiva y mercantil sin una base productiva agrícola y pecuaria que pudiera permitir a los conquistadores convertirse en mineros y a los indios vencidos en mitayos trabajadores de esos centros mineros. En consecuencia, es imposible separar la mi-

(2) El Primer encuentro de Nacionalidades y minorías nacionales que tuvo lugar en el Cuzco, en Noviembre de 1979, promovido por el Partido comunista revolucionario PCR-Clase Obrera, es el ejemplo mayor y más reciente de este olvido.

(3) Cuando los resultados del importante trabajo de la Dirección de Comunidades, estén íntegramente publicados, será posible verificar y comentar sus cifras. Por el momento, sólo es posible consignar algunas de ellas.

nería de la agricultura y de la actividad ganadera. En ese contexto, la secuencia *Encomienda - Mercedes de Tierras - Composiciones de Tierras*, dio lugar a la formación de las grandes haciendas serviles-esclavistas (latifundios). Con la expresa finalidad de evitar la desaparición de las fuerzas productivas indígenas, consideradas como botín de guerra de los conquistadores y encomenderos, la corona española dispuso desde el período del virrey Toledo (1569), la política de *Reducciones de indios*. Como parte de una estrategia militar y de poder de una dominación colonial, era indispensable limitar y restringir al mínimo posible a la unidad existente en las bases del Estado Inca. Los ayllus que eran unidades de territorio y parentesco, debían ser quebrados en sus vínculos internos y externos y para esto, la Reducción era el recurso más adecuado. En función de esta estrategia, los habitantes de un mismo ayllu fueron reubicados en nuevas unidades sociales llamadas *Reducciones de Indios*, que se convertirían después en las comunidades indígenas y, luego, campesinas. El cobro de impuestos para la monarquía española, para las autoridades de la dominación española y para los propios encomenderos, y la circulación rotativa de la fuerza de trabajo indígena en función a la antigua mita tanto en el trabajo agrícola, minero y de los obrajes, supuso una política de concentración de las viviendas dispersas de las unidades domésticas de los antiguos ayllus en centros urbanos, que seguían el clásico modelo de la ciudad española de ese tiempo. La formación de estas nuevas reducciones de indios se hizo teniendo en cuenta un factor decisivo tanto en la conquista como en todo el período posterior de colonización y de neocolonización: el *factor religioso*. Las nuevas reducciones fueron creadas bajo la protección de un santo o una santa de la iglesia cristiana. Los caciques locales como *bisagras* entre una sociedad multi-étnica de predominancia inca en descomposición y la naciente sociedad colonial feudal-mercantil-precapitalista, fueron los encargados de montar las bases de una organización política india eminentemente local pero controlada desde la corona a través de su débil pero existente aparato estatal.

La mita organizada de las Reducciones de indios para la extracción minera, el trabajo agrícola-pecuario y los obrajes constituyó, junto con la importación de esclavos negros, el recurso de mano de obra para definir el carácter servil-esclavista de las relaciones de producción necesarias para la dominación colonial española.

En cualquier proceso de conquista y de dominación colonial, ha sido siempre indispensable una política de reproducción de la fuerza de trabajo de los pueblos conquistados para garantizar la continuidad de la dominación colonial impuesta desde fuera. Desde esta perspectiva, la monarquía española definió su política frente a los indios dominados, a través de dos aspectos claramente diferenciados: por un lado, la atribución a las *"gentes del común"* de un conjunto de tierras y, de otro lado, la entrega a los caciques locales, los *hombres bisagra* de la dominación naciente, de otras tierras en propiedad. La *diferenciación* campesina en el acceso a la tierra, es por lo tanto, un rasgo distintivo de las comunidades de indígenas desde el momento mismo de su formación (Hurtado 1973). El idílico paraíso de la comunidad de indígenas como una totalidad solidaria e igualitaria que resultó de toda esta fase monográfica de la investigación indigenista y neo-indigenista de las comunidades campesinas aparece, pues, desdibujada. El atribuir tierras en propiedad a los caciques locales, era la manera más eficaz por parte de la monarquía española de asegurar la lealtad de estos hombres bisagra. Atribuir tierras al común, significaba, al mismo tiempo, un obstáculo para la voracidad de los conquistadores, para quienes los indios y las tierras eran botines de guerra y de conquista. Las tierras del común, no podrían ser objeto de compra y venta, y el acceso a ellas por parte de los indígenas, debía ser de tipo rotativo y periódico. Es en el acceso rotativo y periódico a la tierra del común donde se encuentran las bases objetivas de la totalidad del fenómeno so-

cial en la comunidad naciente, puesto que el nuevo sistema de autoridades políticas de las comunidades debía ser el encargado de asegurar ese acceso y esa rotación.

Conviene insistir en el doble juego de contradicciones que acabo de señalar líneas arriba. Por un lado entre encomenderos y futuros hacendados con la corona, y por otro en el seno mismo de las comunidades por este acceso diferenciado a la tierra. A este doble juego habría que agregar los conflictos de intereses entre encomenderos y futuros hacendados, por un lado, y entre las comunidades nacentes y estos propios encomenderos y futuros hacendados, por otro.

En función al derecho de conquista, a la noción de un dios cristiano como "único y superior", a la noción de "superioridad racial" y de "superioridad cultural", la monarquía española y los conquistadores sentaron las bases de las relaciones de producción que surgieron en la dominación colonial. Reservada la propiedad de la tierra como derecho eminente de la corona, ésta la distribuyó desigualmente entre los conquistadores y sus descendientes y los indígenas. A su vez, al interior de las haciendas los propietarios distribuyeron parcelas a los siervos y éstos, a cambio de la tierra recibida, estaban obligados a trabajar para el terrateniente. Sobre este fondo eminentemente productivo, las relaciones cultural-ideológicas se montaron a través de un juego de intercambio en el cual, por un lado, el siervo le debía al propietario terrateniente *obediencia, sumisión y resignación* y, de otro, el terrateniente se comprometía a *proteger* al indio siervo. Considerado el indio como un ser inferior y desvalido, era posible entonces imaginar un esquema social de protección. La idea de la encomienda traduce literalmente este hecho. Se le *"encomendaba"* al conquistador un conjunto de indios a quienes debía proteger y evangelizar. En los términos ideológicos de protección y sumisión se esconden los elementos decisivos de la política frente a la fuerza de trabajo, puesto que para el propietario terrateniente la protección significaba el acceso directo a la mano de obra indígena y a través de la obediencia y la sumisión de nítido contenido feudal cristiano, los indios debían buscar en los señores la protección. Conviene agregar un punto que me parece fundamental; la sumisión y la dominación no eran extrañas a los ayllus de base en el propio Estado Inca. Por los diversos trabajos que se han producido en los últimos 20 años, sabemos bien de qué manera el Estado Inca impuso una dominación a las diferentes etnias vencidas a lo largo y ancho del territorio del Estado Inca (Murra 1978). En consecuencia la dominación impuesta por los españoles no era estrictamente una novedad en el sentido literal de la palabra sino, por el contrario era, una modalidad diferente de viejas formas estructurales de dominación que acompañan los procesos de conquista. En el contexto de lo que acabo de describir es posible señalar las características fundamentales económicas, políticas y cultural-ideológicas de las comunidades indígenas nacentes.

En la esfera productiva, los hombres "del común", futuros comuneros, eran campesinos parcelarios que tenían acceso a lotes de tierras en niveles ecológicos diferentes de acuerdo a una vieja tradición andina (Murra 1975). El trabajo de la unidad doméstica en estas parcelas aseguraba el acceso a productos agrícolas para la reproducción de la unidad doméstica. De modo complementario, la actividad ganadera estaba asegurada en las tierras de pastos del común. En el caso de las comunidades ganaderas las unidades domésticas estaban, obviamente, centradas en el pastoreo y, complementariamente, en actividades agrícolas en las zonas posibles para la agricultura a más de 3.500 metros y en las parcelas bajas a las que tenían igualmente accesos desiguales. Estos mismos hombres del común debían trabajar por las mitas tanto en las tierras de los encomenderos futuros hacendados como en la explotación de los centros mineros y en los obrajes. Debían, además, pagar los impuestos a la corona española. Como consecuencia del genocidio-etnocidio



dio, la población indígena disminuyó notablemente, como es ya conocido. En consecuencia, en el origen mismo de estas comunidades el equilibrio hombre-tierra era muchísimo mayor de lo que se conoce en la situación presente de las comunidades campesinas. Esta relación de equilibrio hombre-tierra estaba asegurada a través del acceso rotativo y periódico a las diferentes tierras del común de tal suerte que la comunidad era depositaria de las tierras del común y el acceso de los comuneros era un acceso temporal de posesión privada. A la muerte del comunero, las tierras volvían al seno de la comunidad, y ésta las distribuía a los nuevos comuneros.

En la esfera política, la institución de los alcaldes varas que resulta como un híbrido de antiguas formas prehispánicas re-creadas de poder local y de la forma española del *cabildo local*, se convirtió en el eje clave de la institución comunal. La jerarquía de alcaldes al disponer del poder local interno a la comunidad, no ejercía simplemente una función política sino que al mismo tiempo ejercía la dirección del acceso a la tierra por parte de los comuneros en función al cumplimiento de las obligaciones que los comuneros tenían para con la comunidad. Además, el cumplimiento de las distintas obligaciones religiosas era igualmente controlado por estas autoridades indias o alcaldes varas. Fuenzalida (1976) ha demostrado ya el mecanismo por el cual esta institución de los varas en distintas zonas de los andes peruanos y bolivianos regía el acceso a los recursos y estaba caracterizada por una jerarquía cuyos diferentes rangos eran alcanzados por el cumplimiento de obligaciones tanto productivas como religiosas, igualmente jerarquizadas. En esta esfera del poder local encontramos, en consecuencia, un acceso periódico temporal y generalizado a la estructura del poder local por parte de los comuneros. Dicho de otra manera, los comuneros debían seguir lo que podría llamarse una *carrera política al interior de la comunidad* que empezaba en los rangos inferiores y que a lo largo de la vida del comunero alcanzaba el rango de la *Alcaldía mayor*. La dirección de los asuntos estrictamente comunales: el acceso a la tierra, el acceso y distribución del agua, la distribución de los cargos religiosos y políticos, estaba sujeta al control de la unidad colectiva de la "gente del común". Este mecanismo interno de funcionamiento de la comunidad no puede ser considerado como suficiente para suponer que estas comunidades eran plenamente autónomas, puesto que es imposible dejar de tomar en cuenta el ejercicio del poder de la monarquía española y de los grandes señores regionales y locales que ejercían directa influencia sobre estas comunidades a partir de sus intereses específicos en relación a la mano de obra y a los impuestos.

En la esfera cultural-ideológica desde el comienzo mismo de la implantación de la dominación española se produjo el encuentro de los valores pre-hispánicos necesariamente re-creados en un contexto histórico ya distinto con un conjunto de valo-

res impuestos por la ideología feudal llevada por los españoles. Los valores andinos pre-hispánicos sobre todo el *trabajo* considerado socialmente como la virtud de mayor rango, el trabajo colectivo de las faenas, las formas diversas de reciprocidad, para el intercambio de trabajo, bienes y servicios, el universo mítico-simbólico de los dioses locales, dioses montaña, debieron reproducirse al mismo tiempo que a los indios se les exigía el aprendizaje de valores religiosos-cristianos fundamentales como la obediencia, la sumisión y la resignación. Desde entonces, una religión formal, impuesta desde fuera, se reprodujo al mismo tiempo que las formas originales de religiones locales. La religión oficial del Estado Inca, el dios Sol, por ejemplo, desapareció oficialmente en un período que no fue demasiado largo, porque había sido impuesto por el Estado Inca. Lo que sí se reprodujo y sigue aún reproduciéndose, fue el conjunto de ritos y ceremonias a los dioses locales que no habían desaparecido en el Estado Inca y que cobraban nuevo vigor después de la invasión española. La lengua quechua alcanzó probablemente una difusión incluso mayor que la que tuvo durante el Estado Inca porque permitió la cohesión y la comunicación entre los diferentes componentes de estos ayllus re-creados. Lo mismo ocurrió, igualmente, con el aymara, si tomamos en cuenta, exclusivamente, lo ocurrido en el mundo andino.

En el contexto de esta estructura híbrida pre-hispánica re-creada e hispánica impuesta, las comunidades nacientes fueron unidades corporadas, relativamente autónomas, profundamente localizadas y sin relaciones directas entre sí. Este *localismo* es uno de los rasgos característicos de las actuales comunidades campesinas que tienen sus raíces en el comienzo mismo de la dominación española, como el resultado práctico de la estrategia de dominación impuesta por los españoles.

El proceso histórico que describo, está marcado por tres elementos decisivos: *dominación-resistencia-adaptación*. No es posible imaginar que la *dominación española* se impuso de modo tranquilo y pacífico sino, por el contrario, enfrentó una resistencia permanente. Expresiones inequívocas de esta resistencia, son las diferentes rebeliones desde la de Manco Inca hasta la última de Túpac Amaru al final de la dominación española. Paralelamente a esta resistencia, es necesario subrayar la noción misma de *adaptación* en la medida en que a lo largo de los años y los siglos los elementos exteriores impuestos por la dominación española se interiorizaron y pasaron, en consecuencia, a formar parte de las características "internas" de las comunidades que hoy conocemos. La dialéctica formal de lo externo y lo interno que desconoce la *interiorización de lo externo*, impide, en los hechos, dar cuenta de este proceso de reestructuración marcado por una síntesis, por una simbiosis mucho más profunda de lo que aparentemente puede uno suponer. Lo andino en ese momento, (fines del siglo XVI hasta la



dio, la población indígena disminuyó notablemente, como es ya conocido. En consecuencia, en el origen mismo de estas comunidades el equilibrio hombre-tierra era muchísimo mayor de lo que se conoce en la situación presente de las comunidades campesinas. Esta relación de equilibrio hombre-tierra estaba asegurada a través del acceso rotativo y periódico a las diferentes tierras del común de tal suerte que la comunidad era depositaria de las tierras del común y el acceso de los comuneros era un acceso temporal de posesión privada. A la muerte del comunero, las tierras volvían al seno de la comunidad, y ésta las distribuía a los nuevos comuneros.

En la esfera política, la institución de los alcaldes varas que resulta como un híbrido de antiguas formas prehispánicas re-creadas de poder local y de la forma española del *cabildo local*, se convirtió en el eje clave de la institución comunal. La jerarquía de alcaldes al disponer del poder local interno a la comunidad, no ejercía simplemente una función política sino que al mismo tiempo ejercía la dirección del acceso a la tierra por parte de los comuneros en función al cumplimiento de las obligaciones que los comuneros tenían para con la comunidad. Además, el cumplimiento de las distintas obligaciones religiosas era igualmente controlado por estas autoridades indias o alcaldes varas. Fuenzalida (1976) ha demostrado ya el mecanismo por el cual esta institución de los varas en distintas zonas de los andes peruanos y bolivianos regía el acceso a los recursos y estaba caracterizada por una jerarquía cuyos diferentes rangos eran alcanzados por el cumplimiento de obligaciones tanto productivas como religiosas, igualmente jerarquizadas. En esta esfera del poder local encontramos, en consecuencia, un acceso periódico temporal y generalizado a la estructura del poder local por parte de los comuneros. Dicho de otra manera, los comuneros debían seguir lo que podría llamarse una *carrera política al interior de la comunidad* que empezaba en los rangos inferiores y que a lo largo de la vida del comunero alcanzaba el rango de la *Alcaldía mayor*. La dirección de los asuntos estrictamente comunales: el acceso a la tierra, el acceso y distribución del agua, la distribución de los cargos religiosos y políticos, estaba sujeta al control de la unidad colectiva de la "gente del común". Este mecanismo interno de funcionamiento de la comunidad no puede ser considerado como suficiente para suponer que estas comunidades eran plenamente autónomas, puesto que es imposible dejar de tomar en cuenta el ejercicio del poder de la monarquía española y de los grandes señores regionales y locales que ejercían directa influencia sobre estas comunidades a partir de sus intereses específicos en relación a la mano de obra y a los impuestos.

En la esfera cultural-ideológica desde el comienzo mismo de la implantación de la dominación española se produjo el encuentro de los valores pre-hispánicos necesariamente re-creados en un contexto histórico ya distinto con un conjunto de valo-

res impuestos por la ideología feudal llevada por los españoles. Los valores andinos pre-hispánicos sobre todo el *trabajo* considerado socialmente como la virtud de mayor rango, el trabajo colectivo de las faenas, las formas diversas de reciprocidad, para el intercambio de trabajo, bienes y servicios, el universo mítico-simbólico de los dioses locales, dioses montaña, debieron reproducirse al mismo tiempo que a los indios se les exigía el aprendizaje de valores religiosos-cristianos fundamentales como la obediencia, la sumisión y la resignación. Desde entonces, una religión formal, impuesta desde fuera, se reprodujo al mismo tiempo que las formas originales de religiones locales. La religión oficial del Estado Inca, el dios Sol, por ejemplo, desapareció oficialmente en un período que no fue demasiado largo, porque había sido impuesto por el Estado Inca. Lo que sí se reprodujo y sigue aún reproduciéndose, fue el conjunto de ritos y ceremonias a los dioses locales que no habían desaparecido en el Estado Inca y que cobraban nuevo vigor después de la invasión española. La lengua quechua alcanzó probablemente una difusión incluso mayor que la que tuvo durante el Estado Inca porque permitió la cohesión y la comunicación entre los diferentes componentes de estos ayllus re-creados. Lo mismo ocurrió, igualmente, con el aymara, si tomamos en cuenta, exclusivamente, lo ocurrido en el mundo andino.

En el contexto de esta estructura híbrida pre-hispánica re-creada e hispánica impuesta, las comunidades nacientes fueron unidades corporadas, relativamente autónomas, profundamente localizadas y sin relaciones directas entre sí. Este *localismo* es uno de los rasgos característicos de las actuales comunidades campesinas que tienen sus raíces en el comienzo mismo de la dominación española, como el resultado práctico de la estrategia de dominación impuesta por los españoles.

El proceso histórico que describo, está marcado por tres elementos decisivos: *dominación-resistencia-adaptación*. No es posible imaginar que la *dominación* española se impuso de modo tranquilo y pacífico sino, por el contrario, enfrentó una resistencia permanente. Expresiones inequívocas de esta resistencia, son las diferentes rebeliones desde la de Manco Inca hasta la última de Túpac Amaru al final de la dominación española. Paralelamente a esta resistencia, es necesario subrayar la noción misma de *adaptación* en la medida en que a lo largo de los años y los siglos los elementos exteriores impuestos por la dominación española se interiorizaron y pasaron, en consecuencia, a formar parte de las características "internas" de las comunidades que hoy conocemos. La dialéctica formal de lo externo y lo interno que desconoce la *interiorización de lo externo*, impide, en los hechos, dar cuenta de este proceso de reestructuración marcado por una síntesis, por una simbiosis mucho más profunda de lo que aparentemente puede uno suponer. Lo andino en ese momento, (fines del siglo XVI hasta la

segunda mitad del siglo XIX), era ya la síntesis de un componente pre-hispánico recreado y de un componente feudal profundamente internalizado por estas comunidades campesinas.

1824-1920: LIBERTAD-DESPOJO

Los habitantes de las comunidades actuaron en la guerra de independencia en ambos bandos, como parte del ejército realista y del ejército patriota. La independencia política de la monarquía española fue un asunto que comprometió esencialmente a las capas de terratenientes y comerciantes frente al poder de la monarquía española. La ideología de la independencia que tomó gran parte de sus elementos de la revolución burguesa europea puso sobre el tapete la noción de libertad, y en virtud de esta noción la actitud proteccionista de la corona española respecto a las comunidades campesinas fue cuestionada y luego rechazada. Como parte del discurso ideológico de la independencia, el indio no debía ser considerado más como un ser inferior. En el contexto del capitalismo europeo, y del mercantilismo americano la igualdad jurídica entre los hombres, debía ser entendida como la igualdad de vender y comprar. Los famosos decretos de Bolívar que aseguraron la libertad de los indios y el reconocimiento jurídico de sus derechos, tuvieron una aplicación bastante tardía. Son visibles sus efectos en el curso de la segunda mitad del siglo XIX y, muy particularmente, después de la guerra con Chile. La guerra con Chile, al igual que las guerras de independencia, pusieron de relieve otra vez el problema nacional no resuelto en el país. Los hombres de las distintas comunidades tuvieron una conducta desigual frente al conflicto. Como describe López Albújar en uno de sus cuentos andinos, para gran parte de los indios la noción misma del Perú les resultaba extranjera y el conflicto entre peruanos y chilenos aparecía ante sus ojos como un conflicto entre *mists*.

La inversión productiva del capitalismo imperialista en el Perú, que empezó en las plantaciones azucareras y algodonerías en la segunda mitad del siglo XIX, abre un largo capítulo aún no concluido en la historia de nuestro país del proceso de articulación del capitalismo y el no-capitalismo. (El no-capitalismo significa: la servidumbre, la producción parcelaria y la economía desigual y diversa de las comunidades nativas de la selva). Este segundo momento de la historia general de las comunidades tiene que ser visto, en consecuencia, a la luz de un proceso mayor del comienzo del desarrollo capitalista dependiente en nuestro país. Las exigencias sobre las comunidades campesinas reprodujeron una buena parte de las exigencias coloniales pero agregaron otras de fundamental importancia para las comunidades de hoy. En función a la acumulación mundial del capital como proceso general, y en función a los procesos particulares de desarrollo de capitalismo dependientes en los antiguos países coloniales como el Perú, el rol de las comunidades campesinas aparece con rasgos particularmente nuevos e importantes. Las comunidades fueron objeto de nuevos despojos. Antiguas haciendas ya existentes se expandieron apropiándose de extensiones de tierras comunales y otras nuevas haciendas surgieron a expensas, igualmente, de gran parte de las tierras comunales. Ilustran lo que acabo de decir, los años de despojo salvaje de las comunidades en Puno, entre 1890 y 1920, y la formación de numerosas haciendas como la de *Visca* en San Juan de Lucanas. No se trata solamente de la expansión de unidades de producción predominantemente capitalistas que crecieron anexando tierras comunales. Las haciendas azucareras norteñas extendieron sus dominios en las partes altas y así los *Gildemeister* llegaron incluso hasta el Marañón pasando por la sierra alta de Trujillo. El contexto de estos despojos explica el porqué de las grandes sublevaciones campesinas de ese período.

Pero para el desarrollo del capitalismo dependiente en el Perú y para la expansión de las unidades de producción serviles, las comunidades no ofrecían solamente sus tierras como botín. Era fundamental e indispensable el acceso a la mano de obra de estas comunidades, particularmente en el curso de la segunda mitad del siglo XIX, afectado por una grave crisis de oferta de mano de obra en el mercado de trabajo. Diversas formas de *enganche* para los centros mineros como para las haciendas azucareras y algodonerías del norte, centro y sur de la costa peruana hicieron su aparición en la escena productiva. Los terratenientes ganaderos serranos se convirtieron, también en *enganchadores de indios* para beneficiar a los burgueses agrarios nacientes, sus aliados en la distribución y acceso del poder político a nivel nacional y regional en el Perú. (Montoya 1980 b).

Al interior mismo de la producción no-capitalista en los Andes peruanos como consecuencia del desarrollo del mercado interno capitalista embrionario del país se produjo una reorientación de la actividad productiva sin que ésta cambiara las relaciones de producción. Para la producción ganadera era indispensable el cultivo del alfalfa y por lo menos un tercio de las tierras de parcelarios comuneros que antes producían maíz, cebada y papas, pasaron a producir alfalfa. La producción de alfalfa permitía a los campesinos de las comunidades tener acceso al dinero necesario para poder comprar lo que ellos no producían y lo que los grandes comerciantes les vendían.

Al mismo tiempo, del seno de las comunidades campesinas surgieron nuevos contingentes de arrieros para el transporte necesario para la formación del mercado interior capitalista del país.

A las tierras comunales que permitieron el ensanchamiento y aparición de nuevas haciendas, y a esta necesidad de mano de obra de los productores parcelarios de las comunidades, es necesario agregar que en este período, las comunidades campesinas se convirtieron lentamente en parte del mercado interno capitalista puesto que los campesinos parcelarios agrupados en las comunidades se convirtieron en compradores de mercaderías producidas en la esfera capitalista tanto internacional como inicialmente nacional. El consumo de productos no producidos por los propios comuneros y ofrecidos en el mercado por una extensa gama de intermediarios comerciantes, es parte constitutiva del propio mercado interior capitalista del país. Por la convergencia de todos estos procesos, la articulación del capitalismo y el no-capitalismo tuvo lugar en un solo proceso económico que puede resumirse en una fórmula bastante simple: Ganancia del capital comercial igual a la plusvalía más el sobre-trabajo no capitalista. ($GC = PL + STNC$).

En el contexto de la primera gran fase de articulación del capitalismo y el no-capitalismo en la esfera económica particularmente en la esfera del intercambio, es posible mostrar que el proceso de diferenciación económica existente desde el comienzo mismo de las comunidades campesinas en el período colonial, se acrecentó. A fines del siglo XIX y en los primeros 20 años de nuestro siglo se produjeron en todos los Andes peruanos una serie de repartos de tierras comunales para uso privado en términos de una *posesión* prácticamente definitiva. (Diversos trabajos han mostrado este proceso de paso de la posesión colectiva a la posesión privada de la tierra en las comunidades; entre éstos: Cotler 1959, Montoya 1965). De ese modo, el fondo de tierras de la comunidad disminuyó sustantivamente y las bases para un desequilibrio entre el hombre y la tierra al interior de la comunidad aparecieron con mucha más nitidez y alcanzarían, en el tercer período, su nivel mayor.

Esta diferenciación económica acentuada en este segundo gran período de la historia de las comunidades, no fue acompa-

ñada sin embargo de una diferenciación política y una diferenciación cultural ideológica significativa. En la esfera política el acontecimiento fundamental que ocurrió fue la incorporación de las autoridades locales de las comunidades campesinas, dentro del aparato mismo del Estado burgués embrionario. En efecto, los Alcaldes Varas, como autoridades internas de las comunidades pasaron a ser sometidas a las autoridades del aparato burgués del Estado. Por una extensión de la servidumbre en la esfera productiva, las autoridades indias se convirtieron en sirvientes de las autoridades del Estado como los subprefectos, los tenientes gobernadores y los Alcaldes. Esta incorporación está aún en marcha y no ha terminado. La sumisión de las autoridades locales a las autoridades nacionales del Estado, implica un crecimiento mayor del aparato del Estado a nivel nacional y al mismo tiempo, una reducción del ámbito y de la autoridad de los propios Alcaldes Varas. Correspondió a los gobiernos del Mariscal Castilla la tarea de formación real del aparato del Estado en la historia republicana y es desde entonces que las provincias y distritos del país comenzaron a ligarse mucho más profundamente con el nivel nacional de decisión en Lima. El extremo poder de los terratenientes serviles, de los grandes señores llamados "feudales", permitió que apareciera con toda nitidez un grave conflicto entre las esferas nacional y regional del poder en el país. Pero a pesar de este desarrollo lento y desigual del aparato del Estado, la relativa autonomía del poder local interno a las comunidades sobre el eje de sus autoridades Alcaldes Varas quedó asegurado todavía.

La ideología burguesa entre estos años de 1880 y 1920 no contó con bases productivas para imponerse en el contexto del mundo andino en general. Producida ya la articulación económica del capitalismo y el no-capitalismo, y producido también el desarrollo del aparato del Estado burgués embrionario desigual e incipiente, sin embargo, la esfera ideológica estaba todavía profundamente marcada por la hegemonía de la ideología feudal del período anterior. Es seguramente Arguedas quien mejor ha descrito, sobre todo literariamente y también en sus trabajos etnológicos, el omnímodo poder local y regional de los grandes gamonales. De ese modo la igualdad jurídica formal de los indios y los otros ciudadanos del país comprometió casi exclusivamente el aspecto económico de la vida social dejando intocados los derechos políticos y los derechos a una autonomía cultural.

1920 - HOY:

REGRESO Y REFINAMIENTO DE LA PROTECCION

e

Un extenso período de despojos de tierras comunales para el ensanchamiento de viejas haciendas y la aparición de otras nuevas tanto capitalistas como no capitalistas del período anterior, dio lugar a múltiples sublevaciones campesinas y a la aparición de una corriente indigenista, que puede ser definida en su esencia como una actitud de revaloración de lo indio en el Perú y de denuncia de los abusos que estos indios sufrían. Del contexto de esta denuncia constante se desprende un tercer período que no ha terminado y que está marcado por el regreso al espíritu proteccionista. En 1920, Leguía dispuso que para evitar este constante abuso, las comunidades debían seguir diversas gestiones para ser reconocidas oficialmente. El reconocimiento oficial fue concebido como una forma de proteger las tierras comunales y de asegurar que los comuneros tuvieran los recursos indispensables para poder vivir. Entre 1920 y hoy, 2952 comunidades han sido ya reconocidas oficialmente.

El regreso a la protección no impidió que el despojo de tierras comunales continuara pero sí permitió que disminuyeran sustantivamente. La expansión de la Cerro de Pasco en la acti-

vidad ganadera con la formación de su división ganadera de la Cerro y la formación de esa gran unidad de producción capitalista ganadera en la zona central, es un ejemplo evidente.

La diferenciación económica con raíces nítidas en los dos períodos anteriores se intensificó y se intensifica notablemente. Un elemento nuevo aparece después de 1920 y es decisivo no sólo para la diferenciación económica, sino para la aparición de un proceso embrionario de estructura de clases al interior de las propias comunidades campesinas del Perú de hoy. La ley vial del propio Leguía sentó las bases para que en pocos años entre 1920 y 1940 prácticamente todas las provincias del Perú se comunicaran por tierra con Lima. El transporte motorizado por carreteras sustituyó el transporte marítimo y por arrieros de las fases anteriores y tuvo la extraordinaria importancia de ensanchar el mercado interno, de limitar y casi anular el monopolio que algunos ganaderos terratenientes y comerciantes tuvieron sobre la actividad comercial entre 1890 y 1930. Entre 1860 y 1930, aproximadamente, los únicos que podían tener acceso a la condición de grandes comerciantes eran los terratenientes ganaderos capaces de disponer de recuas de mulas para el transporte equino y de recursos suficientes para pagar el transporte marítimo de los diversos puertos en la costa peruana hasta el Callao. (Montoya 1980 b). Con la aparición de las carreteras, la actividad comercial dejó de ser el privilegio exclusivo de unos cuantos señores regionales y permitió la aparición de numerosísimos comerciantes grandes y pequeños a nivel departamental, provincial, distrital y anexal.

Probablemente desde los últimos años de la década del 30 hasta ahora, empezó a producirse un fenómeno nuevo en las comunidades campesinas: la aparición de comuneros comerciantes y transportistas. Las actividades comercial y de transporte van casi siempre juntas y han permitido una diferenciación económica muchísimo más importante que todas las anteriores. Una mayor o menor tenencia de tierras al interior de las comunidades no es un factor decisivo para expoliar las diferencias profundas entre comuneros ricos y comuneros pobres. Sí lo es el disponer de un mayor número de ganado y, sobre todo, tener un camión o una tienda grande en una comunidad campesina. Sobre el fondo de esta diferenciación económica profundizada por la actividad comercial es posible entender tres procesos paralelos: a) La aparición de una producción mercantil simple importante en numerosas comunidades de riesgo como el valle del Mantaro, por ejemplo. b) Una diferenciación política notable y c) Una diferenciación cultural ideológica igualmente notable.

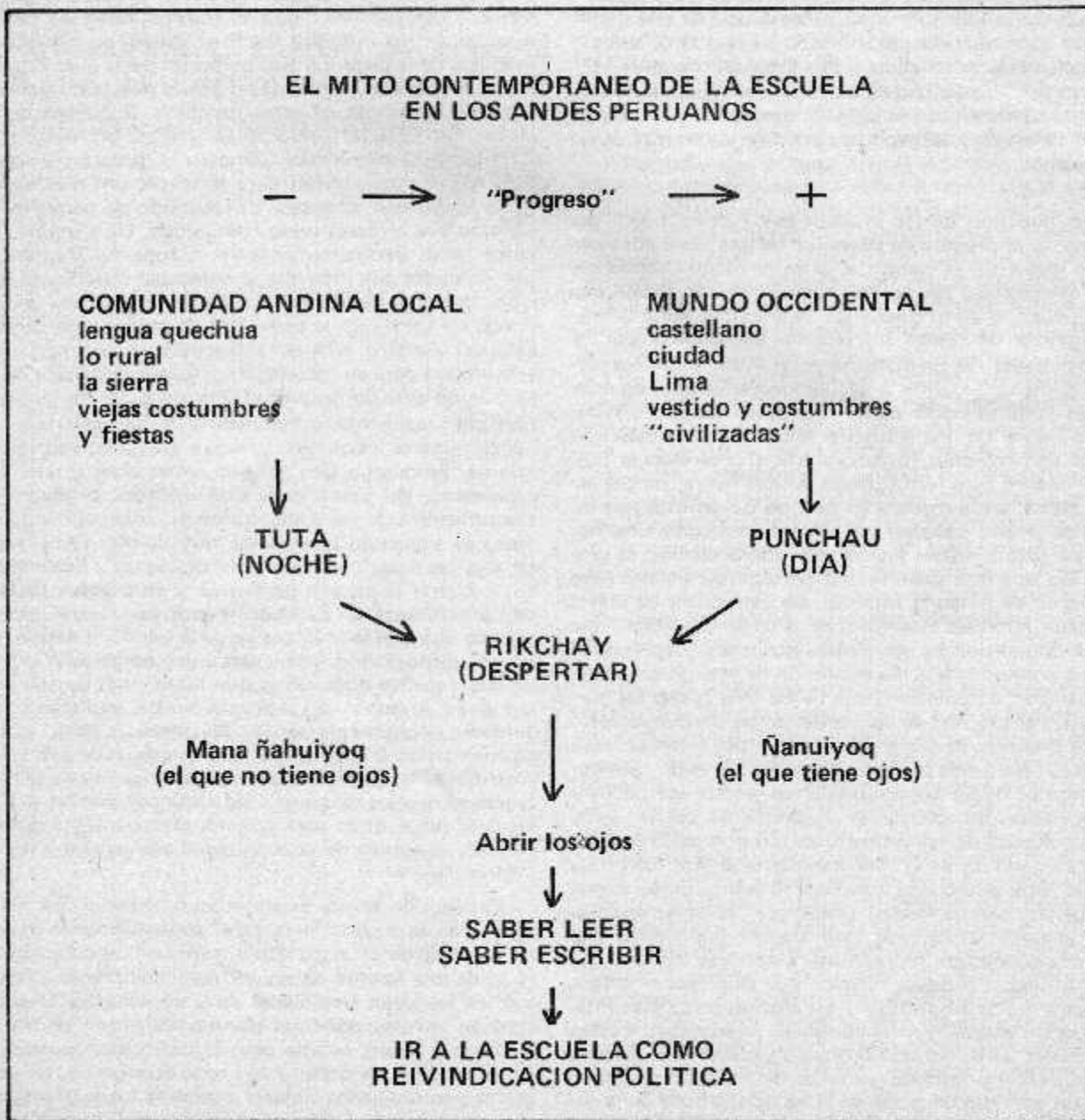
Por la convergencia de estos tres procesos, la descomposición interna o la desestructuración de la comunidad campesina se acelera notablemente, la influencia del Estado burgués igualmente se acrecienta y la imposición de la ideología burguesa inicia su proceso desplazando clara y nítidamente el componente feudal de la ideología andina de los dos períodos anteriores. La diferenciación política y cultural ideológica al mismo tiempo, es el resultado en primera instancia del surgimiento y expansión del mito contemporáneo de la escuela. Para el reconocimiento oficial de las comunidades es a partir de 1920, que la legislación republicana de entonces exigió la transformación de las formas de poder local de las comunidades, es decir, el reemplazo de la antigua organización de Alcaldes Varas por las nuevas Juntas comunales. Estas debían estar constituidas por comuneros escolarizados porque se suponía y se sigue suponiendo que solo quienes saben leer y escribir pueden ejercer no solamente los rangos de decisión local sino también la representación de las comunidades ante el poder nacional. Esta disposición de 1920 tuvo también como casi todas las disposiciones de los diversos gobiernos efectos tardíos. Es seguramente desde 1950 hasta hoy que el boom de la educación tiene lugar a lo largo y ancho del país. Como consecuencia de esta escolarización casi masiva en el campo, se produce un proceso contradictorio que implica por un lado el enfrentamiento de la

ideología feudal y por el otro la imposición de la ideología burguesa.

En otro trabajo, (Montoya 1980 b) he constatado la existencia del **Mito contemporáneo de la escuela**. (Ver gráfico). Los campesinos de las comunidades están convencidos que al ser analfabetos viven en el mundo de la noche. En oposición, el mundo del día es el mundo occidental y criollo. Está en la noche quien es monolingüe quechua o aymara, quien participa y reproduce las tradiciones de sus comunidades, y se viste con el viejo estilo de las antiguas comunidades. Forma parte del mundo del día quien habla castellano, vive en la ciudad, tiene una experiencia limeña, y se viste según la moda occidental y cristiana. Entre ambos mundos, el de la noche y el del día, hay una fase del despertar y para los campesinos despertar significa ir a la escuela, abrir los ojos. Vivir en la noche es tener los ojos cerrados y vivir en el día es tener los ojos abiertos. En consecuencia, ir a la escuela es despertar y abrir los ojos. Para los campesinos de las comunidades, la escuela tiene una importancia capital. No en vano ha sido una reivindicación política a lo largo de tantas luchas campesinas. (Pelear por el derecho a tener una escuela, exigir garantías para que los terratenientes,

no destruyan las escuelas, han sido reivindicaciones concretas en diversas luchas campesinas). Sobre este fondo, el lugar de las autoridades indígenas no tiene más posibilidades de reproducción. Un viejo comunero analfabeto de más de 50 años, luego de haber cumplido con todas sus obligaciones comunales no puede ser más autoridad en la medida en que un joven estudiante de secundaria con menos de 25 años pasa automáticamente a ser el presidente del Consejo de Administración de la comunidad. Este hecho, aparentemente simple, es, sin embargo, capital para la desestructuración de la comunidad campesina que conocemos en el país.

La lucha por la escuela, y la educación tiene un doble filo: por un lado, sirve para enfrentar la dominación tradicional de los gamonales. No en vano los terratenientes afirmaron tantas veces **"indio leído, indio perdido"**. Esta frase quiere decir simplemente que el indio cuando aprende a leer comienza a levantar la cabeza, a evitar el abuso y a ser capaz de enfrentar al antiguo señor de omnímodo poder. Pero, por otro lado, la escolarización significa también renunciar a las costumbres tradicionales de la comunidad, perder aún más la identidad andina en proceso de pérdida a lo largo de siglos de dominación.



PROCESO DE APARICION DE UNA ESTRUCTURA EMBRIONARIA DE CLASES SIN POSIBILIDADES DE DESARROLLO MAYOR

A la larga tradición de estudios monográficos sobre las comunidades campesinas producidas sobre todo por los antropólogos, en los últimos años, desde una vertiente parcialmente marxista, se insiste en la categoría **diferenciación campesina**. Esta categoría es descriptiva y, seguramente, útil. Sin embargo, conviene precisar que es necesario ir más allá de la descripción y tentar estudios analíticos más profundos. Para ello, es indispensable tratar de romper el economicismo presente en gran parte de los estudios sobre la estructura agraria en el país. No es ésta la ocasión de hacer una crítica a fondo de este economicismo. Conviene, citar estos límites para que el sentido de mi reflexión pueda ser mejor entendido. La diferenciación al interior de las comunidades campesinas es parte de un proceso más profundo y va más allá de una simple aproximación economicista. He señalado ya que la diferenciación no es solamente económica y que tiene que ser vista también como un proceso político y cultural ideológico, al mismo tiempo. El problema de fondo debe de ser encontrado a partir de la noción de clase y, del proceso particular de formación de clases en el campo.

Considero que uno de los problemas capitales, puede ser enunciado como el **proceso de aparición de una estructura embrionaria de clases en el campo al interior de las propias comunidades campesinas, sin posibilidades de un desarrollo mayor**. Esta estructura embrionaria de clase es expresión del desarrollo capitalista de rasgos sumamente particulares por el carácter dependiente del capitalismo en el Perú, y por los factores eminentemente internos a las comunidades que resumen y reproducen tanto su origen como su proceso colonial y republicano. Para hablar de una aparición embrionaria de clases en el seno de las comunidades, la categoría **interés de clase** es fundamental. Dicho de otra forma, no es posible hablar de una estructura de clases, en la medida en que no hayan intereses diferenciados de grupos sociales, que determinan conductas políticas precisas. Puede haber una simple diferenciación de grupos sociales sin que ésta exprese una estructura de clases pero no puede haber de ninguna manera una estructura de clases que no muestre intereses diferentes de grupos. Los rasgos que denotan una diferenciación económica política e ideológica al interior de las comunidades, son expresión de este proceso profundo de aparición de una conducta de clase de pequeños grupos dominantes al interior de las comunidades sin que, necesariamente, los intereses de los grupos dominados estén todavía presentes en la conciencia de éstos. Producida la triple diferenciación al interior de las comunidades, en grados desiguales y teniendo en cuenta las diferencias regionales de nuestro país, es posible dar cuenta del surgimiento de una conducta de clase todavía embrionaria en un grupo dominante al interior de las comunidades. Este grupo está constituido principalmente por los comerciantes, transportistas, ganaderos, complementariamente por algunos comuneros que tienen más tierras que otros, y por algunos que representan a sectores intermedios ajenos a la actividad productiva pero que por ejercer cargos particularmente en el Magisterio y en algunas instancias inferiores del aparato estatal a nivel comunal, se adscriben a estos núcleos de poder local. No son simples agricultores ni simples ganaderos; tienen un dominio ya cabal del castellano, empiezan a tener un dominio de grupo en el espacio urbano de la comunidad, dejan de asistir a las faenas comunales, no participan de todas las tradiciones de la comunidad y, en consecuencia, se

mueven en función a sus intereses privados. Pero al mismo tiempo, tienen también un dominio del quechua y una participación parcial en la tradición múltiple de la comunidad y que en numerosos acontecimientos de la vida cotidiana comparten en condiciones de relativa igualdad situaciones comunes con los que no participan del núcleo embrionario de poder. Asumir una conducta de clase significa, en dos palabras, que los intereses del grupo son considerados por el grupo como intereses generales **de la comunidad**. En esta medida, los intereses de grupo se esconden detrás de los intereses generales y en ningún caso aparecen explícitamente manifestados como intereses de grupo. La clase burguesa como expresión cabal de una clase plenamente realizada no dice nunca "nosotros defendemos nuestros intereses de clase"; por el contrario, dicen siempre, "defendemos los intereses del Perú". En nombre de los intereses del Perú, pasan, en consecuencia, los intereses de la clase. Es esto lo que empieza a ocurrir al interior si no de todas las comunidades por lo menos en algunas que están más avanzadas en estos procesos de diferenciación social global. En 1970, el gobierno de Velasco promulgó el Estatuto General de Comunidades Campesinas, propuso la reestructuración de las comunidades para favorecer una nivelación interna y para restringir el acceso diferenciado de pequeños grupos a los mayores recursos de la comunidad. Un conjunto de comuneros ricos, particularmente en la zona del Mantaro, optaron por defender sus intereses y enfrentar claramente esa legislación. Los comuneros de la comunidad ganadera de Santo Domingo de Cachi, en la parte alta de la vertiente occidental del valle del Mantaro, ante la necesidad de la reestructuración de la comunidad para su reconocimiento por la oficina de Sinamos, asumieron una doble actitud. Por un lado, los comuneros pobres eran realmente indiferentes a lo que ocurría y, por otro, los comuneros ricos que se veían afectados por la nivelación interna, asumieron una actitud sumamente activa. Enterados cabalmente del Estatuto de Comunidades, produjeron la reestructuración interna y alcanzaron el reconocimiento oficial de Sinamos siguiendo una lógica muy simple: "hay que cambiar en algo las cosas para que todo siga igual". Los comuneros ricos hicieron la gestión pertinente y **en nombre de la comunidad** presentaron un Estatuto interno por el cual la cantidad de ganado que tenían los ricos seguiría siendo la misma. En virtud de una disposición interna particular, aseguraron la posibilidad de que aquellos comuneros que tenían más ganado ovino y no tenían ni ganado vacuno, ni auquénidos, pudieran convertir las unidades auquénido y vacuno en unidades ovino y de ese modo mantenían la misma cantidad de ovinos de antes. (Montoya y otros 1974). Esta conducta de los dirigentes de la comunidad estaba muy lejos de aquella otra asumida por los alcaldes varas 30 ó 40 años atrás para quienes efectivamente la representación del conjunto de la comunidad era general y no de intereses particulares.

La reacción frente a este proceso sobre el cual no hay efectivamente una conciencia cabal probablemente ni en unos ni en otros de modo completo y menos en los comuneros pobres, es la de una actitud de mayor pasividad frente a la reproducción de las viejas tradiciones de la comunidad. Si antes, participar en la faena comunal era una obligación de todos los comuneros y ahora, es sólo una obligación para quienes no están en los núcleos de poder sobre todo económico, los comuneros que se ven obligados todavía a pasar la faena se preguntan con razón, "¿y por qué tenemos que pasarla?". A partir de ese momento se impone casi ya como una reivindicación el trabajo

“

El *campesinismo* de gran parte de la izquierda peruana, de orientación sobre todo democrático-popular, está cayendo en los hechos, más allá de las buenas intenciones, en una representación idílica y populista de las comunidades. Por razones de adhesión a razonamientos políticos campesinistas, una gran parte de los responsables de esas organizaciones está olvidando el análisis de clase y privilegiando el análisis de la nación y el problema nacional. Subordinar el análisis de clase al análisis de la nación es cometer un error de gravísimas consecuencias.

”

comunal pagado y en esa medida la vieja tradición del valor social del trabajo desprendido y generosamente ofrecido por los comuneros de base para el bien de su comunidad empieza a perder parte de su sentido. De otro lado, si algunos comuneros "Apos" (ricos) ya no se sienten obligados a pasar los cargos religiosos tradicionales, los otros comuneros se preguntan igualmente, "¿y por qué tenemos nosotros que pasarlos?". En esa medida, se produce un nítido relajamiento de la reproducción de la tradición comunal. Es igualmente cierto que parte de ese grupo todavía mantiene vínculos reales con la comunidad, por esta razón es que **no puede hablarse de un proceso abierto generalizado y ya resuelto** de aparición de una clase al interior de la comunidad.

Lo que definiría la nitidez de esta estructura de clases sería sin duda un proceso abierto de proletarianización en el seno de las comunidades. Pero éste no es posible en las condiciones reales existentes ahora, dado el carácter dependiente del capitalismo y dados los límites precisos para el desarrollo capitalista en el campo que se derivan de condiciones muy particulares de la estructura ecológica del mundo andino y de la pobreza de los recursos que impiden un proceso interno de acumulación que derivaría en una proletarianización marcada. No basta la venta de la fuerza de trabajo temporal para hablar de un proceso de proletarianización. Importa sobre todo que la venta de esta fuerza de trabajo sea permanente y que el fruto de esta venta sea el recurso de ingreso principal para la unidad doméstica del trabajador. No siendo este el caso al interior de prácticamente todas las comunidades campesinas, es entonces imposible hablar de proletarianización y de una estructura de clases ya constituida. Lo importante, lo nuevo, lo que puede ser política y teóricamente muy importante es que dadas las condiciones de la imposibilidad de un desarrollo capitalista en las zonas andinas en el país pueda sin embargo gestarse un poder de clase en condiciones históricas distintas a las que conocemos en los procesos históricos clásicos, europeos sobre todo.

Un examen detallado del conjunto de luchas campesinas a lo largo de nuestro siglo (Montoya, 1977) permite concluir sin dificultad que han sido los comuneros parcelarios los que fueron la vanguardia de la lucha por la tierra en el Perú. Mientras los obreros asalariados exigían en sus reivindicaciones aumentos salariales, mejores condiciones de trabajo y otros beneficios sociales; mientras los siervos de hacienda exigían, principalmente, la disminución de la renta en trabajo y la renta en productos para el terrateniente o, a lo sumo, su eliminación, los campesinos parcelarios de las comunidades levantaron la bandera de la recuperación de sus tierras despojadas por los terratenientes.

La comunidad campesina además de ser una institución histórica, una unidad social enraizada en el proceso colonial con un sustento mítico y simbólico en su base, fue considerada en nuestro siglo en particular y sobre todo a partir de los años 60 como una instancia de lucha. La comunidad, en consecuencia, aparece cumpliendo funciones de una organización gremial comparable a la de un sindicato o a la de una federación. Pero no siendo éste su carácter esencial, la diferenciación interna ha hecho posible que gran parte de las luchas por la tierra seguidas por los comuneros parcelarios hayan sido dirigidas sobretodo por los comuneros ricos, y la participación de los comuneros pobres siempre presente, fue de segundo orden. Una vez recuperada la tierra por parte de una lucha histórica de la comunidad entera, ¿qué ocurre después? Dicho de otra forma, después de la tierra ¿qué? Es aquí donde aparece con toda nitidez el conjunto de límites reales de la comunidad que no es un gremio y que está afectada profundamente por la diferenciación interna entre sus miembros. La lucha aislada de los comuneros sin que haya podido darse un nexo real y una solidaridad efectiva de intereses con los obreros del campo y la ciudad, solidaridad e intereses que nos permitiría hablar de una efectiva alianza obrero-campesina, es, sin duda uno de los pro-

blemas graves que se desprenden del análisis frío de las condiciones en que se desenvuelve la movilización política en las comunidades.

En el campo peruano es unánime el interés campesino de defender a la comunidad como tal. He señalado en un artículo anterior, (Revista Sociedad y Política 8) que detrás de esta defensa está implícita una **solución parcelaria al problema de la tierra en el país**. Pero conviene señalar también que esta defensa de la comunidad va mucho más allá. La comunidad campesina ha sido despojada de gran parte de sus tierras a lo largo de un proceso histórico que comenzó con la invasión española. Su relativa autonomía política en todo el período colonial y hasta los años 20 de este siglo ha sido también enfrentada por el desarrollo del aparato burgués del Estado y por la incorporación dentro de éste de las formas políticas de organización interna de la comunidad. El universo del arte, de la creación popular, de la danza y de la música ha sido, como lo señaló Arguedas, uno de los últimos refugios de las comunidades a donde la influencia del mundo "externo" llegó de modo muy insuficiente o casi nulo. Sin embargo, los efectos de la escolarización casi masiva y los efectos prácticos del mito contemporáneo de la escuela que he descrito, empiezan a tocar también el universo simbólico y quebrar la tradición andina en su esfera más profunda de la cultura y de la ideología. Pero hay más aún, las **nuevas unidades asociativas creadas por el gobierno con la intención supuesta de resolver el problema agrario, no tiene en cuenta para nada a las bases campesinas como tales y los rangos de dirección de las cooperativas dependen directamente del aparato estatal.** En consecuencia, hay un hecho histórico secular que es ignorar a las comunidades e ignorar a los campesinos de bases. Es seguro que el campesino miembro de las comunidades vive y siente estos problemas, los vive profundamente, los intuye y no tiene, necesariamente, una conciencia organizada y coherente de estos problemas. En consecuencia, la defensa de la comunidad es la defensa de lo poco que le queda, frente a una agresión sistemática, secular y moderna. Conviene pensar, por lo tanto, que detrás de esta defensa de la comunidad está un vasto conjunto de elementos que hay que verlos en su totalidad para percibir la magnitud y la complejidad del problema.

Hasta aquí, he expuesto los rasgos generales del proceso bloqueado de aparición de clases dentro de las comunidades. Es pertinente, insistir, como ya lo hice en otro artículo (Montoya, 1980 a) que en el contexto de la estructura global de clases del Perú, las comunidades campesinas ofrecen un vasto contingente de **semi-proletarios** en el mercado de trabajo del campo y las ciudades. En la lucha de clases va esbozándose con nitidez la necesidad de una alianza de la clase obrera y estos semi-proletarios contra la burguesía, su Estado y sus tecnócratas. Las capas medias optarán, como siempre, por alguno de estos polos en conflicto.

Para terminar, creo importante tocar el problema de la **persistencia de las comunidades** y el desarrollo capitalista. En la literatura clásica del marxismo, Lenin y Kautsky defendieron a comienzos de siglo una tesis central en su combate contra los populistas. Lenin señaló sin ambigüedad alguna que la **mantención de las comunidades era una traba para el desarrollo capitalista.** En su libro El desarrollo del capitalismo en Rusia, analizando la formación del mercado interior, Lenin sostuvo la necesidad de profundizar la diferenciación campesina para que el orden feudal antiguo cediera su puesto a la aparición de burgueses y proletarios en el campo. Sostuvo, igualmente, la **inevitabilidad del desarrollo capitalista como condición previa para la construcción del socialismo.** Para eso, propuso en el Programa agrario de la Social democracia el **apoyo del proletariado a la burguesía emergente en el campo con la finalidad explícita de liquidar el feudalismo y favorecer el desarrollo de las fuer-**

zas productivas en el campo. La **Nacionalización de la Tierra** sería el eje programático para que el Estado elimine la renta absoluta de la tierra y **reparta la tierra no a los campesinos bajo formas parcelarias sino a los farmers capaces de desarrollar el capitalismo.** Se opuso con toda su energía al reparto negro propuesto por los populistas. Recogiendo las tesis agrarias de Marx, Lenin reconoció que la situación campesina en el contexto de la dominación capitalista es 'ambigua' puesto que el campesino comparte la condición de **propietario y proletario** al mismo tiempo. Frente a esta ambigüedad los populistas resaltaban el aspecto 'propietario' y correspondía a los revolucionarios insistir sobre el aspecto proletario. Con ese análisis, Lenin diseñó la política de alianzas del proletariado y la burguesía contra los señores feudales.

En condiciones históricas muy distintas, **en el Perú de hoy no es posible esperar un desarrollo capitalista pleno en el campo.** La servidumbre no es más un componente central de las relaciones de producción en el campo. Los grandes señores de la tierra han sido vencidos como clase. La tarea anti-feudal está sustancialmente cumplida y la derrota de los grandes gamonales no ha significado la generalización de las relaciones de producción capitalista, particularmente en los andes porque la diferenciación campesina no ha ido hasta sus últimas consecuencias. En este contexto, las comunidades persisten y no es gratuito que los sectores democrático-populares de la izquierda peruana levanten la bandera política de su defensa. Ya he señalado que las comunidades como instituciones adoptan casi un carácter gremial de lucha. ¿Debemos desear en el Perú el desarrollo del capitalismo como condición previa para la construcción del socialismo? Si así fuera la izquierda debiera ser la primera en forzar la liquidación de las comunidades, proponiendo que se abra el mercado de tierras dentro de ellas, derogando la legislación proteccionista vigente desde hace 60 años, y promoviendo el reparto de tierras a farmers y no a campesinos parcelarios. El problema en el Perú es muy diferente al de Rusia a comienzos de siglo. Las comunidades están ahí con su fuerza y su debilidad y no es posible ignorarlas. El grave problema que nos queda plantear adecuadamente y resolver es el siguiente: **¿En qué medida la defensa de la comunidad constituye un populismo de nuevo tipo en el Perú? No se trata de una simple defensa de la comunidad, así a secas, sino de qué tipo de defensa y de qué comunidad campesina.** En las respuestas a estas preguntas encontraremos los elementos para afirmar una política revolucionaria socialista que no se confunda con ningún tipo de populismo.

Lima, Mayo de 1980

BIBLIOGRAFIA

Ofresco a continuación una bibliografía mínima, escogida dentro de una abundante cantidad de textos. Los libros y artículos directamente citados en este artículo están incluidos.

- | | |
|---------------------------------------|--|
| Adams Richard
1959 | <i>A Community in the Andes: Problems and Progress in Muquiayuyo</i> Seattle, American Ethnological society. |
| Arguedas, José María
1956-
1957 | "Puquio una cultura en proceso de cambio". <i>Revista del Museo Nacional</i> . Nro. XXV. Lima.
"Evolución de las comunidades campesinas, el valle del Mantaro y la ciudad de Huancayo". <i>Revista del Museo Nacional</i> No. XXVI. Lima. |
| Alberti - Mayer
1975 | <i>Reciprocidad e Intercambio en los Andes Peruanos</i> I.E.P. Lima. |

- Avalos de Matos, Rosalva
1952
- Castillo Hernán, Teresa Egoavil y Arsenio Revilla
1965
- Castro Pozo, Hildebrando
1924
1936
- Cotler, Julio
1959
- Dobyns, Henry
1970
- Doughty, Paul
1963
- Eguren, Fernando
1978
- Escobar, Gabriel
1947
- Faron, Louis
1960
- Flórez Ochoa, Jorge
1968
- Fuenzalida, Fernando y otros
1976
- Fonseca, César
1972
- Gillin, John
1947
- Holmberg, Allan
1966
- Hurtado, Hugo
1972
- Kubler, George
1946
- Matos Mar, José y otros
con José Portugal
1964
- "El ciclo vital en la comunidad de Tupe". *Revista del Museo Nacional*, Nro. XXI. Lima.
- Carcas la comunidad olvidada*. Editorial Estudios andinos, Monografía andina, Nro. 3, Lima.
- Nuestra comunidad indígena*. Editorial El Lucero, Lima (Segunda Edición: Lima, 1980, edición privada). *Del Ayllu al cooperativismo socialista*. Biblioteca de la revista de economía y finanzas. Vol II, (tercera edición, Peisa, Biblioteca Peruana, Lima 1973).
- Los cambios en la propiedad, la comunidad y la familia en San Lorenzo de Quinti*. San Marcos Instituto de Etnología y Arqueología, Lima.
- Comunidades campesinas del Perú*. Editorial estudios andinos, Lima.
- "Peruvian Highlanders in a Changing World: Social Integration and Culture Change in an Andean District". Tesis Doctoral. Universidad de Ithaca.
- "La Tierra, su distribución y los regímenes de tenencia". III Seminario de Estructura Agraria. Cuzco. Mimeo.
- "Sicaya, una comunidad mestiza de la sierra central del Perú". Tesis. Universidad del Cusco. (El IEP, publicó este libro en 1977).
- "The formation of two indigenous Communities in Peru". *American Anthropologist*, NN 62-63.
- Los pastores de Paratía: una introducción a su estudio*. Instituto indigenista interamericano, México.
- Hacienda, Comunidad y Campesinado en el Perú*. I.E.P. Lima.
- "Sistemas económicos de las comunidades campesinas del Perú" San Marcos, Antropología, Tesis Doctoral (mimeo.).
- Moche, a peruvian coastal community*. Smithsonian Institution, Washington.
- Vicos, método y práctica de la Antropología aplicada*. Editorial Estudios andinos, Lima.
- "Formación de las Comunidades en el Perú". San Marcos. Antropología. Tesis de Bachillerato.
- "The colonial quechua", en: *Handbook of South American Indians*. Vol. II: Bureau of America Ethnology, Boletín 143 Washington.
- Las actuales comunidades indígenas de Huarochirí*. San Marcos. Instituto de Etnología y Arqueología, Lima.
- El valle de Lurín y el pueblo de Pachacamac*. San Marcos, Lima.
- Mishkin, Bernard
1946
- Montoya, Rodrigo
1965
1970-1978
- cón Guido, Rivera, Rojas, Ramírez, Lombardi, Pérez Albela
1974
- Murra, John
1975
1978
- Ministerio de Agricultura
1979
- Ortiz, Alejandro
1977
- Ossio, Juan
1973 (compilador)
- Pásara, Luis
1968
- Quijano, Aníbal
1979
- Schadel, Richard y Escobar, Gabriel
1959
- Stein, William
1961
- Tschopik, Harry Jr.
1946
- Vásquez, Mario
1962
- Wachtel, Nathan
1974
- "The Contemporary Quechua", en: *Handbook of South American Indians*. Bureau of American Ethnology. Boletín 143, Washington.
- "Emigración de una comunidad campesina Peruana, Pacaraos" San Marcos, Antropología. Tesis de Bachillerato. *A propósito del carácter predominantemente capitalista de la economía peruana actual*. Mosca Azul Editores, segunda edición, Lima.
- La SAIS Cahuipe y sus contradicciones*. Univ. Nac. Mayor de San Marcos. Lima.
- "Les luttes paysannes pour la terre au Pérou du XX^{ème} Siècle". Tesis Doctoral de Sociología (3er. Ciclo) Sorbona. Ecole des Hutes Etudes en Sciences Sociales. Paris. Mimeo.
- "¿A dónde va el campo andino?" *Sociedad y Política*, Nro. 8, Lima.
- Capitalismo y no-capitalismo en el Perú*. Mosca Azul Editores, Lima.
- Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. I.E.P. Lima.
- El Estado Inca*. Siglo XXI. Editores. México.
- Reforma Agraria, Dirección de comunidades: Comunidades Campesinas del Perú: información censal, Población y vivienda. 19 Volumen mimeografiado.
- De Adaneva a Inka-Ri*. Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- La ideología mesiánica del mundo andino*. Edición de Ignacio Prado Pastor.
- "La comunidad indígena en nuestro derecho" *Revista de Derecho*, Nro. 26 Universidad Católica. Lima.
- Problema agrario y movimientos campesinos*. Mosca Azul Editores, Lima.
- La organización social en el departamento de Puno*. Plan regional para el desarrollo del Sur del Perú, Volumen XXII.
- Hualcan, life in the highlands of Peru*. Ithaca, Cornell University Press.
- The Aymara*. en: *Handbook of South America Indians*. Volumen II Washington.
- "Cambios socioeconómicos en una hacienda andina del Perú". *América Indígena*. Nro. 22.
- "Estructuralismo e Historia: a propósito de la organización social del Cusco", en: *Sociedad e Ideología*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

ELEMENTOS DE LA NUEVA TEORÍA DEL ARTE EN AMÉRICA LATINA

América Latina se encuentra en las fases iniciales de desarrollo de una nueva teoría del arte, cuyos primeros efectos se dejan sentir ya en la crítica y la historia de la creación visual. La necesidad de comprender manifestaciones artísticas nuevas y antiguas, que anteriores estados de la teoría no han podido explicar o simplemente han ocultado, empieza a concretarse en una constelación de planteamientos renovadores destinados a arrojar nueva luz sobre la experiencia histórica visual de nuestros pueblos. Nos encontramos ante una distinta concepción de lo que es el arte y de los papeles que ha tenido y tiene en las diversas formaciones sociales de América Latina; su preocupación central sigue siendo la estética, en un sentido amplio, pero su matriz cognitiva es todo el debate actual acerca de las relaciones entre cultura y sociedad. Pensamos incluso que estos nuevos esfuerzos teóricos pueden llegar a iluminar otras áreas, no visuales, de la creación y aportar al esfuerzo teórico de otras disciplinas de lo cultural.

Estamos hoy ante una cada vez más difundida y operante ruptura con los presupuestos implícitos en la teoría, la crítica y la historia del arte, tal como han sido practicadas en América Latina desde el siglo pasado. Nos referimos a la caducidad de los métodos enciclopédicos de catalogación, clasificación y comentario inmanentista (tanto en su vertiente subjetivista como en la lisamente descriptiva). Tales métodos mantuvieron al arte vinculado a las ideologías de las clases dominantes, aislándolo de sus contextos reales, imponiéndolo como imagen de lo nacional y lo universal, y presentándolo al pueblo entero como paradigma de la creación visual en los diversos países. Consideramos que esa tradición inmanentista ha sido pálido reflejo de su original: una teoría y una práctica calcadas, para entretener un arte generalmente calcado. Para esa crítica la creatividad del continente fue en buena medida producto de su condición dependiente; hoy la visión de este problema tiende a ser cada vez más la diametralmente opuesta.

Lo esencial en la tradición con la que hoy intenta romper fue una forma específica de relación entre la teoría y su objeto, producto de una determinada concepción de las relaciones existentes entre el objeto artístico, su conocimiento, y la sociedad. El lugar que se le reservó siempre entre las humanidades a la teoría, la crítica y la historia del arte resultó a la postre un espacio limitante. La entrega de vastas áreas de la creación visual de América Latina a la antropología, la arqueología o la etnografía, así como la prédica cerrada del apoliticismo frente a un medio artístico cada vez más imbricado con la política, terminaron por desplazar el interés de las nuevas generaciones de estudiosos del arte hacia las ciencias sociales. Y las propias ciencias sociales han presenciado en estos últimos dos decenios un perfeccionamiento de su interés y de sus instrumentos cognitivos en el terreno de lo cultural, que emerge cada vez más

mirko lauer

como un objeto de estudio diferenciado, al que es preciso aproximarse con una metodología particular.

En América Latina Juan Acha ha sido uno de los primeros en percibir la necesidad de modificar las relaciones entre la teoría del arte y su objeto, las cuales postula como un esquema dinámico en que teoría y práctica del arte cesan de ser glosas mutuas y pasivas, para entablar una relación dialéctica. En su ensayo "Hacia una crítica del arte como productora de teorías" (1977), Acha propone un nuevo papel para la historia y la teoría del arte: "no estarán en condiciones de abastecer ideas originales mientras continúen limitadas a las obras de arte y dependiendo de ellas". Tal percepción que recoge, sintetiza y objetiva un fermento de mediados de los años 70, constituye una propuesta de gran impacto en todo el ámbito de la creación visual, pues allí se inicia un serio intento de sustitución de valores, a través de un proceso de re-contemplación de lo visual en el continente. Implica, además el reconocimiento de que el propio arte había venido rompiendo sus cauces y compartimentaciones tradicionales, para penetrar ámbitos y situaciones nuevos.

El planteamiento de Acha no supone, empero, el distanciamiento entre la teoría y la práctica del arte, sino precisamente su reencuentro en una nueva situación, en la cual la noción misma de lo que es artístico (estético) ha evolucionado de manera radical, impulsada tanto por los profesionales de la creación visual como por los pueblos mismos. Estamos, pues, ante un simultáneo desplazamiento del arte y de su teoría, ante una nueva relación entre ellos, ocupando un nuevo territorio. Este nuevo territorio es obviamente la propia realidad latinoamericana, con las sucesivas crisis de valores tradicionales que han significado las insurgencias populares, los nacionalismos gubernamentales y los fascismos militares. En ese remolino han cambiado los artistas y su público, ha cambiado el arte, y necesariamente cambia también su teoría.

La modernización global de las sociedades latinoamericanas, sobre todo a partir de los años 60, reforzó en muchos de los creadores más vinculados a las ideas de las clases dominantes la antigua ilusión de 'ponerse al día' con el proceso plástico de los centros de poder imperialista; pero esta ilusión, que Marta Traba ha diagnosticado como la asunción de un 'terrorismo de las vanguardias', entra en crisis por la misma época en que naufraga para los países latinoamericanos el sueño desarrollista; de ese fracaso busca alejarse el nacionalismo burgués de los años 70 y el arte que este intenta rescatar o propiciar: lo que Traba ha llamado 'arte de la resistencia'. Pero el resultado final de esa situación fue una crisis general de las dos principales formulaciones estético-ideológicas entre las que oscilaban, siguiendo la suerte del capital, el arte erudito y la teoría oficial en las principales ciudades del continente: nos referimos a las ideas de lo 'nacional' y lo 'universal'. De esta crisis nacen las búsquedas de nuevos artes y de nuevas pautas teóricas.

De otro lado la creciente diferenciación entre los estados de conciencia de los opresores y de los oprimidos en América Latina ha supuesto la alteración de los viejos esquemas de dominación cultural al interior de cada país. Un efecto de esto ha sido el fortalecimiento de la presencia de diversos artes diferenciados que no son ya los de la ideología de las clases dominantes: artes de culturas sometidas y artes vinculados a vanguardias políticas populares. Además se ha venido haciendo cada vez más evidente, y por ello más endeble, la tradicional sumisión de buena parte de los plásticos eruditos a las ideas y los mercados de las clases dominantes, y un creciente cuestionamiento de la idea del artista plástico como un ser sin determinación social alguna. Con todo esto empiezan a tambalearse muchas concepciones establecidas acerca de qué es y qué no es arte en nuestras sociedades clasistas y pluriculturales, y con ellas muchas ideas acerca de lo nacional y lo latinoamericano.

La aparición entre los científicos sociales y los políticos de una nueva conciencia respecto del papel que le toca a lo cultural en el funcionamiento del engranaje social en su conjunto ha propiciado un desprestigio de la concepción que aislaba lo artístico de su contexto histórico y social. De allí también la búsqueda de explicaciones capaces de esclarecer este papel del arte en los mecanismos de la domi-

nación y la liberación de los pueblos. Esto ha obligado a ir más allá de la denuncia populista que caracterizó a las visiones radicales del arte desde los años 20, y a avanzar hacia estudios y explicaciones útiles para un nuevo paso a la acción. Esto se expresa en el deseo de aquellos estudiosos del arte en América Latina que buscan dotarse de una teoría nacida del examen de la realidad concreta y no de la aplicación de fórmulas apriorísticas, ni de la mera glosa catalogadora del empirismo. Por decirlo en otras palabras, el radicalismo en teoría del arte se trasladada cada vez más del léxico al método.

En todos los puntos que citamos el eje central de los cambios es la modificación de los criterios acerca de lo estético y su significado. El nudo gordiano de las anteriores relaciones entre la obra de arte y su teoría es la cuestión de la estética, y la difundida visión subjetivista que de lo estético había. Frente a esto Néstor García Canclini ha venido desarrollando un trabajo que busca devolver objetividad a la noción misma de estética, para su manejo en las nuevas formas de conocimiento del arte. "Lo estético —dice García Canclini— es un modo de relación de los hombres con los objetos, cuyas características varían según las culturas, los modos de producción, y las clases sociales". Su propuesta para la participación social de las artes visuales es "eliminar el esteticismo de las bellas artes y elaborar una teoría social de los procesos estéticos". Semejante elaboración supone a la vez el impulso hacia lo interdisciplinario y la búsqueda de un método autónomo dentro de las disciplinas de la cultura.

El nudo del esteticismo idealista podrá romperse con una atención simultánea al doble carácter —ideológico y mercantil— de la obra de arte bajo el capitalismo y con una sistematización de las características y la dinámica de este doble carácter. Tal es el esfuerzo de Acha en su producción más reciente, donde el arte ya no es concebido como una sucesión de obras, sino como un conjunto de sistemas de producción, con la plástica como uno de ellos. Así se intenta salvar los puentes quebrados entre el arte y la sociedad, explicitar algunas bases filosóficas de una nueva teoría del arte y detallar, más allá de los 'modelos de análisis' un camino de aproximación a lo particular concreto en la observación de lo artístico. La preocupación central de Acha es el descubrimiento de los sistemas (y las relaciones entre los sistemas) de producción, distribución y consumo de las obras artísticas, con profundidad y detalle suficientes como para frenar los impulsos reduccionistas que han acosado a las visiones sociales de la creación en el pasado.

Planteamientos como los de Acha o García Canclini nos llevan a la cuestión de los compromisos metodológicos implícitos en la asunción de una visión social del arte. La teoría social del arte no puede limitarse a una 'iconografía radical', inmanentista en su última lógica, cuyo exclusivo interés sea el análisis de los contenidos ideológicos a partir de las formas de organización de las representaciones. Pues como dice el propio García Canclini, "el arte no sólo representa las relaciones de producción, sino que las realiza". Lo cual obliga a toda nueva teoría a ser efectivamente social, es decir capaz de integrar en su perspectiva las múltiples facetas de la producción, la distribución y

el consumo del arte, y ver la forma como uno más entre varios aspectos del fenómeno artístico. Vale decir que el arte no es exclusivamente una manifestación superestructural, como típicamente sostienen algunos teóricos, sino también y al mismo tiempo, parte integrante de la base productiva de una sociedad. De estas dos perspectivas, una que se orienta hoy más hacia los problemas de la ideología y otra que busca su punto de partida en la teoría del valor y la de los modos de producción, debe llegarse a una concepción unificada.

Pues todavía esto que llamamos una nueva teoría del arte en América Latina no es una escuela, sino más bien una constelación de esfuerzos coincidentes en áreas diferenciadas. Esto obedece a que de alguna manera las tareas de lo interdisciplinario se vienen resolviendo por sectores: cada disciplina a la que nos aproximamos tiene sus propios problemas de relación con lo visual, que es preciso resolver de manera particular. Por cierto que una reunión de todos estos esfuerzos en un planteamiento teórico central requerirá antes de un vasto ciclo de acopio de información empírica a partir de los métodos y las perspectivas que operan hoy. Los primeros trabajos de tal ciclo empiezan a aparecer ya: al lado de la teoría 'pura' tenemos esfuerzos en áreas concretas. Los trabajos de crítica e historia del arte que asumen las nuevas concepciones constituyen hoy una bibliografía importante para el conocimiento del arte latinoamericano contemporáneo.

Estos trabajos de aplicación de teoría pueden ser ubicados sobre todo en tres áreas: los estudios estético-sociales del arte de las culturas dominadas de los diversos países, los estudios de las fases populistas en el arte erudito, y los ensayos interpretativos acerca de lo nacional y lo latinoamericano en el arte. En todos estos trabajos la cuestión central, no siempre adecuadamente explicitada, es la variedad y la heterogeneidad de los artes del continente, como categorías ordenadas en torno a dos ejes: la particularidad nacional de la creación visual en cada una de las repúblicas, y las relaciones entre capitalismo y no capitalismo en el dominio del arte. A estas áreas corresponden también algunas de las principales vertientes polémicas de los últimos años: el carácter artístico o no de la artesanía (arte popular), la validez y el significado de las búsquedas nacionales en el arte, y la necesidad de 'resistir', liberar o vanguardizar en el arte de América Latina, e incluso de empezar a concebir algunas pautas de lo que será la creación bajo proyectos socialistas.

Estas vertientes polémicas no tienen un sentido estrictamente académico; su origen es también político. García Canclini nos recuerda que el arte es también "instrumento para constituir la hegemonía de las clases dominantes y desarrollar la impugnación de las clases subalternas, legitimar la opresión o movilizar críticamente a los oprimidos, para conocer y comunicar, pero también para enmascarar y dividir". Este es el sentido profundo del empleo de palabras como resistencia o liberación en los textos sobre arte: las clases y los grupos sociales en movimiento desplazan cada uno su propia estrategia simbólica, como parte integrante de su estrategia general de poder. Por esto la variedad de los artes en América Latina no es una mera yuxtaposición de alternativas neutras, sino una coexistencia dinámica y hasta dramática, en que la propia forma artística da testimonio de las cotidianas confrontaciones entre la opresión y la lucha por la supervivencia.

La polémica acerca de la validez estética de la artesanía (arte popular) está estrechamente vinculada a los problemas de identidad de las culturas autóctonas que sobreviven en el continente, con los proyectos nacionalistas burgueses de forjar

“

El sentido profundo del empleo de palabras como resistencia o liberación en los textos sobre arte es que las clases y los grupos sociales en movimiento desplazan cada uno su propia estrategia simbólica, como parte de su estrategia general de poder

”

—por cooptación de lo popular— una cultura propia, y con la defensa del monopolio de las formas eruditas del arte en los mercados artísticos capitalistas de cada país. No es casual que este tipo de polémicas se produzca en aquellos países y circunstancias en que la producción estética de los grupos culturales autóctonos incide de manera significativa, por obra del turismo, la exportación o el nacionalismo cultural, en la economía de los medios artísticos. Una tarea fundamental de la teoría en este ámbito es desbrozar los significados de la creación visual en contextos sociales y económicos de tipo no capitalista, y el examen de lo que acontece con dicha creación en el proceso de desintegración de las sociedades en que se da. Esto se hace especialmente necesario allí donde estas sociedades tienen un pie en los sectores más tradicionales de cada país y otro en sus sectores culturales más dinámicos.

Los debates acerca de la validez de las búsquedas nacionales en la plástica han estado, y están todavía, vinculados sobre todo a las diferencias entre sectores internos y sectores monopólicos (con tendencia a serlo) en cada clase dominante de los países de América Latina. Nos parece clara la vinculación de los primeros sectores con propuestas de tipo nacionalista-populista en arte (muralismo mexicano o indigenismo peruano, por ejemplo), y a los segundos con planteamientos de corte 'universalista'. Es posible establecer hoy a grandes trazos concomitancias entre los flujos y reflujos de cada uno de estos sectores de burguesía con los triunfos y eclipsamientos de cada una de estas dos propuestas básicas. Sin embargo queda por delante como tarea precisar y profundizar la manera particular como se da esta dialéctica en cada país y cada circunstancia. Asimismo es necesario llegar a identificar las dialécticas pertinentes para la historia latinoamericana anterior al S. XX.

La presentación que hizo Traba de la ponencia acerca de un 'arte de la resistencia' (1975) es importante como esfuerzo de superación de la disyuntiva tradicional entre nacionalismo y universalismo por parte de las clases dominantes de América Latina. Traba denuncia la producción incesante de arte de consumo, la liquidación del concepto de arte como ficción y la escalada del terrorismo de las vanguardias como manera en que el arte del capitalismo avanzado presiona sobre el de la periferia latinoamericana. Su planteamiento se enfrenta a estos tres fenómenos y con ello busca dar respuesta a la crisis de identidad que sufre el arte latinoamericano, al menos en opinión de la crítica, en los años 60. Su propuesta fundamental es promover un 'arte regional' como alternativa a un imposible 'arte planetario'.

En su esencia la propuesta de Traba consiste en limar los extremos de las dos propuestas tradicionales y promover un arte que de un lado utilice el nacionalismo pero que no lo mezcle con sus cooptadas adherencias populares y políticas, y de otro acude a lo extranjero, pero no se enganche indiscriminadamente a la experimentación de vanguardia de los centros culturales euro-norteamericanos. Esto en los hechos equivale a privilegiar la reacción antilocalista de la segunda postguerra (Zañartu, Obregón, Szyszlo, Morales o Cuevas) como una posible alternativa a los extremos. El 'terrorismo de vanguardia' de mediados de los años 40 sería así la sosegada propuesta de un arte latinoamericano sin estridencias para los años 70. El planteamiento de Traba ha sido, en consecuencia, criticado por igual entre quienes ven el futuro del arte latinoamericano en un desarrollo de lo popular, como entre quienes no necesariamente asocian la experimentación en general con la alienación a lo extranjero, y ciertamente entre quienes reivindicaban estos dos puntos a la vez.

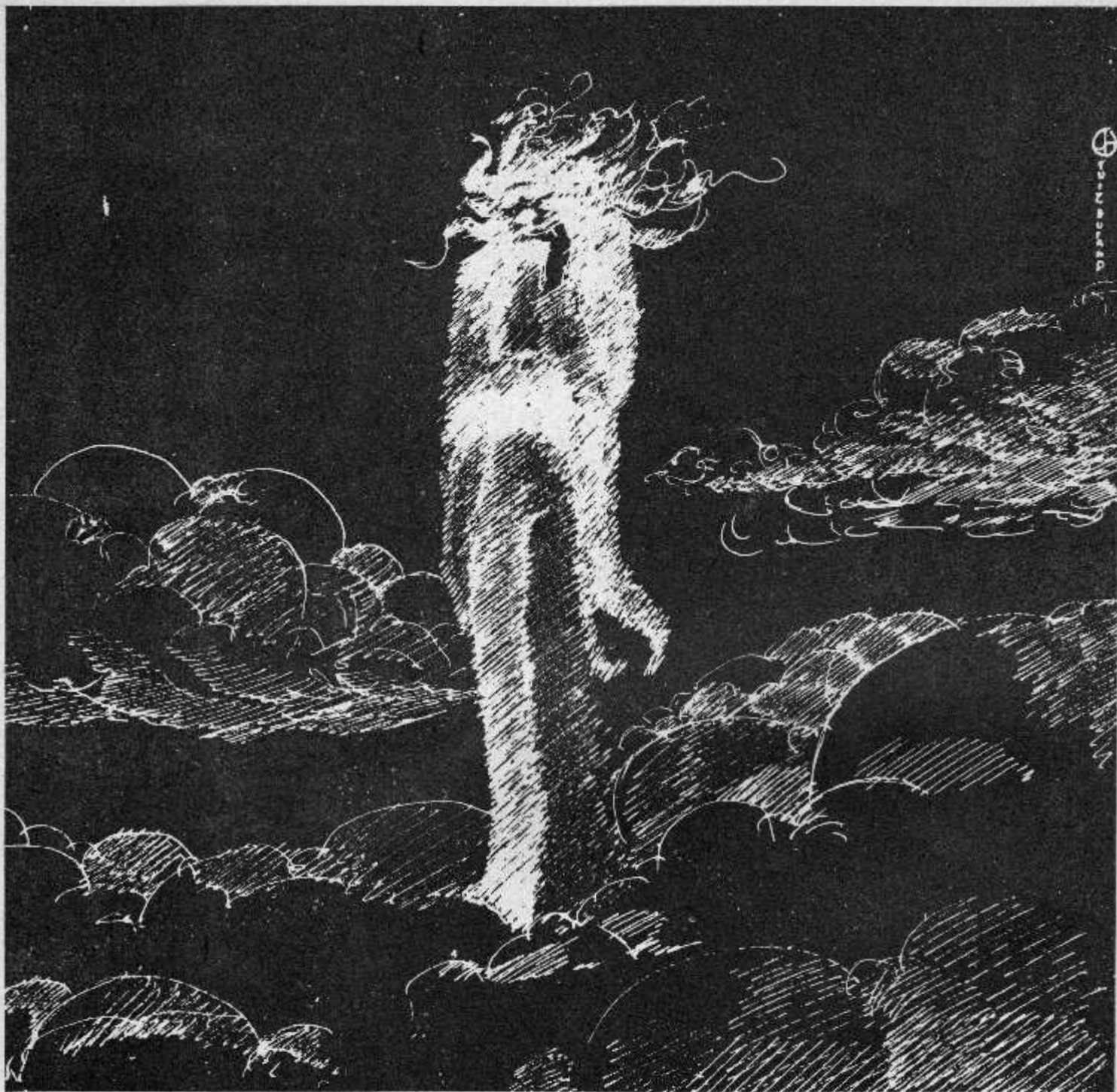
Estas tres vertientes polémicas, centradas en la creación visual de este siglo, constituyen terrenos de encuentro entre viejas y nuevas concepciones teóricas del arte, y ninguna de estas vertientes supone todavía un terreno de debate propio para las disciplinas sociales de lo visual. Al igual que las anteriores estéticas, las anteriores preguntas acerca de lo artístico tienden a ser reemplazadas por otras. ¿Cómo se forma el valor en la producción artística? ¿Cuáles son y cómo operan los mecanismos mediadores entre la base social y sus aspectos super-estructurales? ¿Cuál es la naturaleza del trabajo de creación visual en cada formación social? Ciertamente uno de los objetivos de todo este proceso de indagación es una superación simultánea de la concepción idealista del arte y de las concepciones del determinismo económico vulgar, ambas condiciones para un reencuentro pleno con la forma en el arte. Esta forma, que Rudolf Baranik llama "el fino terminal nervioso del contenido, la especificidad de lo sensible" (1978), es también una preocupación fundamental de la nueva teoría. Pues a la postre es de arte, de creación, de lo que hablamos.

De allí que el impulso teórico que comentamos en estas páginas debe ser necesariamente una etapa previa a que la teoría entre a plantear efectivas alternativas prácticas, políticas, para lo artístico en el continente. No en el nivel de las tradicionales posturas de qué debe ser o no debe ser el arte, sino en el plano de la identificación de aquello que es problemático y limitante de la creatividad de los pueblos. El arte, como el sexo o la alimentación, puede ser goce y realización, como también tortura y empobrecimiento. Y esto no por razones inabordables o inalcanzables, sino por muy concretas determinaciones sociales. La promesa del socialismo en este terreno no es un "mejor arte", o un 'arte más nacional, popular o latinoamericano', sino la posibilidad de que también en lo visual sea efectiva la liberación del hombre, de que todo hombre tenga la posibilidad de ser un creador, de identificarse y ser identificado como tal por sus semejantes.

Lima, junio de 1980.

BIBLIOGRAFIA

- ACHA, Juan
1979 *Arte y sociedad: Latinoamérica (el sistema de producción)*. México, Fondo de Cultura Económica. 323 pp.
- GARCIA CANCLINI, Nestor
1979 *La producción simbólica*. México, Siglo XXI, Editores. 162 pp.
- MORAIS, Frederico
1979 *Arte latinoamericana: do transe ao transitório*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, Ed. 214 pp.
- TRABA, Marta
1975 "El arte de la resistencia". Bogotá, *Eco*, Nro. 181, Nov. de 1975, pp. 95-99.



YO CONTINUARE MI CAMINO (AUTORETRATO)

— Cuando difundamos nuestra presente entrevista, (oo) su libro, (ooo) "Contribución a la Crítica del socialismo realmente existente", estará ya publicado bajo el título "La Alternativa". Este nuevo título no indica mucho mejor su preocupación que la primera formulación? Usted hace, en efecto, proposiciones para una práctica política diferente del comunismo europeo del este. Estas proposiciones las hace usted como marxista, como comunista de la R.D.A., es decir, desde el interior.

— Lo que yo he querido hacer, no lo he hecho por razones de polémica política, sino para diseñar el proyecto de un análisis vasto y de una alternativa político-económica. Mi libro es polémico sólo en la medida en que destruye el autoretrato oficial del socialismo realmente existente difundido por el partido y en el que por el contrario, le da la palabra a la realidad. Existe entre nosotros el sentimiento difuso de que el socialismo realmente existente y el socialismo de Marx son cosas muy diferentes, substancialmente diferentes. Yo **pruebo** que esto es efectivamente así. Eso, yo no lo denuncio, lo **explico** como un hecho histórico. Analizo y critico el socialismo realmente existente en tanto que **formación social de tipo específico**, como Marx tomó el capitalismo en tanto que formación social. Me he remontado lejos en la historia, hasta el antiguo modo de producción asiático, a fin de hacer inteligible la génesis de nuestro sistema - de Rusia, de la Unión Soviética, por supuesto. Sabemos que en la RDA o en Checoslovaquia, el socialismo realmente existente es un fenómeno derivado, no original. No es un objeto explicable en sí mismo.

— He ahí entonces su punto de partida. ¿Pero a dónde apunta usted?

— Las grandes preguntas en las que mi libro desemboca y a las que yo intento responder, son las siguientes: ¿qué significaría en el fondo la emancipación universal del hombre —porque el fin primero de Marx era ciertamente ese— ¿Qué significaría hoy día entonces, esta emancipación universal? ¿Contra qué fuerzas se levantaría? ¿Cómo podría, cómo debería ser la práctica comunista en las condiciones del socialismo realmente existente? ¿Quién sería el portador de ésta práctica, qué fuerzas constituirían su sujeto? ¿Y cómo debería organizarse la nueva Liga de los Comunistas? ¿Por qué programa de acción económica y política?

Por lo demás propongo estas preguntas para que puedan interesar igualmente a los comunistas y a los socialistas occidentales. Uno puede por ejemplo preguntarse, creo yo, si una Unión de Izquierda como en Francia, debería adoptar como punto programático esencial, el aumento de la producción de

(o) Esta entrevista ha sido traducida de la recopilación de textos *Je continuevai mon chemin* (Paris, Maspero, 1979). Originalmente apareció en EVA, Frankfurt, 1977. La presente versión es de Tanya Pacheco Barcelli.

(oo) Agosto de 1977, algunos días antes del arresto de Rudolf Bahro

(ooo) "Socialismo Realmente Existente" autocalificación de los sistemas vigentes en URSS y los países este-europeos.

ENTREVISTA A RUDOLF BAHRO

acero y la elección de inversiones masivas, he ahí también, el antiguo viejo remedio, siempre el mismo. A corto plazo, muchas cosas pueden ser justas, comprendido ese remedio fuerte para las siderúrgicas. ¿Pero qué tipo de nueva civilización anticipa el PC francés? ¿Qué es lo que ha aprendido verdaderamente después de mayo de 1968?

— *Sí, son problemas que no interesan hoy en día solamente a los comunistas. Es tristemente inútil preguntar por qué su libro no ha sido objeto de una edición de gran tiraje en la RDA donde usted vive. Pero ¿qué es lo que va a pasar, ya que usted está obligado a dirigirse al público de fuera de su país? ¿Es que su libro podrá leerse en la RDA?*

— Algunas centenas de ejemplares acabarán por encontrar su camino hacia aquí y por lo tanto algunos millares de personas los leerán. Yo he desarrollado igualmente lo sustantivo en una serie de conferencias que uno puede escuchar acá en la radio (o). Por otro lado, yo he difundido al mismo tiempo el libro en la RDA aún cuando no se trata sino de una pequeña edición artesanal, a la medida de mis posibilidades. Tengo la certeza de que se conocerán las ideas fundamentales.

— *¿Cómo reaccionará la dirección del SED frente al hecho de que de nuevo, un ciudadano, un miembro del partido —desde hace veinticinco años como usted— se sitúe abiertamente en la oposición? Su libro es de un gran rigor lógico y muy firme en cuanto a lo que está en juego en el debate. A largo plazo, puede tener influencia y minar la estructura dominante.*

— Eso es lo que yo espero. Yo intervengo en un proceso que está en curso hace ya mucho tiempo. El ideal original del socialismo está atravesado por grandes grietas. El partido está ahí, como la Iglesia del Papa antes de la reforma luterana; profundamente hundida en la incredulidad aún en sus propias filas. La perplejidad hasta en el buró político. Nada de proyecto, de verdadera concepción, en ninguna parte.

Todos los medios de movilización de masas, en particular en la economía, son usados hasta el extremo. Donde uno busque: el silencio, jamás la menor discusión.

He querido proporcionar a las fuerzas nuevas, el fundamento teórico de la lucha por la disolución de la estructura social staliniana tradicional. Esta estructura debe desaparecer porque corta por lo sano y daña, porque es improductiva, porque encadena y paraliza las fuerzas motrices subjetivas, porque las usa con la idea de una competencia con el Oeste en la que no seremos jamás los vencedores si lo tomamos así.

— *¿Piensa usted que el SED establecerá un debate en torno a su libro?*

— *¿Quién es el SED? Comencemos hablando de su aparato. Porque es esto lo que tenemos a la vista. El aparato va evidentemente a respondernos, en principio, por mecanismos de defensa precisos. Dirá de milagro no solamente que es revisionista, sino directamente que es contrarrevolucionario. Recordará no sé qué mandatos. Por las mismas "razones", podrá torcerle el cuello a cualquier análisis veleidoso venido de medios no comunistas o anticomunistas, en los que subsume incluso desde hace poco, a hombres como Santiago Carrillo. Esto ha resulta-*

(o) Acá: en la RDA... y en la radio... alemana del este. Son los textos reproducidos en el volumen que aparece con el título "Seis Conferencias".

do rutinario, y para hacerlo los buenos espíritus del servicio no tienen necesidad de pensar. No es muy difícil arrancar algunas frases significativas de su contexto. El aparato debe rechazar la crítica. No puede ser cierto que esta venga del interior, que encuentre en el país una amplia base a su favor, incluidos miembros del Partido. Se va a esforzar por evitar a cualquier precio el debate con mis argumentos y mis resultados.

Sin embargo, este libro se va a leer, y oficialmente, eso lo puedo asegurar. Y aquí llegamos a lo que es verdaderamente importante. Todos los que lo hagan, bajo órdenes o sin ellas, pensarán diferente de lo que ellos deberán o podrán después exponer públicamente. Creo que he escrito un libro contra el cual la policía política será impotente porque interpela a las más leales gentes del aparato en su esencia de individuos pensantes, en la medida, por supuesto, en que estén dispuestos a pensar. Por lo menos, en cuanto a lo que concierne al análisis, la caracterización del estado de cosas existentes, los miembros del Buró político, inclinados sobre esta obra, se dirán de tiempo en tiempo: "Si, está bien esto". Y esto es interiormente desarmante. Yo tomo en cuenta directamente en los políticos, la diferencia entre posición oficial y proceso psicológico interior. Cuando hablo de aparato, pienso siempre en una estructura de poder reaccionario y no simplemente en individuos que están ligados a éste en sus puntos centrales. Ellos podrían muy bien salir mañana de esta jungla.

— *¿Y la opinión pública de la RDA?*

— Mi libro evidentemente se dirige en gran parte a los numerosos miembros semi-leales del Partido, y más generalmente a aquellos que se sienten ligados a la RDA en forma crítica. La mayor parte de ellos no sigue el juego porque toda perspectiva de cambio les parece cerrada. No es una novedad histórica el que una generación haga masivamente la experiencia de que "nada resulta". Entre nosotros muchos tienen la impresión que no hay gran cosa que "marche" ni del interior ni del exterior. La resignación. Es puramente psicológica. Un proceso de petrificación, una tendencia a la cual los individuos debieran oponer su resistencia. Naturalmente, la historia no se ha detenido jamás de un sólo golpe. "eso avanza", solamente tal o cual elemento ha desaparecido. Lo que yo ataco resueltamente es el residuo de lealtad hacia el aparato que perjudica desde hace mucho tiempo la base no capitalista de la RDA. La realidad es tal que todo intelectual del Partido debe preguntarse particularmente si es el hombre del aparato —lo que es él en cierto grado— o el comunista el que domina en él. Nadie está en condiciones de evitar esta oposición subjetiva interna.

Para terminar, mi libro se dirige a los verdaderos opositores, los que quisieran animar a tomar una posición constructiva, optimista. No deben tomar la vía del derrotismo o la de la desesperación, sino la de la oposición organizada ¡Estén listos, dado el caso, a renunciar a la existencia que han tenido hasta ahora, por ejemplo al rol particular de intelectual-empleado!

— *¿Usted piensa entonces que su trabajo modificará la situación de la RDA?*

— Para aquello que compete más particularmente a la situación ideológica, ciertamente. No en lo inmediato, ni de forma espectacular. En este terreno es quizás lo contrario lo que se puede producir. Uno va a ver surgir reacciones emocionales de orígenes muy diversos —aún más que como regla general no se podrá leer inmediatamente el libro—. Pero, lo que he producido precisamente, es la teoría. Y es con esto con lo que yo cuento. Me remito al efecto a largo plazo de todo pensamiento que penetre verdaderamente hasta el fondo de los problemas. He intentado la aproximación muy rigurosa de forma consecuente, con toda la franqueza necesaria. No solamente he puesto en la balanza mi inteligencia, sino también mi experiencia cívica, lo que no dejará de producir su efecto.

“

La realidad es tal que todo intelectual del partido debe preguntarse particularmente si es el hombre del aparato —lo que es él en cierto grado— o el comunista el que domina en él. Nadie está en condiciones de evitar esta oposición subjetiva interna .

”

Es así que yo hablo de mí de una manera expresamente ejemplificadora. No soy evidentemente el primero que usa intentar alguna cosa. Pero actualmente los ejemplos personales pueden tener un efecto considerable. Hace falta explotar la situación que ha seguido a Helsinki y más aún, la Conferencia de Berlín y la aparición del eurocomunismo para poner al aparato en la situación ideológicamente desesperada. Mientras sea posible, no acordar tregua ni pausa en la lucha ideológica. Las intervenciones deberán seguir y no parar. Es lo que yo llamo habituar al aparato a hacer frente a una oposición abierta, siendo finalmente el objetivo el de forzar a la batalla ideológica abierta dentro de su propio país, en todos los países de socialismo realmente existente. He aquí en lo que debemos trabajar. Y para hacer esto, la oposición debe tener una amplia contra-plataforma y no simples proporciones aisladas. Esta debe poner en su orden del día el proyecto de una política global diferente. Ciertos aspectos como la cuestión de los derechos del hombre debieran tener lugar en un conjunto constructivo mucho más amplio. Estoy absolutamente seguro que no hay en el socialismo real, una alternativa a la dominación del aparato que pueda ser efectuado sin o contra los comunistas. Todo lo que debemos hacer, es salir resueltamente de la dominación del aparato neo-staliniano y poner nuestra experiencia política, nuestro método marxista, al servicio de la sociedad. Esto va para cada uno de nuestros países y para todos a la vez, pero sobre todo para la Unión Soviética misma.

— *¿Qué consecuencias personales espera usted? ¿Qué va a suceder?*

— No hay lugar a que yo le dé una importancia exagerada a esta cuestión. Si uno comienza a hacer cálculos sobre una posición como la mía, esta deviene insostenible. Yo me atengo a todas las reacciones imaginables. Yo he tenido tiempo de prepararme para la hora de la verdad. No seré la víctima: soy yo el que ataco. He tenido la suerte de poder decidir por mí mismo el momento en que esta hora debía sonar.

— *¿Evidentemente, usted va a ser excluido del partido?*

— Sí, lo más pronto y sin ninguna consideración. Todo eso es normal. Después de este libro, está muy claro que yo me encuentro fuera de las reglas que el aparato ha hecho para el partido, sobre todo después del 21 de agosto de 1968. Lo que no es normal, sino característico del problema, es que voy a perder mi empleo. Se habla mucho en este momento, en la propaganda oficial de la RDA, del derecho al trabajo como un derecho del hombre. En consecuencia, voy a ver en qué medida, esto es valioso para mí también.

— *¿No tiene usted miedo de nada?*

— El que me arresten o no depende de la opinión pública internacional y de la comunista en particular. El que existan artículos de ley que yo he debido trasgredir para poder simplemente intervenir, es parte de la naturaleza de nuestro sistema político. Hay necesidad de leyes que, por precaución, estén hechas de tal manera que aquel que tenga intención de propagar ideas desviacionistas —y no hacerlo es no hacer política— se encuentre en la obligación de contravenirlas. Si la crítica de la superestructura política está alineada entre las acciones hostiles al Estado, según el nuevo Código Penal y la interpretación de la Ley, yo estoy de entrada amenazado con dos a diez años de prisión. Pero existen otros problemas. Por ejemplo, yo debiera haber presentado mi libro al Buró de Estado para los derechos de autor en un plazo fijo y pedir una autorización para su impresión en el extranjero. Efectué esta gestión para mi tesis de doctorado, muy inofensiva y de orientación completamente imanentista, después de que fue rechazada tanto en la Escuela Superior de Leuna-Merseburg como en Dietz. Se me explicó que no obtendría la autorización en ninguno de los casos. En

breve, apenas nacida, es decir desde la publicación, toda concepción política alternativa está incriminada. Legítimamente la publicación está fuera de alcance: grave anacronismo, en Europa.

— *¿Y no se le expulsó? ¿En los últimos años esta medida ha devenido un elemento permanente en la práctica contra los opositores?*

— Es posible que el aparato pruebe, al hacerlo, su extrema indigencia. Pero no es de esta forma en la que podrá hacer desaparecer el contenido de mi libro. Para mí, el lugar de mi combate está aquí, aunque no veo una gran dificultad en encontrar en el exterior, mi lugar entre las filas de los revolucionarios. Ha sido aquí que yo he comenzado a pensar. En la totalidad de mi evolución, yo soy, de punta a punta, un producto, por decir así, de la RDA. Aquí, en mi casa, yo soy corresponsable. Quisiera que se me entienda bien en cuanto a esto. Desde la edad de 15 años no he estado al margen. Después de los años cincuenta, es decir a poco del inicio, he participado activamente en la formación de nuestra sociedad. Conozco el país desde todos los ángulos, no sólo teóricamente, sino también prácticamente. He hecho toda clase de cosas: en la ideología y el arte, en la agricultura, en la ciencia, la enseñanza superior y en el curso de estos últimos diez años, en la industria. La gente como yo se encuentra simplemente en la obligación de intentar acá un cambio de rumbo, si es que quieren permanecer fieles a sus primeras acciones.

No he tenido nunca el más leve deseo de abandonar el campo. Al contrario, después que debí retirarme de la política oficial hace diez años, no he hecho sino sumergirme más profundamente aún en la política y en la teoría, por mi propia cuenta.

— *¿Quizás pueda decirnos un poco más precisamente cómo es que llegó usted a estas experiencias, y evocar algunas etapas de su evolución?*

— Mi biografía ha seguido un curso relativamente normal para la RDA. Ciertos conflictos de los que podría hablar, caracterizan la vida de millares de personas parecidas a mí, y todas no las han sobrepasado interiormente sin graves daños, como yo lo he podido hacer.

Después de mis estudios de filosofía en 1959, las secuelas de mi crisis de 1956-57 (el XX Congreso del PCUS, Hungría, Polonia), me empujaron a Oderbruch, a una estación de máquinas y de tractores. Yo era redactor de un periódico del pueblo para un sector de siete y ocho localidades. Llegué en el momento preciso de la gran campaña para la colectivización total de la agricultura, en 1960. Participé en la medida de mis fuerzas. La agricultura me ha sido siempre familiar, debido a mi ascendencia paterna. Vengo de un medio rural. La agricultura colectivizada es sin duda el más grande logro económico de la RDA.

Después, sin ser candidato a Asistente (o), pasé dos años en la Universidad de Greifswald, de nuevo como redactor. Me ocupaba del periódico de la Universidad editado por la sección del partido. Aprendí a conocer el medio universitario de una manera mucho más profunda que desde el simple punto de vista del estudiante. El hecho de que se tratara de una pequeña universidad de provincia hacía posible más fácilmente, esta visión de conjunto. De Greifswald, el departamento de ciencias junto con el Comité Central del SED, me hizo venir a Berlín a la dirección central del Sindicato de enseñanza superior y de la ciencia. Fui, entre otras cosas, reportero al lado del presidente del sindicato.

(a) categoría docente universitaria

En 1965, entré como redactor en jefe adjunto a FORUM, destinado a un público de estudiantes y de jóvenes intelectuales. Un comunicado sobre la juventud, en 1963, había dado el paso libre del Buró político para una cierta crítica del aparato burocrático por la generación joven. Yo no sabía, en mitad del año 1965, que esta línea estaba justamente por ser derribada. Llegué demasiado tarde.

En los años pasados en el sindicato, y en FORUM, yo perdí mi inocencia política, de una forma más inocente aún al principio. Ciertos comportamientos me disgustaban, así como las reglas del juego burocrático. Yo no me adapté ni me integré jamás verdaderamente.

En FORUM, progresiva y conscientemente tomé una dirección particular. Finalmente traté de poner en discusión cosas que no iban a ser discutidas. "Las contradicciones sobre la mesa y no en los cajones", era mi divisa. Me ha tocado en principio, tener la experiencia de que no se podía tener en el rol de una pequeña rueda del aparato de poder político, tomar una vía rectilínea. Hubo en esa época un debate sobre poesía. No dudaba que suscitando deliberadamente ese debate, yo empezaba una provocación contra los poetas. La discusión que debía haber habido fue interrumpida. Yo mismo intervine por escrito sobre posiciones bastante tajantes, "izquierdistas" en alguna suerte, en particular contra Gunther Kunert.

Yo pensaba entonces en lo que escribía. Pero los poetas no pudieron escribir lo que pensaban y cuando lo hicieron, yo no tuve más la autorización para publicar.

Todo eso, ha hecho finalmente mal. Cuando comprendí que detrás de mi máquina de escribir había muchas otras fuerzas diferentes a mis convicciones personales, abandoné interiormente esta posición y resolví "esperar y ver". La gota de agua que hizo desbordar el vaso, fue la edición de *Maniobra Paul Bauch* de Volker Braun, de la que yo era responsable. Eso debe haber sido en el otoño de 1966.

Algunos meses más tarde yo aterrizaba en la industria, suavemente, debo decir. He tenido siempre la suerte de ser bien tratado y esto sucedió también luego de la purga de FORUM. Yo nunca he sido personalmente apresado o mortificado.

— *¿Pero cómo será el porvenir? ¿Y su familia? ¿Usted tiene una familia?*

— Tuve una familia hasta 1973. Mis hijos tienen ahora veinte, quince y trece años. Pero la situación en nuestro país está organizada de suerte que a fin de cuentas se debe estar solo cuando se quiere ir al frente; como lo hago yo ahora.

— *¿No ha tenido usted miedo a lo largo de estos años?*

— Por supuesto que he tenido miedo, pero no por las consecuencias que un día podrían golpearme. Yo he tenido miedo de no poder terminar mi trabajo, he tenido miedo sobre todo de no poder descubrirlo, de ser descubierto demasiado pronto, de no poder llegar a la opinión pública. Puedo asegurarles que he dormido bien casi siempre. ¡Es cuestión de temperamento simplemente!

— *¿Podría usted decir que su situación no le ha ocasionado problemas?*

— Para mí un problema sobre todo. No es fácil guardar tanto tiempo disimuladas en torno de uno las ideas por las que uno vive realmente. Yo hubiera preferido romper abiertamente. En el fondo es justamente la pequeña vida vegetativa, conformista y "normal" a la que uno está públicamente obligado, lo cual es insostenible. Y usted no podrá saber cuán feliz estoy de que

“ Por supuesto que he tenido miedo pero no por las consecuencias que un día podrían golpearme. Yo he tenido miedo de no poder dirigir mi trabajo, he tenido miedo sobre todo de no poder terminarlo, de ser descubierto demasiado pronto, de no poder llegar a la opinión pública . ”

ese juego de las escondidas haya por fin terminado para mí, feliz ahora de mostrar mi verdadera faz ante la sociedad. En fin... la sociedad... es mejor decir, a aquellos que me conocían. Desde 1968 este no ha sido a menudo el caso.

Pero tengo confianza. La mayor parte comprenderá perfectamente que yo debía conducirme exactamente como lo hice, si es que quería verdaderamente escribir ese libro. Dada la situación, yo simplemente he debido llevar la doble vida del clandestino. No por hostilidad hacia mis colegas y mis camaradas, sino contra la maquinaria que obliga finalmente a esta forma de lucha. El trabajo mismo es todavía la mejor profilaxis contra la tensión interior. Usted se podrá imaginar que yo no he flaqueado en todo ese tiempo. Es sobretodo en ese sentido que yo he vivido doblemente, aún si fue al mismo tiempo un poco unilateralmente.

— *Para muchas gentes que han trabajado cotidianamente con usted, que creían conocerlo bien, su libro resultó por lo menos como un trueno en un cielo sereno.*

— Sí, sin lugar a dudas. Pero aquellos que me conocían más de cerca, no se habrán sorprendido sino un instante. Ellos podían discutir abiertamente conmigo, aunque esto no excediera ciertos límites. Y podrá parecer que yo me escondía menos que los otros. Porque cae por su propio peso que todos los responsables políticos en la RDA piensan una cosa diferente que lo que pueden decir en la empresa o fuera de ella. Entre cuatro ojos, uno acaba por comprenderse bien, más con uno, menos con el otro. A menudo son suficientes unas cuantas palabras, o indicios menudos. Las actitudes son ya reconocibles. Cualquiera que tenga el coraje de quitarse las anteojeras, encuentra una gran confianza, a menos que caiga por azar sobre un interlocutor muy timorato. Hay muchas más posibilidades de comunicación de las que se imaginan algunos. Sin embargo, hay gente que tiene miedo unas de otras, y esto sin razón alguna.

— *¿Cómo es que ha encontrado usted el tiempo o la tranquilidad para escribir este libro más una tesis de doctorado, todo esto "al lado" de otro y pareciera que además conservando una buena salud? ¿Tanto más cuando usted no se ha beneficiado jamás aparentemente con las facilidades ofrecidas por un instituto científico?*

— Yo he estudiado incluso filosofía durante cinco años en la Universidad Humboldt en los años cincuenta. Usted sabe, si yo me hubiera encontrado después en la Universidad, con nuestra ciencia oficial —allí, uno es deteriorado— habría escrito quizás manuscritos más extensos, pero probablemente no este libro. Por extraño que pueda parecer, necesitaba mejores condiciones y las encontré. En ese caso, el tiempo no es la única cosa necesaria.

Si hoy entrego este libro a la opinión pública, puedo decir que no le he sacrificado un sólo día de mi trabajo en la industria, y esto hasta el último momento. Yo he ciertamente encontrado, al menos hasta 1975, condiciones relativamente favorables: sin funciones de dirección, un trabajo técnico-organizacional alrededor de temas precisos en una oficina de ingenieros que organizábamos algo así como conferencias de empresas para una rama industrial determinada. Para el objetivo que yo me había fijado, el contacto inmediato con la práctica industrial y económico-política se había revelado excepcionalmente favorable.

Mis tiempos libres resultaban suficientes para el trabajo preparatorio. Pero me han sido necesarios después de algunos meses para la primera redacción. La suerte vino en mi ayuda. Tuve ocasión de preparar un doctorado fuera del cargo. Esto representó para mí de 1972 a 1974, tres meses de vacaciones por año. Sobre esos nueve meses, aproveché de cinco, y en un verano de 1973, mi primera versión estaba terminada, lo que representaba desde ya un grueso libro de más de trescientas páginas dactilografiadas.

Redacté entonces mi tesis hasta el verano de 1975. Examiné muy concretamente cómo las relaciones de producción del socialismo real traban el desplazamiento de las fuerzas productivas que representan, en número creciente, los cuadros superiores y técnicos de nuestras empresas. Las consecuencias propiamente dichas de esto, en el texto, están evidentemente atenuadas o muertas y desde el punto de vista estilístico, se sujetan, no sin pena dentro de las convenciones habituales del lenguaje. Pero este trabajo, en razón del carácter explosivo de los materiales estadísticos colocados en el anexo —entre los cuales figura la transcripción literal de más o menos cincuenta entrevistas con cuadros industriales— ha suscitado molestias y sospechas, a tal punto que la Escuela superior ha terminado por hacerme saber por escrito que no podía ser aceptado porque su contenido científico era defectuoso.

— *Me asombra que usted le haya dado tanta importancia a ejercer una profesión ordinaria en un cuadro normal durante —y a pesar— de estar escribiendo su obra revolucionaria, la que hoy está publicada.*

— Uno podría decir, en principio, que esta era la conducta más simple. Pero dejando eso de lado, el trabajo chapucero me ha sido siempre muy difícil. No perjudica tanto al aparato sino a todos los que interrumpen sus funciones. Perturba la comunicación continua. Es simplemente hacer notar la ausencia del espíritu de solidaridad. Y es también la propia capacidad de trabajo la que se perjudica.

En forma general, una de las reglas más importantes en la lucha política en las condiciones de nuestro país consiste, en no

ayudar a la desorganización —ya es suficiente así como está— sino reconocer la cólera engendrada por la desorganización dominante con el fin de ser precisamente solidarios con aquellos que desean a su vez hacer un trabajo racional en su puesto. No confundir jamás el aparato con los individuos; aún con aquellos investidos de funciones de responsabilidad. Son muy a menudo, las primeras víctimas de los errores del sistema.

Otra cosa me preocupa. Nuestra situación ha privado a muchos individuos críticos de su productividad; los ha precipitado a una marginalidad desdichada, hacia toda suerte de posiciones excéntricas. Yo he dado la prueba de que podía funcionar en el sistema existente. Yo era responsable sindical en el aparato central. He producido en tanto que especialista de proyectos de racionalización tecnológica y organizacional. Hoy mismo, dirijo un colectivo de ingenieros que se ocupa del acondicionamiento y de la standarización del trabajo...

— *¿De la standarización del trabajo?*

— Sí... de la standarización del trabajo. Yo no sabría decirlo bien, como lo describo en mi libro, cómo en qué medida debería abolírselos. En mi tesis, debía también demostrar que es posible intervenir constructivamente sobre la tendencia reaccionaria dominante. Yo no tuve éxito. Pero cuando pienso que en primera instancia conquisté la posibilidad de un trabajo teórico efectivo, porque al principio hubo tres informes positivos y que ha habido necesidad, después de una conducta en todo sentido escandalosa, ir a buscar otros dos, negativos, para poder justificar el rechazo del consejo científico de la Escuela Superior... El resto se da por añadidura.

— *Nosotros hemos hablado más bien de circunstancias exteriores. ¿Pero, usted mismo, cómo es que ha llegado a sus posiciones actuales: Si he comprendido bien, usted trabaja allí desde 1968?*

— El nacimiento de este libro no ha sido rápido, lejos de eso. De hecho, esto se remonta mucho más lejos en el tiempo, aún así yo he comenzado a escribirlo verdaderamente a comienzos de los años setenta.

El período de incubación se sitúa entre esas dos famosas jornadas de agosto de los años 1961 y 1968. Yo era parte de esos numerosos comunistas de la RDA, jóvenes en su mayoría, que unieron el cierre de fronteras inevitable en su tiempo, con la ilusión de que el partido emprendería realmente en esta nueva situación, la tarea de ganar a la mayoría de la población al ideal socialista. Uno puede decir después, que era la esperanza de algo así como la Primavera de Praga en Prusia, en Saxe y Mecklenmbourg. Con su "comunicado para la juventud" de 1963, del que ya se ha hablado, la dirección daba lugar a esta alianza difusa. Pero, en la mitad de la década de los años setenta, resultó claro que no se trataba sino de una maniobra y que no se debía anunciar nada nuevo salvo la avanzada de una orientación tecnocrática, llevada por el desarrollo internacional de las fuerzas productivas.

Me ha parecido claro en esa época, que se hacía necesario entablar una lucha sistemática contra los elementos conservadores del partido. Pensaba que sería posible expulsarlos poco a poco fuera de sus posiciones de poder: que era suficiente armarse mejor para poder batirlos en la guerra de posición interna del partido. Yo no tenía entonces ninguna idea de la naturaleza de este adversario, de las fuentes de su fuerza y de su reproducción permanente; pues el aparato en tanto que tal, que garantizaba la continuidad de la reacción, no representaba para mí un problema. Sólo es con esta condición previa por la cual he podido fundar ciertas esperanzas sobre el rejuvenecimiento de los cuadros. Era esto, a fin de cuentas, lo que me importaba en ese entonces. En realidad, los cuadros apropiados son selec-

“

Aportarles una réplica que les dejará tan impotentes en el plano de las ideas como nosotros lo estuvimos frente a sus tanques. Estoy convencido de que la impotencia ideológica es más trágica que la impotencia material

”

cionados y objetivamente integrados y absorbidos por el aparato. Las excepciones confirman la regla.

— *¿Cómo se ha puesto usted a trabajar en esta posición?*

— Para comenzar, yo me consagré sin una concepción muy clara, a una suerte de preparación general. He comenzado por reestudiar a Marx, a describir la historia real del PCUS y de la Unión Soviética. Esa fue mi etapa trotskista. Le debo especialmente a Isaac Deutscher preciosos y numerosos conocimientos. Me interesé al mismo tiempo en la experiencia yugoeslava y en la vía china, en la esencia del debate entre Mao y Krushev. Así, la ruptura entre Moscú y Pekín tuvo una importancia considerable porque ella reintroducía los principios marxistas en la discusión. Yo por supuesto que devoré también el memorandum de Togliatti y poseo todavía el texto aparecido en Neues Deutschland.

En diciembre de 1967, escribí una carta a Walter Ulbricht a partir de mis primeras experiencias en mi nuevo empleo industrial. Planteaba la cuestión de la democracia socialista y de la autogestión obrera en las condiciones de nuestra organización económica y esto de una manera positiva, como nos gusta decir entre nosotros. Seis meses más tarde, en mayo de 1968, mientras que el movimiento de renovación tendía, hacia su punto culminante en Checoslovaquia, un colaborador del Comité Central, me traía la respuesta: sólo una información oral en forma de advertencia. Ninguna otra le siguió ni aún después del 21 de agosto, aún cuando yo me comprometí públicamente y hasta el último momento en favor de esta experiencia. Ellos no buscaban a los desviacionistas, no más que ahora, en tanto que estos no se hicieran notar públicamente.

— *Con toda evidencia, la intervención en Checoslovaquia ha jugado un rol mayor en su decisión. ¿Cómo fue el año 1968? ¿Cómo la pasaron acá?*

— Fue una esperanza auténtica, profunda, que crecía desde enero. Después del 21 de agosto, uno podía leer muchas cosas sobre los rostros de las gentes: decepción, vergüenza, consternación.

Para mí, 1967 y 1968 han sido los años de una esperanza tensa al extremo. En China, yo veía (era un poco antes de 1967) la grandiosa tentativa de ahorrarle al país más poblado del mundo la marcha a través de las depresiones del stalinismo burocrático. En Checoslovaquia, se infligió al enemigo, la burocracia staliniana que bloqueaba nuestra región todo progreso socialista, una herida que no se ha cerrado hasta ahora. Los estudiantes y los jóvenes obreros parisinos estuvieron por algunas semanas sobre las administraciones conservadoras de los partidos y lograron en su lucha contra el monopolio de Estado, hasta las premisas de una contra-dominación revolucionaria. Por su deslumbrante ofensiva del Tet, el pueblo vietnamita administraba una derrota estratégica al imperialismo de los EEUU.... Yo no hablo aquí de mi trabajo teórico que no estaba muy avanzado, aún cuando yo había desarrollado el concepto de "revolución cultural", de inspiración "maoista". En todo caso en el sentido en el que lo entienden los grupos del oeste europeo que se activan con énfasis en un lenguaje fingido. Yo hablo de mis motivaciones.

— *Usted evoca aquí las ilusiones que siguieron al 13 de agosto de 1961 y las esperanzas que precedieron al 21 de agosto de 1968. Uno adivina que estas ilusiones y estas esperanzas estaban dirigidas hacia un ideal. Porqué esta suerte de impulso? De qué estaba hecha entonces —la pregunta es puramente personal— la insatisfacción de un comunista?*

— Yo no sé si voy a poder explicarle completamente ¿Qué es lo que empuja a los hombres a la acción política? En mi libro

yo menciono la experiencia de Platón, filósofo de la Grecia antigua, del cual se dice que no encontró el Estado que le convenía. Será necesario contar la experiencia hecha aquí en la RDA por centenas de miles de jóvenes que vinieron al SED en los últimos 30 años. Yo también lo hice. A los 16 años, en 1952, yo era postulante. Ustedes saben, hemos guardado en el SED, una mala y vieja costumbre alemana: a cada asociación, su insignia. Al partido también, entonces. Si ustedes van hoy en día a pasearse por las calles, no verán sino muy pocas gentes que llevan esa insignia del partido. Por lo demás, ellos están casi obligados en razón de su rol y de su lugar. Hay, sin embargo, en nuestro pequeño país, un millón cien mil miembros del partido.

Cuando yo era postulante, luego miembro, todo era diferente. Ustedes no se pueden imaginar hasta qué punto estábamos orgullosos, tanto yo como innumerables jóvenes camaradas, de llevar la insignia del partido, manos apretadas en puño sobre un fondo rojo. Hoy en día yo me pregunto y pregunto a todos los jóvenes camaradas de los últimos treinta años: ¿cómo es que hemos llegado a tener vergüenza de colocarnos esta insignia?

El fondo de la cuestión es que nosotros hemos aprendido poco a poco a tener vergüenza del partido a que pertenecemos. De ese partido que goza del recelo notorio del pueblo que tiene cotidianamente a ese pueblo bajo tutela política de la A a la Z; que obliga a cada uno a engañarlo en los detalles más insignificantes, al punto de sonrojarse cuando se es miembro.

Cuanto más antigua es nuestra pertenencia al Partido, es menos soportable el ver cómo destruye y hace escarnio una idea que antes nos fué sagrada. El silencio absoluto es la regla. La mayor parte de los camaradas no saben qué más decir. Quienquiera que tenga una visión de conjunto, instrumentos o capacidad para poner en evidencia lo que ha pasado acá y lo que pasa cada día, es decir, las nuevas relaciones de dominación en lugar de la libertad y de la igualdad socialista para todos los trabajadores; quienquiera que está en esta situación y no quiere abdicar del respeto por sí mismo, está en la obligación de buscar una alternativa, una posibilidad de vivir de nuevo de acuerdo consigo mismo. He aquí el secreto de la gran esperanza de 1968 que ha tocado aún en la RDA a grandes medios.

Si, hasta el momento de la intervención, yo me contentaba con hacer una crítica interna del aparato, me faltaba dar el salto. Moralmente, yo no tenía más opción. Esta intervención me ha golpeado personalmente como a cualquiera de los factores más comprometidos de la Primavera de Praga. Yo redacté entonces, y no fué el único que lo hice, mi declaración de dimisión al partido. Después comprendí que ese gesto, moralmente tan necesario, no serviría de nada en el momento de nuestro aplastamiento. Yo podía, yo debía oponerme con algo mejor, mucho más tajante.

Yo no sé si los responsables pensaban que no tenían necesidad de pagar por ese 21 de agosto. No está mal que sepan de dónde vendrá la intransigencia que en el porvenir, se opondrá más y más a sus proyectos políticos. La batalla no cesaría sino el día en que el foco de los actos de violencia reaccionaria como en 1968, el aparato neo-staliniano de dominación, estarán fuera de lugar. En los días y horas que siguieron a la intervención, algo cambió en mí. Yo hubiera querido, de todos modos aportarles una réplica que les dejara tan impotentes en el plano de las ideas como nosotros lo estuvimos frente a sus tanques. Estoy convencido de que la impotencia ideológica es más trágica que la impotencia material.

— *¿Esto es particularmente marxista?*

— Me dá igual que lo sea o nó. Fue Marx mismo quien dijo:

"Las ideas devienen una fuerza material". Yo he mostrado que el aparato es conciencia, saber coagulado y organizado sobre el modo de la dominación.

Esta dominación debe ser, y de arriba a abajo **ideológicamente** minada antes de que pueda tomar una conversión material. Es exactamente lo que enseña la pre-historia de la Primavera de Praga. Yo siempre he creído que no es indiferente que uno se resuelva, sobre sí mismo o sobre su causa, y que en lo más profundo de sí mismo uno no dude a la hora en que se debe tomar las decisiones. El mismo Marx es impensable fuera de esta disposición de espíritu. La nueva verdad no tiene necesidad de ser ruidosamente proclamada. Ella avanza y uno encontrará siempre el coraje necesario de decirlo.

— *Su libro, de hecho, es mucho más objetivo de lo que uno podría suponer escuchando las motivaciones que usted acaba de explicar.*

— Yo puedo explicitar ahora estas motivaciones porque me ha sido posible por la escritura y la reescritura, por un gran gasto de energía, el liberar aquello que no era sino rebeldía. Me decidí a mirar otra vez la primera versión, la del verano de 1973. Aún sin hablar de la debilidad de toda la conclusión, esta contenía mucho de resentimientos y deseos subjetivos.

Debe manejarse toda irritación autodestructora. Yo considero como una debilidad que ciertos opositores tengan tendencia a prenderse del curso de la historia porque no confirma sus intenciones inmediatas. Dejarse uno mismo así, es, en general, estar perdido para la causa de la renovación.

Después de la intervención, y después que yo me recobré, estudié a Marx por la tercera vez y al leninismo por primera vez en forma crítica —quiero decir evidentemente, en un sentido analítico— histórico. Porque la integridad revolucionaria y la grandeza histórica de Lenin están para mí fuera de toda duda.

Y para comprender el socialismo real, trabajé para la construcción de una concepción original de la historia universal, es decir, de la multiplicidad de las civilizaciones particularmente

extra-europeas y la unidad de sus problemas estructurales generales. Luego, en 1971, comencé a redactar.

— *¿Mientras estuvo usted todavía empleado en la industria?*

— Si, y finalmente, a partir de 1975, revisé la primera versión con la mayor precisión posible, en el tiempo que yo disponía, con la excepción, sin embargo de los cuatro primeros capítulos. Incorporé un pequeño número de correcciones estilísticas aún cuando mi primera intención fué la de modificar una parte mucho más amplia. Pero en el interín recibí el texto de Rudi Deutschke, "Ensayo para reponer a Lenin de nuevo sobre sus pies". Su trabajo fué redactado exactamente en el momento en que yo escribía esos cuatro capítulos. Los capítulos tercero y cuarto especialmente, se refieren a las mismas fuentes y aún a las mismas citas de Lenin. Pero Rudi Deutschke concluyó en una apreciación muy diferente a la mía. Yo he querido evitar, que el contraste, seguramente interesante entre nuestras posiciones, se borrara, para dejar lugar a una vasta polémica y por lo tanto todo lo dejé en igual estado.

Para los añadidos y las modificaciones aportadas a la segunda y tercera parte, mi tesis terminada entretanto, fué de gran ayuda. Ahora, yo soy mucho más concreto acerca de la práctica económica del socialismo real.

Es sobre todo la tercera parte la que es ampliamente nueva. Toda la teoría de la emancipación general contemporánea y los capítulos sobre la economía política de la revolución cultural faltaban en la versión precedente.

La tercera parte me parece ahora como la más importante, tan rigurosamente indispensable como el análisis que la precede, y tanto más ya que aquella encontrará probablemente una mayor comprobación que la concepción alternativa. El análisis no es suficiente. La teoría no debe detenerse en el umbral de sus consecuencias políticas prácticas. Hay un proyecto de programa sobre el cual se podrá movilizar a las gentes que no quieren continuar más así. Yo deseo que mi libro suscite la más amplia autoclarificación y una más grande unión en la lucha por una nueva perspectiva al interior del socialismo real.

30/V/1980.

EL MAOISMO Y LA CAIDA DE LA COMUNA DE SHANGHAI

RESEÑA

Charles Bettleheim,
The Great Leap Backward (El gran salto atrás),
Nueva York y Londres, Monthly Review,
jul - ago 1978.

(China después de Mao, S XXXI - México)

Robinson Rojas,
China, una revolución en agonía,
Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1978.

El día 5 de febrero de 1967 un millón de trabajadores de Shanghai proclamó la comuna de esa ciudad, en reemplazo del concejo municipal y como consecuencia de la formación de numerosos comités de fábrica abocados a la Revolución Cultural. En aquella oportunidad los oradores declararon que "el comité municipal del partido y el consejo de la ciudad de Shanghai han sido destruidos y se ha establecido un nuevo organismo de poder, en concordancia con las doctrinas del Presidente Mao y los principios de la dictadura del proletariado..." (1) Una semana más tarde, el día 12 de febrero, el propio Mao Tse-tung se opone a la formación de la Comuna de Shanghai, y doce días más tarde los insurrectos del día 5 son forzados a compartir su nuevo poder con la vieja burocracia partidaria y los oficiales de la fuerza armada china, en un llamado "comité revolucionario". (2)

En esta breve historia se encuentra uno de los núcleos más importantes de la confrontación de clase que se inicia en 1966 y que con diversos nombres y etapas (Gran Revolución Cultural Proletaria, Campaña de crítica a Confucio y Lin Piao, Campaña de crítica a la Banda de los Cuatro) ha resultado por el momento en el triunfo de la línea de Teng Hsiao-ping y Hua Kuo-feng, a todas luces diferente y en muchos puntos contradictoria a las ideas que Mao, acosado y zigzagueante, intentó por diversos medios imponer al Estado y al pueblo chino desde 1949. Para unos se trata de un triunfo de la derecha sobre la izquierda en el seno del Partido Comunista de China; para otros es la victoria de una burocracia civil-militar sobre las masas de su propio país.

Mientras las implicaciones de aquella confrontación no trascendieron demasiado su marco propiamente chino, las izquierdas "maoístas" del extranjero fueron siguiendo sin demasiados problemas los vaivenes de una línea oficial, paradójicamente monolítica en su apariencia y sumamente contradictoria en realidad. Es así como desde fuera se celebró y luego criticó a Liu Shao-shi, Peng Te-huai, Lin Piao, Confucio (alegórica referencia a Chou En-lai) y últimamente a Chiang Ching, Yao Wen-yuan, Chang Chun-chiao y Wang Hung-wen, denostados como "la Banda de los Cuatro". (3)

Sin embargo la nueva hegemonía de Teng y Hua ha modificado las cosas de modo radical, y no sólo dentro de las fronteras chinas: la "teoría de los tres mundos" ha convertido a China en un estrecho aliado del imperialismo norteamericano y cuanta silvestre dictadura fascista del "tercer mundo" utilice el

antisovietismo como uno de sus puntales para la represión del pueblo. Harto dura de deglutir como propuesta táctica, la teoría es simplemente intragable cuando sus manifestaciones prácticas suponen el contubernio con Pinochet o los gobiernos más reaccionarios del África. Menos dramáticos (o quizás sólo menos visibles), los retrocesos ocurridos en política interna china son igualmente graves, y la otra cara de una misma moneda.

Frente a esta situación no es importante la obsecación de los oportunistas o los ignorantes que se mantienen aferrados a la presente línea oficial. Muchísima mayor importancia tienen los casos de quienes han apoyado e intentado aplicar el maoísmo con fundamento y de buena fe, y para quienes el gran salto atrás de la actual dirigencia china es motivo de profunda preocupación, y de revisión de muchas de sus ideas. En esos casos lo que subyace a las críticas es la fe en el pueblo chino y en su capacidad de culminar la lucha por la liberación interrumpida por el golpe de estado burocrático militar de octubre de 1976.

El 11 de mayo de 1977 el economista marxista, y maoísta militante, Charles Bettelheim cursó a la Asociación de Amistad Franco-china una carta de renuncia a la presidencia de ese organismo, por juzgar inaceptables los actos de desmantelamiento de los logros revolucionarios alcanzados antes de y durante la Revolución Cultural. Menos de un año después, en respuesta a una carta polémica en defensa del nuevo régimen, publicó un extenso artículo en que detalla los motivos de su renuncia y los cambios contrarrevolucionarios ocurridos desde la tercera llegada de Teng al poder. Lamentablemente el artículo no ha circulado entre nosotros, pues constituye una excelente argumentación contra el retorno al capitalismo que practica hoy la dirigencia china.

El planteamiento central de Bettelheim es que la línea de Teng y Hua consiste en la eliminación de la idea de que la lucha de clases continúa en China (una de las ideas motrices de la Revolución Cultural), la eliminación de la política revolucionaria en nombre de un incremento de la producción, y el consiguiente paso a un modelo similar al que empieza a implantarse en la Unión Soviética bajo Stalin en los años 30. Existe alguna polémica aún terminológica, respecto del carácter de ese modelo: Antonio Carlo lo llama "colectivismo burocrático", Rudolf Bahro se refiere a él simplemente como "no capitalismo" y el propio Bettelheim lo ha llamado alguna vez "capitalismo de estado". En lo que hay coincidencia (y creciente conciencia) es que no tiene nada que ver con el socialismo y con la democracia de las masas.

Bettelheim señala y fundamenta retrocesos en diversas áreas: la supresión del derecho de crítica de los trabajadores, la reaparición de viejas diferencias salariales, el exagerado énfasis en la ganancia y la acumulación, así como la concentración del poder gerencial en las empresas, la aparición de una política agraria reaccionaria. La educación, la ciencia, el comercio exterior, las relaciones internacionales: casi no queda campo de la vida social en que no se haya ido al simil oriental del modelo soviético, cuya crítica es supuestamente la que da consistencia a la "teoría de los tres mundos". Nótese además que desde que el texto fue escrito —marzo de 1978— el régimen ha dado algunos pasos gigantescos por el desbarrancadero del retorno al capitalismo.

Sin embargo las casi 150 páginas del texto de Bettelheim son de carácter principalmente económico-administrativo, una reseña por sectores de las modificaciones ocurridas, con relati-

vamente poco espacio concedido a los orígenes y las consecuencias políticas prácticas del revés sufrido por el pueblo chino. Aunque en el ordenamiento mismo de estas páginas se vislumbra el inicio de un trabajo de crítica más profunda y detallada del régimen que hoy se intenta imponer a los trabajadores en China. Como señala en la última página de su texto el propio Bettelheim:

"En la situación que hoy prevalece, los amigos de China en el exterior tienen, más que nunca, el deber de mantenerse al lado del pueblo chino (...). Más aún, frente a la desilusión de quienes en todo el mundo ven repudiada a la Revolución Cultural, a menudo sin comprender porqué, y que pueden llegar a desencantarse del socialismo, los amigos de China deben explicar cómo y porqué se da el triunfo momentáneo de una línea revisionista. Esta explicación se hace tanto más necesaria cuanto sirve para revelar las raíces de los errores cometidos por los seguidores de la línea de Mao Tse-tung, errores que resultaron en su derrota. Este conocimiento es esencial para todos los que deseen luchar por el socialismo, con el fin de limitar el peligro de que esos mismos errores sean repetidos en sus propios países o cualquier otro lugar". (4).

Tal vez por su carácter urgente e inicial, el texto de Bettelheim no se adentra mayormente en el examen de aquellos errores cometidos por los seguidores de Mao. Ciertamente el suyo no pretende ser un texto histórico, pero en el tipo de defensa ("ortodoxia vs. revisionismo") que hace Bettelheim uno siente la reticencia a comprometer al propio Mao en un proceso de crítica de su momentánea derrota. Dado que el texto se inicia planteando que se trata de la crítica a una línea política, es justo y natural que cualquier crítica a los errores del maoísmo se haga en los mismos términos y no, como tienden a hacerlos algunos, como la crítica a una sucesión de infelices errores tácticos.

En diciembre de 1977 el escritor, periodista y político chileno Robinson Rojas concluyó un grueso volumen del cual conocíamos ya una breve síntesis (5), y que constituye uno de los más serios aportes al debate sobre el período post-1966 chino aparecidos a la fecha. El libro tiene el valor adicional de apoyarse constantemente en documentación emitida por los propios protagonistas, que Rojas examina agudamente, haciendo de su lectura una verdadera disección política. Buena parte de los acontecimientos que tratan las páginas de **China, una revolución en agonía** transcurrió durante una u otra de las estadias del autor en China, la más larga de las cuales fue precisamente entre 1974 y 1977.

En palabras del propio Rojas, el libro pretende demostrar que: "a) una nueva clase dominante se ha apoderado de la sociedad china: la burocracia civil-militar que surge triunfante en un sistema socialista cuando el proletariado es incapaz de mantener y consolidar ese sistema; b) la revolución china fue una revolución democrático-nacional dirigida por una alianza entre la pequeña burguesía campesina y el proletariado, que al intentar pasar a la etapa socialista hizo surgir en su seno una lucha entre los intentos de "proletarizarla" o "aburguesarla" (burocratizarla); c) el partido comunista chino no alcanzó a desarrollarse hasta convertirse en la vanguardia de su proletariado, y sólo alcanzó en nivel de organización política de alianza entre la pequeña burguesía y el proletariado, donde, naturalmente, las luchas por el poder desde la etapa de Yanan tomaron la forma de un forcejeo por "proletarizar" el partido por un lado, y transformarlo en una organización burocrática, gerencial a nivel nacional, por parte de la pequeña bur-

guesía que ocupó posiciones claves en la jerarquía; d) los líderes políticos del proletariado chino no estuvieron a la altura de su tarea y abandonaron a su suerte a esta clase en el momento en que podía haber ganado su más importante batalla por el poder, en 1967. En este sentido se puede afirmar que el chino es un pueblo traicionado por sus líderes; e) la acción combinada de los factores anteriores, más la presión de la realidad ideológico-económica de un modelo de sociedad en que el modo de producción asiático fue válido por dos milenios (...) han dado origen a un nuevo sistema social de explotación de las grandes mayorías (...)” (6).

Rojas nos lleva a través de los desplazamientos de masas que siguieron al lanzamiento de la Revolución Cultural en 1966 y también a través de la lucha interna burocrática de las cúpulas, que fue donde en última instancia fueron resueltas las cosas. Para Rojas, como para Bettelheim, el insalvable Rubicón de todo el proceso, es decir el momento decisivo que no fue asumido como debió serlo, fue la Comuna de Shanghai. Pero aquí el político saca conclusiones que no extrae el economista, concretamente en el terreno de la responsabilidad histórica del ala izquierda del buró político - encabezada por Mao - que al distanciarse de las masas en un momento crucial inició la corta marcha hacia la debacle política.

La Comuna de Shanghai fue la máxima expresión de un movimiento insurreccional de masas que se inicia en 1966 con movilizaciones básicamente estudiantiles de Guardias Rojos, pero que en poquísimo tiempo se plantea la cuestión del poder directo de las masas a través de organismos autónomos. En tal medida fue el inicio de la posibilidad de una confrontación de clase a otra escala, de una guerra civil revolucionaria que llevara la Revolución Cultural a su culminación. Así lo entendió Lin Piao, que como comandante del ejército mandó ocupar todos los puntos claves del país y planteó a la izquierda del buró político la alternativa entre la alianza con las masas o la alianza con la fuerza armada en la lucha contra el ala derecha. Rojas es elocuente en el señalamiento de responsabilidades: “¡Y el 12 de febrero Mao Tsetung se opone terminantemente a la formación de la Comuna de Shanghai, instruyendo a Chang Chun-chiao y Yao Wen-yuan para que detengan la insurrección de las masas shanghainesas y formen un “comité revolucionario”!”. (7).

La visión que transmite Rojas de los hechos, así como de las ideas y los móviles que los impulsaron, obliga a hacerse más de una pregunta acerca del significado del maoísmo. el autor no quiere abundar en el tema, pero es difícil no asociar a los líderes que no estuvieron a la altura de las circunstancias, en el inciso d, y la alianza entre una pequeña burguesía y el proletariado, en el inciso b. Sobre este último punto b la pregunta que inmediatamente brota es ¿de dónde surgen los burgueses no tan pequeños ni rurales que a la postre se alzarán con todo el proyecto maoísta? y la pregunta ¿puede hablarse con propiedad de burguesía al referirnos a los grupos a que alude Rojas?. Pues al hablar de la restauración de 1976 no estamos hablando de un pequeño grupo putchista, ni de “camarillas”, sino de “una nueva clase dominante”. Esa nueva clase ni es tan nueva ni es hija de los errores tácticos del maoísmo: está presente en la alianza básica desde el primer momento. Son los hijos de la “revolución democrático burguesa de nuevo tipo”: lo que en otras latitudes se conoce como la vía democrático-popular o nacional-popular.

A pesar de no explicitarlo, Rojas trasmite el inocultable hecho de que todo el esfuerzo de la alianza entre la izquierda del buró político y un sector de las masas fue en todo momento (incluso bastante anterior a 1966) un esfuerzo rebelde contra

la hegemonía social del ala derecha y de sus alianzas con otros sectores de la población. Es ya con un pie en la reciente derrota que vuelve a revelarse el carácter de socio menor de las fuerzas izquierdistas en la alianza política encarnada por el PCCH. Más aun, en ese momento entra en crisis la idea misma de los “dos caminos”: la argumentación de Rojas sugiere que cuando el X Congreso del PCCH consagra la fórmula de que “el uno se divide en dos”, ya hace rato que la contradicción principal es entre la dirección propia de las masas y la dirección política del PCCH, fragmentada esta en un ala derecha y una izquierda.

Durante toda su vida política Mao Tse-tung funcionó simultáneamente como forjador (junto con Chou En-lai) y garante de la alianza de clases dispares que llevó a la liberación en 1949, y como abanderado (mediador) de los sectores proletarios del país. Su cuerpo político hay que buscarlo simultáneamente en la Revolución de Nueva Democracia y en la Revolución Cultural. Como escribe Edoarda Masi, “Mientras vivió, Mao puso en juego todo su prestigio para impedir que una fracción de la sociedad se apoderara por sí sola del aparato del Estado para reprimir al pueblo. Asimismo se esforzó por garantizar ciertos márgenes de iniciativa a los obreros, a las comunas y a las brigadas agrícolas más avanzadas, a los estudiantes, a las organizaciones de masas de los jóvenes y las mujeres, a los sindicatos, todos los cuales no renunciaron a ciertos logros de la revolución cultural (...) sino que lucharon por rescatarlos cuando ya les parecían perdidos”. (8).

Por eso cuando Robinson Rojas afirma en su folleto de junio de 1977 que “el proletariado chino ha perdido el poder”, debemos ponernos a pensar — guiados por el libro que el propio Rojas concluyó en diciembre de aquel año — en qué poder fue ese que se perdió, de qué naturaleza fue, y cuánto fue realmente frente a los otros poderes de aquella sociedad. Es evidente que Mao comprendió esta relatividad del poder proletario, y que esa comprensión es el primer motor de la Revolución Cultural, con su planteamiento inicial de continuación de la lucha de clases bajo el socialismo, y su tardía consigna de que “ir contra la corriente es un principio del marxismo”. Lo que se mantiene cuestionado es cuánto hubo en Mao de efectivo compromiso con el camino de la insurrección y la autonomía de las masas, y cuánto hubo de empleo de estas masas como instrumento para las confrontaciones en el Comité Central y el buró político del PCCH.

Pues el período 1966 - 1976 tuvo una faceta de lucha de masas en las calles y los centros de la producción, una faceta de luchas intestinas civil-militares por el manejo del aparato estatal, y otra faceta “nacional” estrechamente vinculada a las determinaciones de la geopolítica. La necesidad de mantener la coherencia con una doctrina política, la necesidad de mantener y elevar las tasas de productividad, y las urgencias diplomático-militares fueron constantemente jugadas unas contra otras, hasta perfilarse en dos líneas claramente definidas. La confusión y la demora por parte de la izquierda del buró político en articular sus visiones en una línea (es decir el camino de zigzags y de concesiones al ala derecha) contribuyeron a su revés final.

Ya hacia finales de la guerra de Vietnam era bastante claro que los *aparatchniks* militares chinos se habían separado de la concepción maoísta de la guerra popular y miraban con nostalgia (casi un decenio más tarde mirarían con desazón) el camino altamente tecnificado que la guerra impuso a la fuerza armada vietnamita. Este es uno de los factores que desde tem-

prano debilitó la precaria alianza "antiburocrática" del ala izquierda del buró político con los mandos de la fuerza armada. Si consideramos que ya en el IX Congreso de 1969, como nos hace notar Rojas, los miembros del Ejército Popular de Liberación constituían el 50% de los delegados, el peso de las nuevas concepciones militares era ya un factor determinante de una nueva situación. (9).

La suerte de la Comuna de Shanghai es, pues, el microcosmos de la suerte de la Revolución Cultural, y de todo el proceso revolucionario bajo la línea de Mao, y nos muestra algunas cosas de indudable interés: a) la diferenciación que existía entre los que Rojas llama "los líderes políticos del proletariado chino" y el estado de conciencia de los sectores más avanzados de este proletariado; asimismo es perceptible una diferenciación con el "estado de inconciencia" de los sectores más atrasados, es decir el "modelo de sociedad en que el modo de producción asiático fue válido por dos milenios"; esto habría ubicado a tales dirigentes en una especie de terreno intermedio entre las masas y el ala derecha del buró político, cuyo espacio de maniobra era reducido y él mismo en última instancia burocrático; b) es la alianza de clases original de la revolución china, la que impide en todo momento, y en la hora final, el surgimiento de organismos de poder propios de las masas; la inexistencia de tales organismos es un factor determinante en la conformación de un ala izquierda con las características que describe Rojas; c) la etapa de 1949 a 1976 resulta así para el proletariado chino una fase de transición entre la revolución de 1910 (liderada por Sun Yat-sen y usurpada por Chiang Kaishek) y la revolución socialista, hoy gravemente jaqueada por la hegemonía represiva del ala derecha del buró político del PCCH.

La pérdida de Mao Tse-tung fue por cierto un duro golpe para las esperanzas de ese proletariado; pero también fue el final de una subordinación histórica a quienes han resultado a la postre enemigos de clase: la burocracia civil-militar, o compañeros de travesía: la llamada "Banda de los Cuatro". En tal medida la experiencia de la Comuna de Shanghai no es sólo el final de un ciclo de confrontaciones, sino con toda claridad el inicio de uno nuevo, cuyo primer efecto ha sido la ola de represión contra dirigentes obreros y campesinos detallada por Rojas en su volumen. Es el paso de la "oposición de izquierda" a una resistencia proletaria capaz, como pocas en el mundo, de darse su propio proyecto histórico de clase.

Contra la impresión generalizada vigente durante buen tiempo, la Revolución Cultural no fue de modo alguno el paso de la máxima dirección histórica del proletariado chino a una posición anti-burocrática. Dicho en otros términos: no se trató de la culminación de un par de decenios de depuraciones de elementos derechistas enquistados en el aparato partidario y militar, sino del último — y quizás por ello más fuerte intento de la izquierda de ese aparato por mantener el equilibrio de fuerzas constantemente amenazado por los avances políticos de la dirección de derecha, y sobre todo por la lógica inicial (política y por tanto económica) el proyecto maoísta. En la hora de su derrota un sector de la burocracia rompió su lealtad al aparato burocrático civil, entabla una alianza ("táctica") con el aparato burocrático militar, liderado por Lin Piao, y utiliza a sectores del pueblo como masa de maniobra. Es cuando estos sectores intentan avanzar en la forja de un proyecto propio de poder, tanto en la Comuna de Shanghai como en los "excesos cometidos durante la Revolución Cultural", que la dirigencia de izquierda revela sus límites históricos. La posición en su esencia no era anti-burocrática: era contra un sector rival de la burocracia.

Rudolf Bahro retoma para Europa del este el tema de la Revolución Cultural como forma de lucha popular contra los heraldos burocráticos de 1984, pero dentro de un contexto tácitamente pacifista (aunque debe tomarse en cuenta que su libro aparece escrito en Alemania del este, aunque tuviera que ser publicado luego en la del oeste), como "una transformación de toda la forma de vida subjetiva de las masas" (11). La experiencia china nos muestra que la cultural a la postre es una revolución como cualquier otra, es decir una confrontación de clase, y que en tal medida reclamará también su cuota de violencia. Pero también nos muestra algo que apunta en el sentido de la preocupación de Bahro: lo que revoluciona es la conciencia de las masas enfrentadas al aparato burocrático de estado, y no unidas a las alas izquierdas. La ecuación que de aquí se desprende es bastante obvia: los peligros de la pérdida de autonomía política para el proletariado son iguales antes o después de revoluciones democrático-populares como la China de 1949. Hasta que no logre transformar el aparato de Estado, forjar otro Estado, el poder del proletariado es un poder acosado, y el camino hacia nuevas formas de explotación queda allanado, no importa cuánto demore en revelar su verdadero rostro.

Bettelheim ha iniciado el camino de descripción de la nueva situación imperante en China; Rojas ha hecho una aguda crítica política de las ideas, las conductas y los hechos que hicieron posible la situación que Bettelheim describe en sus inicios. Ambos textos se encuentran al inicio de una nueva lucha del proletariado chino por ganar un poder que realmente apenas tuvo; esa es una lucha concreta que merece ser divulgada y apoyada, y que es desde ya un capítulo de la lucha mundial por el poder los trabajadores y la revolución socialista. (N.O.S.).

NOTAS

- 1 Bettelheim: 1978. P. 101
- 2 Rojas: 1978. P. 257
- 3 Véase, por ejemplo, el Nº 11 de "Crítica marxista leninista", revista teórica del Comité Central del Partido Comunista Revolucionario (PCR) de setiembre de 1976. En ese momento Teng Hsiao-ping es atacado como un "agente revisionista" más junto a Liu Shao-shi y Lin Piao. Hoy esa misma agrupación sigue la línea tenghsiaopinista y propugna un gobierno "antiimperialista y no-alineado" para el país. Similares virajes encontramos en numerosas agrupaciones llamadas de la "línea china".
- 4 Bettelheim: 1978. P. 118
- 5 Rojas: 1977 (*El proletariado chino ha perdido el poder*). Lima, Ediciones La Larga Marcha, 35 pp. Documento para el debate). Para un comentario de este folleto, véase: *Sociedad y Política quincenal*, Lima, Nº 2, febrero de 1978, p. 6.
- 6 Rojas: 1978. Pp. 7-8
- 7 Rojas: 1978. P. 257. Sobre este punto Bettelheim (1978) hace una aclaración, diciendo que en un discurso del 24 de febrero de 1967 Chang Chun-chiao precisa que Mao no cuestionó el principio de la comuna de Shanghai, sino que se preguntó si en su formación se había seguido el correcto procedimiento, detallando algunos puntos, como interrogantes.
- 8 Edoarda Masi: "Dialectique des poussées révolutionnaires et des vagues contre-révolutionnaires en Chine" (Dialéctica de las iniciativas revolucionarias y de las olas contrarrevolucionarias en China), en el volumen colectivo: *Pouvoir et opposition dans les sociétés post-révolutionnaires*, reunido por *II Manifesto* y publicado por Seuil, París, Pp. 79-87.
- 9 Sobre este punto, véase: K.S. Karol, *La deuxième révolution culturelle* (La segunda revolución cultural) y André Glucksmann, *El discurso de la guerra*, Editorial Anagrama, Barcelona.
- 10 Michael Yates: en el Nº de mayo de 1979 de *Monthly Review*, dedicado a las respuestas al texto de Bettelheim (1978). Pp. 56-60.
- 11 Rudolf Bahro: *La alternativa*. P. 257 de la edición inglesa. Para un comentario a este libro, véase: *Sociedad y política*, Lima, Nº 28.